

LAURA CÁRDENAS

cuando el
abecedario
empieza por
la Z



Cuando el abecedario empieza por la z

Cuando el abecedario empieza por la z

Laura Cárdenas

© 2014 Laura Cárdenas

Junio 2014

(Revisado Junio 2019)

Fotografías de portada y contraportada: © 2014 Patricia del Sol

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial sin el consentimiento de los responsables.

ISBN-13: 978-1500314071

ISBN-10: 1500314072

A Nico, por tanto.

A Irene, por todo.

Cuando amas a quien no te corresponde, te creas una ilusión de lo que pretendes encontrar en su vida. Pero cuando miras a los ojos de ese amante, es la realidad de lo que ansías lo único que encuentras.

—Estoy cansada, Álex. Cansada de mirarte a los ojos y ver cómo quererte tanto me duele. De ver cómo esta historia que cierto día creamos los dos no es más que un espejismo de ilusiones que yo misma he ido creando en mi cabeza. Con una realidad distinta a la que nunca me he acostumbrado del todo...

—Zoe...

—Quiero mirarte a los ojos y no echarte de menos.

CAPÍTULO 1

La chismosa del café Berlín

La primera vez que se vieron fue una fría tarde de otoño. Álex salía del café Berlín hablando por teléfono. Gesticulaba de manera exagerada, caminaba nervioso con pasos cortos de un lado a otro de la puerta del local, por lo que se intuía una conversación tensa.

Vestía ropa informal. Su cabello castaño desaliñado, loco, entre rizado y greñado. Sus ojos verdes y su barba de niño rebelde la hicieron perder la vista en un todo que sólo él formaba.

No le importó el descaro, y sin respeto lo miró, lo analizó y le gustó.

Cuando Álex sintió su presencia, clavó su mirada apartando levemente el auricular de su oreja.

—¿No te han dicho nunca que es de mala educación escuchar una conversación ajena?

Ella no hizo la más breve mueca por contestar, pero tampoco apartó la mirada. Mientras tanto, él volvía a su conversación:

—Disculpa, ¿te importa si te llamo más tarde? —Volvió a mirarla a los ojos.—Soy Álex — dijo extendiendo su mano amigablemente.

Ella, tan sólo contestó: «Zoe».

—¡Vaya! Voy a hacer un nuevo intento. ¿Me permite la señorita cotilla que la invite a un café?

—No escuchaba la conversación.

—¿Ah, no?

Dejó caer el peso de una pierna a otra.

—Tan sólo te miraba a ti y no creo que tras esta respuesta deba aceptar tu café.

—No entiendo el por qué, ¿qué tiene de malo tu respuesta?

—No lo sé. ¡Pídele al destino que nos volvamos a ver y entonces lo aceptaré!

Con media sonrisa pintada en la cara caminó calle abajo, segura y tranquila.

—¡¡Zoe!! —gritó Álex—. ¿Qué significa esto?

—¡¡¡No lo sé!!! ¡¡¡Pero tú no dejes de jugar!!!

—¿¿¿A qué???

—¡¡¡A esto!!!

...

En la madrugada de una noche cualquiera, entre el gentío de un humeante y céntrico local divisó su sonrisa.

Se acercó y con el cuidado de no ser descubierto, se hizo un hueco entre la muchedumbre, le sonrió y le susurró al oído.

—¿Me permite la señorita chismosa que la invite a un café?

—¿Perdona? ¡Son las tres de la madrugada!

—¿Hay un horario estipulado para tomarse un café contigo?

—¿Hay cafeterías abiertas a las tres de la mañana?

—Si ese es el problema... confía en mi instinto cafetero.

—No voy a ir contigo a tu casa, si es eso en lo que estás pensando.

—Te prometo que no iremos a mi casa, que no cogeremos el coche, que estaremos separados por una distancia mínima de medio metro y que será un lugar suficientemente iluminado.

¿Me das la oportunidad?

—¿Debería?

—No lo sé. ¿Deberías?

Debía hacerlo.

Fue ella quien insistió en que prosiguiera ese juego y, como aliciente, el caprichoso destino los había llevado al mismo rincón de Madrid.

No quería salir. Bastante tenía ya con ver las mismas caras durante ocho horas al día, pero la obligación laboral y la conciencia la llevaron a lucir la mejor de sus sonrisas en una aburridísima cena y posterior copa.

Necesitaba una excusa para salir de allí y él se la ofreció.

Pero de vuelta a la realidad y aun deseando saber más de su desconocido, recordó que en el fondo no sabía de él más que su nombre y el modelo de su teléfono móvil.

Alguien le dijo una vez que para ganar primero hay que arriesgar.

Se marchó con él.

Concurrido, iluminado, abierto 24 horas y el café... autocalentable. Todo disponible en la gasolinera más cercana.

—¿Te han dicho alguna vez que tienes un gusto pésimo para elegir café?

—No me has dado opción a mucho más. Prometo que el próximo no tendrá nada que ver.

—¡Ah! ¿Pero habrá próximo?

—Si sobrevivimos a este te garantizo que haré todo lo posible para que haya muchos más.

Se sorprendía a si misma viéndose en esa situación.

Le hablaba con tal sinceridad que asustaba, incluso pareciendo cortante e irónica, sin apartar la mirada de sus ojos.

Como acto reflejo, se comportaba así cuando tenía la suficiente confianza. Y éste no era el caso.

Con Álex dejó de lado el protocolo del «te acabo de conocer» y, simplemente, fue ella. ¿Por qué? No tenía la menor idea, pero tampoco le importaba.

—¿Qué hacía una chica como tú parada a las puertas del Berlín?

—Buscaba historias. Historias para fotografiar.

—Y te interesó la mía.

—Te repito que no escuché la conversación. Me interesaste tú.

—¡Vaya! Pues creo que no valgo la pena como modelo.

—No te veía como modelo. Eras... una historia. Formabas parte de la ciudad. El viento, tu estado nervioso y gesticulando en exceso. Caminando sin cuidado. Inestable y a la vez confiado. Pendiente de no llamar la atención y de que tu conversación no fuera algo público. La tarde arrugada, los tonos anaranjados y como complemento, estabas tú.

—Pero, no me fotografiaste.

—¡Fui descubierta!

—Fuiste poco sutil.

—Tal vez.

—Te propongo un trato: otro café y dejo que me fotografíes.

Ella negó con la cabeza.

—Te fotografiaré cuando menos te lo esperes.

...

—¿Y tú? ¿Eres chica de ciudad o un complemento?

—Soy una chica «de la ciudad».

—¿De qué zona?

—Tengo un estudio en el centro. El cual para no decir que es pequeño digo que es minimalista.

—¿No tienes familia?

—¿Quién es ahora el chismoso?

—Mujer, se llama conversación.

—Tengo. ¡Claro que tengo! Mi padre vive en las afueras con su mujer y sus dos rebeldes hijos adolescentes. Mi madre vive en la otra punta de la ciudad, con su marido. Y yo... fui el error en un matrimonio malavenido. Curioso, ¿verdad?

—¡Vaya! Toda una mujer con historia.

—¿Y tú?

—Trabajo aquí. Me vine hará dos años el mes que viene. Y mi familia es feliz y bien avenida. Tengo un hermano y un perro.

—¿A qué te dedicas?

—¿Además de a discutir al teléfono? Trabajo en ingeniería.

—¿Y procedes?

—De la Ciudad Condal —respondió con un perfecto acento catalán.

El sarcasmo de una chica perdida en su ignorancia respecto a la persona que tenía frente a sí se convirtió en una conversación normal y distendida, sincera, e incluso a ratos, interesante.

Su nerviosismo de quinceañera adolescente escondida en el cuerpo de una chica de casi

treinta años desapareció tras el primer trago de aquel horrible café.

Eran casi las seis de la mañana, se encontraban caminando por el centro de la ciudad con las manos perdidas en los bolsillos y la vista clavada en la puntera de sus zapatos aprovechando los descuidos para mirarse a los ojos. Siendo conscientes de lo poco que iban a dormir y lo duro que les iba a resultar ir a trabajar.

Un portal rojo de madera, antiguo, pero reformado, daba pie al estudio minimalista en el que Zoe vivía.

—Bueno, hemos llegado.

—¡Qué pena!

—¡Son las seis de la mañana! Voy a tener un día muy productivo, no sé por qué, pero lo preveo.

Durante unos segundos que parecieron eternos permanecieron mirándose a los ojos sin decir nada. Él quería besarla. Ella quería que la besara.

—Espero que pases bien lo que queda de noche —dijo al tiempo que le regalaba una sonrisa inocente y se daba media vuelta para volver calle abajo.

—Igual.

Cuando lo vio alejarse, subió las escaleras de la entreplanta refunfuñando entre dientes: — Eres idiota. ¡Bocazas! La señorita marisabidilla. ¡Vas de lista y te pierdes las mejores! ¿Pero qué te pasa, Zoe? ¡Así te va! Que todos te huyen... ¡Das miedo!.. «Igual», ¡qué gran frase de despedida!... «igual». Apúntatela, que esta hará historia.

Los minutos pasaban mientras daba vueltas en la cama sin suerte, en el intento de poner en orden las ideas aun a sabiendas de que lo esperado era mucho más y no fue conseguido. La sensación que tenía era más que buena.

Volviendo a la misma situación una y otra vez. No lo conocía, al menos hasta hacía unas horas no era más que un desconocido, con cara y teléfono, que le gustó más de lo pensado en una tarde de otoño y en esa fría noche, en la soledad de su casa solo tenía una cosa clara: deseaba volver a verlo, volver a pasar los minutos con él, saber cada detalle de su vida, volver a ver cómo le salía una pequeña arruga en la comisura de los labios cada vez que sonreía, volver a ver cómo se acariciaba el pelo de forma nerviosa en los momentos de inseguridad, su manera absurda de mover las manos al hablar y todo lo que en ese momento de soledad se maldecía por no haber descubierto y por ello, no poder recordarlo.

Notaba su olor como si lo tuviera cerca y lo más increíble es que no lograba entender cómo alguien como él se había fijado en alguien como ella.

Quedaba menos de una hora para que amaneciera y no sabía si dormía o soñaba despierta.

...

En la redacción, el sueño era su fiel aliado. Su mejor amiga, Marta, era una de esas chicas estándar del departamento de deportes. Con pinta de modelo de alta costura, cabello largo, castaño claro, y ropa a la moda.

Zoe era distinta. No solía ni ir muy arreglada ni muy maquillada. En cambio, tenía ese tipo de belleza natural, y fuese como fuese y se pusiera lo que se pusiera, siempre conseguía estar perfecta. Tenía una elegancia natural y una sonrisa sincera que no solía desaparecer de su cara. No

se veía guapa, odiaba su manera de vestir, sus cabellos indómitos, su cara de buena mañana, y se reía de sí misma cuando analizaba cómo había sido capaz de salir así de casa.

En definitiva, era una chica feliz con su vida y eso la hacía radiante a ojos de los demás.

Marta no acudió a la cena, así que era ajena a todo. Aunque conocía la historia del Berlín y el berlinés, a quien apodaron así en un alarde de originalidad. De cómo se quedó petrificada y como él la descubrió teniendo que ejercer de borde y sarcástica.

—¡Zoe! —gritó desde la entrada —¿Qué tal anoche?

—No te perdiste nada.

—¿Seguro? Deja que te vea —Se acercó con cuidado realizando un completo análisis de arriba abajo y de abajo arriba.— Cansancio, ojeras, maquillaje para disimularlas, tu ropa grunge sustituida por ropa normal, apatía con tu mejor amiga, ojos brillosos. ¡Tú has follado, cariño!

—¡Marta!

—¿Qué? ¿Dime qué no?

—¡Pues no! Pero... tampoco he dormido.

—¿El berlinés?

—¡¡Sí!! Encima es un encanto. Me llevó a tomar el peor café de mi vida a las tres de la mañana y resultó ser... ¡perfecto!

Tras ellas apareció una de las compañeras de cena y copa, que en un absurdo intento de simpatía intentó saber cuál fue su destino.

—Zoe, ¡desapareciste muy rápido! ¿Dónde te metiste?

—Me fui a casa, me dolía un poco la cabeza.

—Mentirosa —chirrió Marta entre dientes y recibiendo como respuesta un codazo—. ¡Me debes un desayuno y un montón de detalles!

...

A la vuelta del trabajo lo vio sentado en el portal de su casa, mirándose fijamente a los pies, como si analizara cada surco de desgaste, cada costura o cada resquicio de insignificancia que el uso y el tiempo hubieran dejado allí, inapreciables para el resto y con tanto sentido para él en ese preciso momento.

Sintió nervios en el estómago al acercarse, y aun a sabiendas de que él no la había visto miraba de un lado a otro intentando pasar desapercibida.

Dejó caer a su lado una moneda de cinco céntimos sonriendo inquieta.

—Pareces un indigente.

—Nadie ha dicho que no lo sea.

—Cierto, eres igual que los que deambulan por el centro. Ambos enseñáis los calzoncillos por encima de los pantalones...

—Los míos son de marca.

—Y los de ellos ¡No será por marcas! ¿Me dices qué te trae por aquí? —le preguntó con una sonrisa tranquilizadora dejando entrever que le encantaba tenerlo allí.

—Olvidé algo, y he venido a ver si lo encontraba. Pero no doy con ello, por lo que he pensado invitarte a un café, de mejor sabor que el de anoche, aprovechando que estaba por el barrio.

La llevó al café Berlín y en las puertas, casi en la misma situación en la que se vieron por primera vez, fue ella quien en un descuido, le regaló el beso perdido.

No fue un beso largo, ni excesivamente apasionado. No hubo efusividad ni premeditación. Más bien fue delicado, sutil y falto del sentido que merecía. Fue como un acto nervioso en el que demostrarse a sí misma, y al manojito de nervios que la invadía que por mucho que su cuerpo tenso y aplomado no diera muestras de entusiasmo, su corazón y su estómago opinaban todo lo contrario.

Él estaba allí. Había ido allí por ella y con eso, ya tenía suficiente como para dejar de lado todos los prejuicios de chica dura que había construido durante años. Todos los prejuicios dejados de lado en media noche a media tarde.

Como acto reflejo hundió la cabeza contra su pecho. Con la vista perdida entre el suelo y la punta de sus zapatos tal y como antes lo encontró a él, dejó caer las palabras sin apenas voz.

—Enhorabuena.

—¿Enhorabuena, por qué?

Álex apoyaba la barbilla sobre su cabeza mirando al horizonte de hormigón en forma de edificio que tenía de frente mientras acariciaba con las manos el contorno de sus caderas.

Zoe notaba descargas de electricidad en la espina dorsal cada vez que sus manos le dibujaban líneas de norte a sur, de sur a norte. De sus costillas a su cadera, de su cadera a sus costillas.

—Has logrado desmontarme.

Su voz sonaba por primera vez entre tímida, avergonzada e insegura. En definitiva, sonó a lo que era.

—¡Ey!

Le alzó su cabeza posando las manos delicadamente sobre sus mejillas para poder mirarla a los ojos.

—¡Yo no soy así, Álex! No soy la típica chica que...

No la dejó terminar. Le tapó la boca a mano llena con una sonrisa socarrona dibujada en su cara.

—Tú me desmontaste a los treinta segundos de mirarme.

Y atrayéndola para sí, le regaló un beso dulce, delicado, apasionado, eléctrico, y con todo su sentido.

—¿Sabes? Es la primera vez que voy a entrar en el Berlín y eso que paso cada día por aquí.

—Si lo hubieras hecho, nos habríamos conocido antes.

—Créeme, habría pasado desapercibida. No eres de esos chicos que se fijan en chicas como yo.

—Eso no lo sabes.

—Lo sé. Te voy a contar un secreto —se rascó la mandíbula de forma dubitativa como intentando elegir bien cada una de sus palabras—. Me gustas, Zoe el que quiera que sea tu apellido. Me gustas desde el momento justo que el destino quiso que yo recibiera aquella llamada, que no escuchara absolutamente nada dentro del bar, que tuviera que salir a la calle y que una chica con pantalones chinos, jersey de cuello vuelto, botas de cordones y cámara de fotos, me pusiera nervioso sólo con una mirada.

Sonrió agachando la cabeza, avergonzada.

—San Martín —acertó a decir ella.

—¿San Martín?

—Sí, que te pareces a él cuando hablas.

—Pues... —dudó unos instantes—. No lo sé, soy ateo. No entiendo mucho de...

Y entonces fue ella quién le tapó la boca a mano llena con una sonrisa socarrona pintada en la cara.

—Es mi apellido, Álex el que quiera que sea el tuyo.

—Pues entonces, eso... que me gustas, Zoe San Martín.

En el momento en el que entraron en el Berlín ya sabía que él era Álex Alós, que trabajaba en ingeniería, que procedía de Barcelona, que tenía un hermano y un perro. Usaba un *smartphone* y además, contaba con los ojos verdes más impactantes que había visto en su vida.

Desconcertante cuanto menos le era la comodidad que sentía con alguien que conocía de apenas unas horas.

Hacía una semana que se vieron por primera vez a escasos metros de donde se encontraban ahora y hoy eso, le parecía una vida.

Estaban sentados en una mesa para dos y se notaba que Álex no era la primera vez que acudía a aquel lugar. Saludó a varias personas que se encontró a su paso e incluso habló del partido del domingo con el camarero como si fuera algo normal entre ellos.

Ahora, también sabía que a él le gustaba el fútbol.

Con la promesa en forma de café por delante jugaron a conocerse con las manos, a conocerse a través del tacto, a conocerse sin hablar. La manera más complicada de saber quién es el otro y la única que con el tiempo te hace saber si ese «algo» que compone el «todo» en una relación es de verdad.

Son dos personas tan súbitamente distintas que hace todavía si cabe más grande al destino que los puso en sus respectivos caminos.

Él, empresario y profesor de facultad. Un tipo organizado que es capaz de llevar al día toda su vida burocrática, sus declaraciones trimestrales y a sus empleados (pocos pero empleados) sin necesidad de ayuda externa.

Ella, fotógrafo de prensa. Tiene una vida desordenada porque su mundo en sí es un desorden. Es incapaz de poner en práctica ninguna idea porque por muy elaborada que esté en su cabeza el día no le regala tantas horas como necesita para llevarlas a cabo.

Él es un chico sano, de los que comen ensaladas y comidas bajas en grasa. Que hace deporte y que se le nota.

Ella no recuerda ni un solo alimento de los que tiene en la nevera. Come cada día lo que puede y donde puede. Lleva dos años yendo todos los lunes al gimnasio para matricularse en la hora veinticinco de su día a día. Sabe que debería cuidarse... Se cuida, como la vida le deja.

Se estaba acercando la noche del viernes y lo que se entiende como el momento del primer turno de los bares. Eso la ponía muy nerviosa. De un tiempo a esta parte le agobiaba la muchedumbre incontrolada.

—Creo que debería irme. No he dormido nada esta noche y mi cuerpo empieza a pedir una ducha a gritos.

—¿Trabajas mañana, fotógrafo?

—A no ser que pase algo gordo, no. ¿Y tú?

—Pues igual que tú. A no ser que explote alguna turbina o algún componente en alguna central de las que lleva mi empresa, no debo trabajar. Y clases, no hay.

—¿Por qué me lo preguntabas?

—Por si querías pasar el día conmigo
—¿Y si eres tú el que pasa la noche conmigo? —Se dio cuenta de que su pregunta podría parecer osada, deslenguada e incluso fresca, por mucho que a él en el fondo le encantara la idea —. Vaya, que si quieres cenar conmigo.
—Un chico nunca puede permitir que una chica pague la cena y mucho menos en una cita.
—No he dicho que sea una cita.
Sonrió.
—¿No lo es?
—Bueno, sí... Sí lo es. Pero, ¿y si la cena es en mi casa y quien cocine sea yo? Aunque a lo mejor no te apetece y conociendo mis dotes culinarias lo mismo no sobrevives al primer plato.
—No me apetece.
Sintió vergüenza y Álex lo notó.
—No me apetece... me apasiona, me encanta la idea de pasar más tiempo contigo. No podría decirte que no.

Pasó por el supermercado para comprar algo para la cena. Solomillo, pimientos, queso, jamón... Quería cocinar algo sabroso y a su vez, de fácil elaboración.

Sabía que por el estómago no se lo iba a ganar.

Le gustaba eso de cocinar e innovar. Pero su poco tiempo y el cada vez más predominante desgano del día a día le impedían meterse en la cocina.

Recordó que debía llamar a Marta o ella lo haría a mitad de la noche. Odiaba dar explicaciones y si se trataba de temas sentimentales, la avergonzaba de sobremanera.

—¡Hola, M!
—¿Qué haces? No he sabido de ti en toda la tarde.
—He estado liada, ¿y tú?
—Pues acabo de salir de la redacción. Ya sabes que los viernes hay básquet y todo lo que eso conlleva. Pero bueno, como decía, es viernes y, hoy salimos ¿no?
—Lo siento, he quedado.
—¿Dime que no has quedado con el Berlinés?
—Sí... en teoría.
—¿En teoría? ¿En teoría también tu lio de esta tarde ha tenido que ver con él?
—Todo el lio ha sido él. Me lo encontré cuando vine a casa. Me invitó a un café...
—... y te liaste con él.
—Sí. Más o menos.
—De todos modos, podemos tomarnos una copa y así me lo presentas.
—Hemos quedado para cenar... En mi casa. Además, ayer no dormí nada. Espero hacerlo hoy.

Marta comenzó a reírse a carcajadas

—¿En serio? Como que eso entra en tu plan, ¿verdad? El dormir, digo. ¿Qué te echó este ayer en la copa, Zoe? Más que en teoría me da que vas más a las clases prácticas.

—No bebí ayer. Así que como no me lo echará en el horrible café. Además, no entiendo por qué lo dices.

—Porque tu actitud, amiga, es más propia de mí que de ti. Tú no haces estas cosas.

Zoe sonrió.

—¡Ay, amiga! La carne es débil.

—No me lo puedo creer. ¡Eres una golfa y me encanta! Mañana hazme un hueco a cualquier hora y me cuentas, ¿vale?

—Ya veremos...

CAPÍTULO 2

La carne es débil

Olía todo su pequeño espacio a comida recién hecha.

Solomillo con pimientos, tomates y cebollitas asadas. En una lámina de pizarra tenía cortados taquitos de queso que acompañarían al plato, y en el obrador de pan que había en los bajos del edificio compró unos panecillos con frutos secos. Allí vio que contaban con una pequeña bodega de vinos con denominación de origen, pidió recomendación de un buen Rioja del que acabaría llevándose dos botellas.

Preparó la mesa de diseño a un lado de su salón con delicadeza. Los tonos oscuros de mobiliario con el cromado de los cubiertos, la cristalería de líneas rectas y la vajilla cuadrada en un tono blanco impoluto convertían el ambiente en acogedor y elegante.

Se detuvo a preguntarse cuándo fue la última vez que hizo eso por un hombre.

Bien es cierto que había tenido otras relaciones de pareja y que aún no sabía bien qué calificativo otorgarle a esta. Solamente una de aquellas fue duradera y *oficial a concurso*. Jamás fue presentado en familia y siempre se preguntó el motivo por el que no lo hizo. Hoy sabe que su subconsciente era más inteligente que ella misma y que si no lo hizo fue porque no llevaba a ningún sitio.

No solía hablar de él... y nunca nadie le preguntó.

La respuesta a su pregunta era simple: «Nunca antes había hecho algo así por un hombre».

Se dio una ducha para quitarse el olor a comida mientras la cena reposaba a horno bajo.

Secado de pelo con esmero con tal de no parecer que su cabello era una maraña con vida propia. Al menos eso creía cada vez que se miraba en el espejo. Maquillaje para la ocasión: poco y estratégicamente colocado. Vaqueros ajustados, camiseta amplia de tonos claros y bailarinas. Cómoda y aunque ella no lo creyera, hermosa.

Era un manojito de nervios. El espacio en el que vivía era pequeño en comparación con un apartamento y sintió que era aun más diminuto cuando corría de un lado a otro faltándole el aire donde descargar adrenalina de forma veloz.

No era el típico estudio de ciudad de veinte metros cuadrados. Era amplio, muy amplio y los espacios, aunque fueran comunes, estaban muy bien delimitados por el mobiliario.

El edificio era antiguo. Las paredes habían sido remodeladas con piedra vista, la cocina y el baño separados del resto del espacio con un fino panelado. A su vez, contaba con unos ventanales enormes que convertían el lugar en un espacio diáfano. Techos altísimos que en su momento le permitieron crear una especie de abuhardillado a media escala donde establecer su «dormitorio», al que da acceso unas escaleras revestidas en madera de caoba.

Si había algo destacable en su casa eran los cuadros colocados en cualquier rincón. En su mayoría fotos en blanco y negro de lugares o personas desconocidas.

Los podías ver desde apoyados en el suelo, en la pared, encima de los muebles, en el baño...

En definitiva, ese hogar rezumaba su aroma por todos lados. Era tan de ella que no había que ser muy avisado para saber que amaba su profesión por encima de todas las cosas.

Se echó un poco de perfume de olores frutales en el cuello y en las muñecas. No le gustaban los olores empalagosos, le daban dolor de cabeza.

En el reproductor de música sonaban sonidos afrancesados de *jazz* y *bossa nova*. Es lo único que tuvo claro cuando lo invitó a cenar, la música.

Cuando miró a su alrededor para ver que todo estaba correcto se maldijo: —¡Mierda! ¡No le he dado mi teléfono!

La tensión se le acumuló en los hombros pensando que podía no aparecer.
—Bueno, recemos para que venga.

No habían pasado ni cinco minutos cuando sonó el portero automático. Evidentemente, era él.

—Ya está aquí, ya está aquí, ya está aquí —repetía en voz queda corriendo de un lado a otro de la casa.— ¿Cómo estoy? —se preguntaba al tiempo que echaba un último vistazo en el espejo del baño.— Bonita, por mucho que quieras nada más puedes hacer. Estás bien.

Se reajustó la camiseta como si de repente le hubieran salido mil arrugas y al tiempo que sonaba el timbre le abrió la puerta.

Estaba más guapo de lo que lo recordaba.

Estaba más guapa de lo que la recordaba.

Le dio un delicado beso en los labios y con los nervios de una adolescente a punto de perder su virginidad, tan sólo acertó a decir un casi inaudible hola.

Estaba apoyado en el quicio de la puerta, mirando la celosía de madera, levantó la vista levemente enarcando una ceja y con media sonrisa dibujada en la cara le respondió afablemente: —¿Vive aquí la chismosa del café Berlín?

—¡Bienvenido a mi enorme casa!

Sonrió socarronamente abriendo los brazos e invitándolo a entrar.

—Me encanta como huele.

—¿Si?

—Creo que son los dos mejores olores del mundo.

—¿Dos olores?

—Comida deliciosa y ducha recién recibida.

—¡Madre mía, qué olfato! Anda pasa.

—Estás preciosa.

—Gracias, pero ¿entras?

No hizo alusión a la descarga eléctrica que le había entrado por el estómago al verlo tras

la puerta con su media sonrisa y sus ojos de niño pícaro, su pelo alocado por el viento y su olor. El olor a perfume del bueno y a brisa. Ese que se queda impregnado en la ropa, que al tacto es frío y al olfato limpio. Y cuando le dijo que estaba preciosa... eso ya fue otra historia.

—¿Me das tu chaqueta?

—Claro. ¡Estás en modo *maître*!

—Creo que no comerías muy cómodo con ella. ¿Tienes hambre?

—Un poco. De verdad, huele que alimenta.

Al coger la chaqueta en sus manos y mientras se dirigía a dejarla en el perchero, se la acercó al pecho con las dos manos e inhaló con fuerza para impregnarse de su aroma antes de que se fuera. Como si ese efímero recuerdo se fuese a quedar dentro de ella para siempre. Lo hizo de forma tímida y avergonzada, como si los ojos de él estuvieran clavados en su espalda mirando cada gesto, cada ademán.

—¿Te apetece un poco de vino antes?

—Sí, me parece bien. Me apetece.

—Te va a tocar abrir la botella. Soy de esas personas que siempre rompen el corcho y según los del obrador de pan de aquí abajo «sería un sacrilegio menospreciar un vino como este con motitas de corcho». ¡Se ve que no tienen colador en casa!

Álex soltó una sonora carcajada pero ella se apresuró a interrumpirlo con el semblante serio.

—¿Me haces un favor?

—Claro, dime.

—Haz algo para que me calle o te irás de aquí en dos minutos. Soy una bocazas cuando estoy nerviosa. Tú solo has dicho dos palabras y mírame a mi, no soy capaz de callar.

La atrajo hacia él por la cintura cuando apenas eran capaces de sostenerse la mirada. El calor que sus cuerpos emanaban en esa cercanía repentina provocaba que sus nervios tornaran en fiesta. Le acarició la mejilla con dulzura obligándola a levantar la vista y así hacer el esfuerzo de mirarse a los ojos.

—Me desconciertas, Zoe San Martín. No me preguntes porqué pero me desconciertas. Posiblemente no diga ni una palabra porque yo esté más nervioso que tú y, créeme, no es algo que me suceda habitualmente. Así que deja fluir tus nervios, si eso consigue aplacar un poco los míos.

—Eres un egoísta. Me dejas la parte difícil.

—Lo sé.

Inclinó su cabeza y le regaló un delicado beso en los labios.

—¿Ves? Esta parte me gusta más. Dame un segundo que traigo el vino. Igualmente te sigue tocando abrir la botella. No vas a engatusarme con tus artimañas de seducción.

Entró en la cocina soltando un suspiro sonoro. Movié los brazos y los hombros para relajar los músculos. Buscó el sacacorchos en el cajón que estaba al lado del fregadero, cogió la botella y volvió con él.

Le entregó el vino y él lo abrió con suma maestría. Cogió las dos copas de la mesa y las llenó en su justa medida.

El ambiente era acogedor. Se encontraban de pie, escuchando sus respectivas respiraciones mientras brindaban por quién sabe qué.

Zoe entrelazó su mano libre con la de él, mientras buscaba un lugar donde reposar su cabeza entre hombro y cuello. Donde respirarlo, inspirarlo y guardarlo tal y como hiciera con el aroma de su chaqueta.

Quería conocer cada detalle de él. Cada insignificante detalle que pasara desapercibido

para el resto del mundo pero que para ella a partir de ese momento, ganara en sentido. Serían esas pequeñas cosas de ella, las que se agenciaría para sí sin que nadie lo supiera. Ni siquiera él.

El pequeño lunar que esconde tras su oreja izquierda. El perfil de sus ojos verdes que con la luz se tornan amarillos. Las tres pestañas rubias que resaltan del resto. Su nariz algo respingona. Las arrugas de expresión cuando sonríe. Las primeras canas en su barba de tres días...

—Dime algo.

—Algo —contestó Zoe.

—¿El porqué de este silencio por ejemplo?

—¿Qué quieres que te diga? Me encanta esto. Pararía el mundo ahora mismo si pudiera.

—Más bien parece que miras si tengo cera de los oídos y eso que creo que me los he limpiado bien.

Sonrió burlonamente al tiempo que alzaba la mano para acariciar cada parte que iba nombrando

—Bueno... Sí, miraba tu oído, tu nuca, tu nariz, tus labios y no, no tienes cera. Al menos no en el izquierdo.

Le pasó la mano por el cabello y lo besó.

Fue la primera vez que ella tras su primer beso furtivo se dejara invadir por la necesidad de él.

Madre mía, Zoe. Pisa el freno. ¿Qué estás haciendo? Tú no eres así. Tú eres de las difíciles. De las que piensan. De las que no se la pega a primeras de cambio. Ya has roto bastante tus cimientos contruidos por años en dos horas. A este paso te verá como desesperada y no quieres que te vea así, ¿verdad? Respira anda... respira.

—Bueno, ¿qué? ¿Cenamos? —dijo Zoe.

Álex se rascó el mentón. Plantado, con una copa de vino en la mano y una amplia sonrisa pintada en la cara

—Cenemos, Lady impulsos.

Le regaló un delicado beso en la mejilla...

—Perdón, perdón, perdón...

—No hay nada que perdonar, mujer. Ha sido gracioso. ¡Te ha dado un pronto!

Fue ese el justo momento en el que sintió vergüenza.

Era transparente. Era transparente a sus ojos y no podía hacer nada por evitarlo.

—Tienes razón. Me muevo por impulsos y soy un auténtico desastre. Hace tiempo llegué a la conclusión de que soy mejor amiga que amante. Se me dan fatal las primeras citas. Las citas en general y no quiero...

Le posó el dedo índice sobre sus labios —¡Shhhhh! Lo estás haciendo muy bien. Al menos para mí está siendo divertido.

—Para ti.

—En serio... de verdad. Lo estás haciendo bien. Anda, cenemos. No me voy a ir corriendo

—Me alegra saberlo. Es algo que estaba temiendo.

¿Puede una persona enamorarse de alguien que apenas lleva unas horas en su vida?

No conocía lo más mínimo de su día a día. No sabía exactamente dónde trabajaba. Ni cómo eran sus padres. No sabía en qué barrio se crió, ni si era buen estudiante en el colegio. No

sabía si su hermano era mayor o menor que él. No sabía su número de teléfono. Ni si le gustaba o le molestaba que le hicieran cosquillas. No conocía ni una sola de sus manías. Ni la talla que usa en camisas. Pero a su vez, comenzaba a conocer detalles de él que posiblemente nadie hubiera descubierto. No controlaba lo que le decía y lo que pasaba por su cabeza acababa saliendo de forma distinta.

Además, tampoco sabía que hacía treinta minutos exactos que tras abrir la puerta de su casa él se había enamorado de ella.

Cenaron como cómplices ignorantes de sus sentimientos. Haciendo los deberes de entrelazarse los dedos, mirarse los ojos y aprender el uno del otro. Ahora ya incluso sabían sus teléfonos.

Acabaron con la primera de las botellas de vino y como alguien que disfruta de la comodidad del sitio, fue Álex quien fuera a buscar la segunda botella a la cocina.

Al rellenar las copas de nuevo, su plato estaba completamente vacío y el de Zoe con los restos estratégicamente colocados para ocultar que apenas había probado bocado.

Cuando está nerviosa no come mucho.

Cuando está nerviosa de verdad porque alguien le gusta de verdad no come mucho.

En la intimidad de su entorno siempre bromeaba que para ella los hombres eran su mejor dieta. Marta lo asocia con el sexo y aprovecha para meterse con ella.

Lo que no sabe es que ella siempre callará sus nervios y que, además, negará de su existencia.

Recogieron juntos la mesa, pusieron el lavaplatos, rieron cada cosa insignificante que salía por sus bocas y para cuando quisieron darse cuenta, estaban sentados en el sofá relajados, confiados y seguros de sí mismos.

Álex se entretenía con un mechón de pelo de Zoe. Emanaba olor a cítricos. Mientras ella, recostada sobre su pecho, con los ojos cerrados, sentía que el momento no podría ser más perfecto.

Hacía mucho rato que dejó de pensar en nada, que dejó de ser difícil y que de pisar el freno ni se acordaba.

Lo miró a los ojos y acarició con dulzura su mejilla, atrayéndolo por la barbilla lo besó en la comisura de los labios.

—Zoe, será mejor que me vaya.

Su voz queda y entrecortada llegó a sus oídos como un suave arrullo.

—No tienes por qué hacerlo.

—No tengo por qué hacerlo pero será mejor que lo haga.

—Será mejor que lo hagas —respondió con resignación imitando su tono al tiempo que se levantaba del sofá dándole una palmadita en el muslo.

Lo acompañó a la puerta de la mano. Del perchero cogió su chaqueta. Se la entregó con la decepción de una niña que es plantada en la fiesta de fin de curso.

No quería que la noche se acabara. Al menos no en ese momento, y aunque no pasará más que el tiempo lo único que tenía claro es quería tenerlo a su lado.

—Bueno, me marchó, ¿vale?

—Vale. —dijo Zoe asintiendo con resignación.

La besó delicadamente en los labios

—¿Hablamos? —Le preguntó él.

—Sí, hablamos. —Le contestó ella.

Lo vio alejarse por el pasillo. Estaba cerrando la puerta lentamente cuando lo escuchó: — Oye, Zoe...

Caminó hacia ella de nuevo

—Dime.

—Tal vez podría quedarme.

Sonrió, se acercó a él tirándole de la camiseta blanca a la altura del ombligo

—¡Tienes que quedarte!

Entraron comiéndose a besos, tropezando con la sillas entre risas, cayendo en el sofá blanco que habitaba en mitad de la estancia. Ese mismo donde minutos antes fueron íntimos y delicados. Cuando Álex comenzó a desabrochar el pantalón de Zoe y ella se quitaba las bailarinas con ayuda de sus propios pies, le indicó subir hacia la cama.

Hicieron el amor al tiempo que se acostumbraban a amoldar sus cuerpos en cada recoveco del otro. A sus anchos y sus largos. A sus brazos, a sus manos, a sus piernas, a sus pies, a sus caricias, a sus idas, venidas y vaivenes. A mirarse y a estudiarse. A susurrarse al oído cosas con sentido y sin sentido. A amarse de una forma completamente distinta a la que conocían hasta el momento.

En definitiva, era la primera vez que practicaban sexo y la primera en la que hacían el amor al mismo tiempo.

...

Con el único calor de su cuerpo y la ayuda de un edredón por el incipiente frío otoñal intentaban ganar la batalla al sueño para conseguir saber más el uno del otro esa noche.

Álex, entre susurros mientras acariciaba con suma delicadeza el brazo de Zoe, le preguntó con aire inocente:

—Dime algo que nadie sepa de ti.

—¿Algo que no sepa nadie? —suspiró—. Difícil pregunta.

—Bueno, me vale con que me digas algo que no sepa casi nadie.

—Hace dos años y medio me partí el tendón de Aquiles.

—Eso seguramente lo sepa mucha gente.

—Sí, bueno, lo que no saben es que me lo partí cayéndome de una escalera colocando la tercera piedra de la fila superior izquierda de esa pared. —Dijo señalando al fondo donde estaba la pared de piedra vista.

Álex soltó una sonora carcajada

—Todo el mundo se cree que fue trabajando y que en una manifestación, inventada para la ocasión, se me vino encima una avalancha humana. Sonaba como más real.

»Por su culpa mi pared tuvo solamente tres piedras durante casi ocho meses ¡Te toca!

—Soy adoptado.

—Mi último novio me dejó por teléfono.

—Mi última novia me dejó por email.

—Me dan pánico las cucarachas.

—Me encanta el cine de terror japonés.

—Lo paso fatal si me hacen cosquillas.

—No he pasado la varicela.

- Me encantan las gominolas de fresa. De hecho son las del único sabor que me gusta.
- Vi *Pretty Woman* tres veces en el cine.
- Nunca he visto *La Guerra de las Galaxias*.
- De pequeño quería ser cura o torero.
- Cuando hablo conmigo misma soy una deslenguada.
- Fui solista en la tuna del colegio.
- Canto en la ducha.
- Me encantan los días de lluvia.
- Adoro a mi padre.
- No me gustan los guisantes.
- No tengo cuenta en ninguna red social.
- No puedo vivir sin el móvil.
- Nunca antes me había acostado con alguien en la primera cita.
- Me gustas mucho.
- Me pones muy nerviosa.
- Creo que me he enamorado de ti.
- Creo que te quiero.
- Touché*.

Y la noche acabó de manera totalmente distinta a lo esperado a primera hora de la tarde cuando ella arrojó una moneda a sus pies como si fuera un indigente. La noche acabó con ellos juntos y eso ya la convertía en algo grande.

CAPÍTULO 3

Creo que te quiero

Cuando Zoe despertó siendo ya bien entrada la mañana nadie descansaba a su lado. Sabía que no se había marchado porque e el ruido de la puerta la hubiera despertado y desde su posición y haciendo un esfuerzo con ojos por la claridad repentina que invadía todo el espacio, pudo ver su ropa en el sillón que tenía a los pies de la cama.

Se enrolló en la manta de color berenjena que con cuidado quitó de la cama y se asomó a la baranda que daba al salón.

Lo vio agachado en medio del salón, tan solo llevaba sus calzoncillos bóxer de color blanco impoluto. Estaba mirando una de las fotos que tenía apoyada entre la pared y el suelo.

—¿Te gustan?

Se giró como un resorte. No la había escuchado.

—¡Ey! ¡Hola! ¿Son todas tuyas?

Asintió mientras bajaba las escaleras.

—He de decir que son geniales. Me encantan los blancos y negros.

—Gracias —dijo al tiempo que se acercó a él abriendo la manta para que se acomodara

dentro con ella—. Buenos días.

—Muy buenos días.

—¡Estás helado!

—¿En cuántos sitios has estado, fotógrafo?

—En menos de los que hubiera querido, ingeniero.

—Son espectaculares tus fotos. No imaginaba que fueras tan buena.

—Vaya, gracias. Mi profesión y yo agradecemos tu sinceridad. ¿Hay que echar una instancia o algo para que me beses de buena mañana?

No solamente la besó, la tomó a horcajadas y subió con ella hasta la cama, lugar donde aun permanecía el calor de su cuerpo en alguna que otra zona.

Lugar donde volvieron a ser cómplices de sus cuerpos, de sus formas y de una costumbre que comenzaba a ser tan suya que parecía que habitara ahí por años.

Dormía a su lado cuando la mañana rozaba el medio día. Tenía que estar cansado pues apenas habían dormido unas horas en las dos últimas noches.

Lo miró con dulzura mientras analizaba su estado. Su cabello greñudo cayéndole en sus ojos cerrados convertía el momento en la viva imagen del descanso placentero. Tenía un brazo flexionado por fuera del edredón y, a pesar de ser un momento de relajación, dejaba entrever su trabajada musculatura. Tenía marcas del sol, por lo que se notaba que pasaba bastante tiempo trabajando al aire libre.

Estaba a su lado, lo sentía respirar, lo veía y no se lo creía.

Se levantó, cogió la cámara de fotos y lo fotografió. Lo fotografió sin que lo supiera... cuando posiblemente él menos lo esperaba. Lo fotografió para ella.

Mientras él descansaba, vestida con unos pantalones chinos de color azul marino y una sudadera gris con gorro aprovechó para recoger la casa. Los zapatos que sin cuidado habían quedado a un lado y otro del sofá, su camiseta que de cualquier manera fue a caer encima de una de las sillas, su chaqueta en el suelo al lado de las escaleras. Esa misma chaqueta que horas antes había estrechado en sus brazos y de la cual había desaparecido el frío de la calle pero en la que quedaba toda su esencia.

Vació el lavaplatos, guardó todo lo sacado y puso una cafetera.

Apoyada en la encimera de su pequeña cocina repasó con detalle su noche y su día. Hundía las manos en su sien como si de repente le fuera a estallar la cabeza.

No sabía en qué punto se encontraba su historia, al igual que seguía sin saber qué calificativo otorgarle al chico que descansaba a dos metros sobre su cabeza. No la había obligado a nada, y si tenía que ser sincera consigo misma, había sido ella quien lo había arrastrado hasta allí. Además, estaba encantada de tenerlo cerca. Pero, al mismo tiempo, le era inevitable tener la sensación de que todo comenzaba a escapársele de las manos de forma descontrolada, empezando por sus sentimientos y acabando por la distancia que durante años le había puesto a cada chico que en su momento decidiera ahondar en su vida.

Álex la desconcertaba, y lo que había sucedido esa noche, no la ayudaba nada a solucionar ese entuerto.

Cuando todo su espacio olía a café recién hecho escuchó cómo llamaban a la puerta.

—¡M!

—Joder, Z. ¡Me tenías preocupada! Te he mandado un mail, te he llamado como veinte veces. No contestas a mis llamadas y de repente tu teléfono apagado.

—Lo siento —hablaba entre susurros—. Lo puse en silencio, me olvidé de él. Debe de haberse quedado sin batería. Lo siento, de verdad.

—¿No me dejas entrar? ¡Es que está aquí! Por eso hablas tan bajito.

Imitó su tono de voz

—Sí y no quiero que te enfades. ¿Te importa?

—¿Sabes que si no fueras mi mejor amiga te mandaba a la mierda ahora mismo?

—Lo sé. Te quiero. Te llamo después.

—Eres una zorra.

—Gracias, gracias...

Cerró con sumo cuidado para no despertarlo, pasando la mano con delicadeza por el frío borde de la puerta para hacer más presión y menos ruido. Se detuvo un segundo en aclarar todas esas ideas que navegaban por su mente sin dominio ni forma definida y sonrió cuando su caprichosa cabeza le devolvió el recuerdo de cuando se mudó a vivir allí. Cuando no sabía quiénes eran sus vecinos y no paraba de hacer ruido tirando paredes o arreglando suelos.

El sábado que por la mañana apareció Marta tras la puerta, con los pelos alborotados y restos de rímel de la noche anterior porque el ruido no la dejaba dormir, rieron al ver que eran vecinas y esta acabó ayudando en la obra como si fuera la suya propia.

Se conocían desde el instituto y aunque en los años de universidad se perdieron la pista, el tiempo caprichoso, ese que todo lo pone y todo lo quita, las devolvió de nuevo a sus vidas.

Al darse la vuelta lo vio bajar las escaleras perfectamente vestido. Tal y como estaba a su llegada la noche anterior pero sin la chaqueta.

—¿Acabas de echar a alguien o son imaginaciones mías?

—Era Marta. Hasta hace un rato, mi mejor amiga.

—A este paso dudo que dure mucho vuestra amistad.

—Vive en el segundo piso. No ha tenido que andar mucho, así que no creo que se haya molestado demasiado. De todos modos ya lo arreglaré invitándola a comer, o a cenar y dándole montones de detalles de esta noche.

—¡Vaya! Sabe de mi existencia.

—Baja ese ego, ingeniero. Sólo lo sabe ella. Entre otras cosas porque habíamos quedado anoche y no se me da bien mentir.

Se acercó a ella y la abrazó con dulzura. Inamovibles. Estáticos.

Zoe hundió la cabeza en su pecho como hiciera la tarde anterior, cuando ese tiempo pasado le parecía un mundo. En silencio. Sin saber qué decir. Sin querer romper el encanto de la nada que invadía ese todo que él compone por mucho que le cueste asimilarlo. Permanecieron así durante el tiempo suficiente como para que el «perfecto silencio» se convirtiera en el «perfecto silencio incómodo».

Fue ella quien se separó de golpe dirigiéndose a la cocina.

—¿Quieres un café?

—¡Ha vuelto lady impulsos!

Sonrió socarronamente

—Lo siento... No quiero ser así. Soy un desastre.

—Con leche, gracias. ¿Un desastre por qué?

Se acercó a él lo justo para poder mirarlo a los ojos.

—No sé cómo actuar. Se me da mal esto.

—Explícate, anda.

Zoe suspiró.

No sé en qué punto estamos, ni qué es esto. No estoy acostumbrada a pasar una noche

como la que hemos pasado y que cuando te vayas de mi casa posiblemente solo sea una más en tu vida —Empezó a expulsar palabras agolpadas sin saber muy bien ni siquiera qué decía—. Me gustas Álex, me gustas de verdad. No estarías aquí si no fuera así y no quiero que te vayas de aquí para seguir sin conocerte o hacer como si esto no hubiera pasado porque....

La interrumpió

—Espera, espera... —Zoe calló con la vista gacha—. Si me fuera de aquí ahora, en un rato, o más tarde y la noche hubiera sido una más, no creo que eso me haga mejor o peor persona de lo que soy. No he sido yo el que ha elegido esto. Lo hemos elegido los dos pero...

Zoe estaba a punto de romperse, comenzar a llorar y eso él, lo notó. Intentaba con todas sus fuerzas evitarlo, pero sus ojos castaños empezaron a brillar colores caleidoscópicos sin dominio. Estaba consiguiendo que todo se le escapara de sus manos tal y como no quería que pasase.

—Zoe —se acercó a ella y elevó su cara sujetándola levemente por la barbilla—. ¿Qué parte del «me he enamorado de ti» no entendiste anoche? Me iré y si quieres te vendrás conmigo. Y si no, te garantizo que volveré siempre que me des una mínima razón para estar a tu lado.

—¿Y para decirme esto me haces pasar la vergüenza de mi vida?

Sonrió burlonamente.

—Te lo buscas tú solita y sin ayuda. Es para que aprendas.

Lo abrazó con la fuerza suficiente para que no se le escapara.

—Me da mucha rabia esto, ¿sabes? —dijo Zoe.

—¿El qué?

—Todo esto. Me da rabia no conocerte más. No saber cuándo ironizas, ni cuando estás dispuesto a tirar la toalla. El no saber qué deseas realmente de la vida, de mí, de lo que te rodea. Quiero saber quién eres por dentro y llámame impaciente pero quiero saberlo ya.

—Soy lo que ves. No seas tan complicada. Ya me conocerás. Es más, creo que ya me conoces, pero créeme que lo que no ves de mí no se diferencia mucho de lo que ya hay. ¡Soy una persona muy simple! Es mejor no correr tanto. Siempre me ha gustado aprender poco a poco. Así nunca se olvida. Y ahora, dime, ¿qué vas a hacer hoy?, porque debería pasarme a recoger unos planos.

—¿Tienes tú algún plan para mí?

—Tú eres el plan.

Se restregó los ojos con vergüenza mirando al suelo.

—Vale. Digámoslo de otra manera, ¿vamos a pasar la noche de nuevo juntos?

—No estaría mal, la verdad —respondió Álex.

—Bien, entonces voy a invitar a comer a Marta. No quiero que me desherede tan pronto.

...

Abrió su ordenador con la única intención de ver el correo que le había enviado Marta. Si había algo más de trabajo no lo pensaba ver porque hoy nada le iba a borrar la sonrisa.

-----Mensaje original-----

De: Marta Sainz [mailto:m.sainz@presspack.es]

Enviado el: viernes, 13 de noviembre de 2009 10:51

Para: z.sanmartin@presspack.es

Asunto: Pues sabed, hermana mía, que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras se ve apaleado y emperador.

¡¡¡Z!!!

Quiero contenerme y no ser soez. No puedo, lo siento.

¿Habéis follado?

¡Me tienes en ascuas!

Te llamé anoche un par de veces. No quise insistir más por si estabais juntos, así que te doy de margen hasta las doce o te echo el teléfono abajo.

Esto no debe de ser sano ni para mí ni para mi resaca.

Hazlo por mi dolor de cabeza. ¡Lláname!

Bss.

La chica de los deportes.

Tomando forma de «invitación y clemencia» decidió llamarla. Estaba bastante entrada la hora del almuerzo y corría el riesgo de qué ya hubiera almorzado, por suerte no fue así.

Hizo reserva en un restaurante japonés cercano donde comer una buena tabla de sushi variado, de gran maki de calabaza, salmón, aguacate y pepino, arroz frito y tempura de verduras. Vino lambrusco de Piacenza y mucha conversación pendiente.

—¿Le has dicho ya lo del Berlín?

Zoe negó con la cabeza.

—Lo he intentado, pero no he sabido cómo hacerlo.

—Bueno, tranquila. No deja de ser una tontería.

—¿Y por qué me siento como si le estuviera mintiendo?

—Porque eres una tía complicada por naturaleza y algo neurótica. No te gustan las cosas fáciles y si algo llega a tu vida de forma sencilla lo transformas en atípico porque si no fuera así no serías tú.

—Vaya, gracias.

—En serio, tranquila. Es una tontería y no tienes de qué preocuparte. En definitiva, no sabes apenas nada de él...

—Sé de él algunas cosas.

—¡Sorpréndeme!

—Sé que es de Barcelona, que es adoptado, que tiene un hermano, que su última novia lo dejó por email, lo cual me parece casi más deprimente que lo mío. No ha pasado la varicela, ni le importa ver pelis románticas...

—¡Oh! Acaba de ganar treinta puntos contigo.

—¡Cabrona! ¿Me dejas seguir?

—Dale dale, estoy sorprendida.

—No le gustan guisantes, de pequeño quería ser cura aunque en realidad es ingeniero, empresario, y trabaja en la universidad, todo en un mismo empleo y en una misma persona, hoy tiene que recoger unos planos. Tiene un teléfono táctil del que dice no poder vivir sin él, también tiene tres curiosas pestañas rubias en el ojo izquierdo, aunque esto dudo que él lo sepa, y se confiesa enamorado de mí por dos veces.

—¿Follasteis anoche o solo os contasteis banalidades?

—Madre mía, Marta... ¡Eres...! —soltó un sonoro bufido.

—Muy fuerte lo tuyo. Banalidades, pasa la noche en tu casa, ve comedias románticas y encima quería ser cura. Mal rollo.

—Quería ser cura, tú lo has dicho. Es ateo. Y anoche sí, y esta mañana también, y esta noche repetiré y posiblemente al amanecer también. ¡Hola!, soy tu amiga la coneja.

—En este instante te odio tanto, señorita satisfecha.

—Lo sé.

—¿Cómo narices sabes que es ateo? De verdad que no entiendo para nada tus preliminares.

—Es una larga historia. Tiene que ver más con mi apellido que con los preliminares. Por cierto, ¿qué tienes pensado hacer cuando tus emails acaben con el *Quijote*?

—Si piensas que lo voy a acabar algún día... Voy por la página cuarenta. Pero si así fuera, empezaría con otra obra.

—Eres tremenda. ¿Cómo se te ocurren esas cosas?

—¿Lo de escribir el *Quijote* en los asuntos? Una vez leí que para escribir bien no hacía falta haber leído el Quijote pues Cervantes no lo hizo, pero lo mismo ayuda. Yo puedo decir que llevo gran parte escrito y si lo acabo siempre podrán decir en mis memorias: «Escribió el *Quijote* y otras obras en los asuntos de sus emails» —rieron—. De verdad, Z, me alegro muchísimo por ti.

»Feliz en veinticuatro horas. Es increíble verte sonreír con ilusión, de nuevo.

—Bueno, no te he dicho que le dije que...

—No, no, no, no, no. ¡No! Dime que no le has dicho que lo quieres.

—No.

—Menos mal.

—Le dije que creía que lo quería.

—Es oficial. Lo has acojonado.

Necesitaba ese momento de que Marta la comprendiera y a su vez supiera todo lo que había sucedido, dejando de lado la cordura en los momentos necesarios y en otros, el humor barato y los chistes de catálogo para ser como siempre, simplemente ellas dos.

Tan solo veinticuatro horas habían pasado desde que se lo encontrara en la puerta de su casa. Veinticuatro horas que habían sido repetidas a cuarenta y cinco revoluciones en su mente desde ese momento, como si de su infancia se tratase y en el tocadiscos, el vinilo de *los Ace of Base* repitiera en bucle una y otra vez todos los temas del disco *Happy Nation* llegando a desesperar a su padre y dejando patente no sólo su pésimo oído musical a la hora de cantar sino que además su inglés necesitaba de unas clases de apoyo.

Aunque los nervios la seguían comiendo por dentro, sabía que se podía acostumbrar a esa situación, a ese cúmulo de sensaciones encontradas.

Se podía acostumbrar a tenerlo cerca tal y como cierto día se acostumbró a no echar a otro de menos.

Delante tenía una copa de vino que nada tenía que ver con el recomendado en el obrador de pan, que aunque espumoso, tenía sabor a noche. Mirando fijamente su color rosáceo, al tiempo que escuchaba a Marta llegó a la conclusión de que los recuerdos también se asocian al paladar. Para ella, Álex sabía a vino.

Siempre había odiado a las personas que oían pero no escuchaban y aunque se empeñaba en concentrarse en cada una de las cosas que Marta le decía, su cabeza viajaba sin rumbo a otros extraños lugares que de repente se habían alojado ahí en forma de recuerdo y amante.

Conseguía parecer atenta y recurrente, pero realmente le costaba una vida dar respuestas coherentes e involucrarse en la conversación. En definitiva, y por mucho que le doliera reconocerlo, no quería estar allí.

A Marta ya la tenía en su vida. La tendría siempre. A él lo acababa de encontrar, quería tenerlo cerca y cada segundo que pasaba le hacía parecer más inexistente la sensatez de esa historia. Sentía que él huiría sin reparo de su lado, que con el tiempo no sabría nada más de él y que se pasaría mucho tiempo teniendo comidas como esta, deseando que los oídos de Marta la escucharan, como ella hacía ahora a duras penas. Lamentarse por ser una auténtica maridramas incapaz de mantener una relación de forma cuerda.

Apenas comió cinco piezas de sushi. No tenía mucho apetito, probó la verdura, el arroz de inimitable sabor y se guardó un hueco en el estómago para una imperdonable bola de helado de chocolate frito.

—No hace falta que te diga que me gusta, ¿verdad?

—Cariño, ¡le has dicho que le quieres! Perdón, ¡qué crees que le quieres! Con eso está todo dicho ¿no?

—Espero que no —Sonrió tímidamente— ¿Sabes esa sensación como que tienes algo nuevo que ansiabas mucho? ¿Ese estado nervioso que llevas todo el día y te da sensación de impaciencia? Pues así me siento.

—¿Cuántas veces has pensado en Víctor desde ayer?

—Más de las que debiera. La memoria es cruel, amiga.

CAPÍTULO 4

¿Le has dicho ya lo del Berlín?

—¿Por qué narices te pones tacones? Sientes que caminas como un pato cuando te los pones y en media hora tendrás las plantas de los pies con un corazón propio en cada una. Pero la señorita quiere hacerse la perfecta. La perfección no existe.

»Día dos, presentación social. Chata, estás como una puta cabra si piensas que esto te va a salir bien.

»Y no sé por qué, pero mírate. Estás mona y todo...

Ejerció de novio formal y la esperó en el portal a que bajara. Quizás, quería saber qué sentiría nada más verla, los nervios del «a ver si baja ya», o el vete tú a saber qué. Iba a llevarla a cenar a un restaurante de los buenos, después habían quedado con Marta para tomarse una copa por el centro y el resto... el resto, la verdad, no le importaba lo más mínimo. Ni la cena, ni la copa, ni el

centro. Importaba ella, importaba él y que corriera despacio el tiempo.

Se encendió la luz y escuchó sus pasos acompasados acercarse al ritmo que bajaba las escaleras, cuando ni por asomo podía imaginar que estuviera tan bella.

Cuando abrió la puerta, Alex soltó un sonoro bufido.

—Hola, ¿qué te pasa?

—Estás espectacular —Dejó caer cada palabra dándole sentido a cada una de las letras.

—Aun estoy a tiempo de subir a casa y ponerme unas *All Stars*. Estaría mucho más cómoda. No tan mona, pero sí infinitamente más cómoda.

—Me seguirías pareciendo espectacular hasta vestida de buzo.

—¡Qué ingenuo!

—¿Ingenuo, por qué?

—¡Ay! —Se llevó la mano a la cabeza fingiendo desesperación—. ¡A nadie le sientan bien los escarpines!

Zoe llevaba un vestido vaporoso de gasa con corte retro en tonos pastel y una gabardina oscura que aunque no abrigaba demasiado era el complemento perfecto para su vestido. Sabía que no pasarían mucho rato en la calle, eso la consolaba.

Caminaron calle abajo con sus manos entrelazadas, esquivando el frío entre sus brazos, muy juntos para sentirse, notarse, tocarse, jugando a mover los pulgares nerviosamente para analizar cada detalle insignificante de sus primeras falanges.

Curioso es como de repente la vida se organiza en torno a alguien que acaba de llegar y que no sabes por cuánto tiempo se va a quedar pero, que de repente, se convierte en tu tiempo y necesidad. Espacios vacíos ahora dependientes de otra persona.

Y en el caminar de la noche, entre frío y tacto, sus miedos seguían presentes pero su mente jugaba al escondite con cualquier resquicio de cordura. No sabe qué impulso la llevó a él, lo que sí tiene claro es que no se arrepiente de ni uno solo de los segundos que ha pasado a su lado.

Aunque admiraba a quien fuese capaz de aplicarse el *Carpe Diem* en cualquiera de sus variantes, sabía que era demasiado cobarde como para arriesgar sin antes pensar en las consecuencias.

Abrazada a su brazo, caminando en la noche y con una sonrisa que era incapaz de quitarse de la cara desde hacía un par de días, recordó la noche en el bar, su mental «quien no arriesga no gana», y lo ignorante que podía llegar a ser, pues desde que lo vio en la puerta del Berlín no pudo dejar de pensar ni un solo segundo en él.

No es amiga de los excesos, ama la tranquilidad y las conversaciones largas sin bullicio. Nunca saldría con un hombre que no le hubiera dado previamente algún tiempo de conversación interesante, y su tiempo libre, normalmente, es malgastado en tonterías absurdas y sin sentido. Su vida es un desorden perfectamente ordenado y aunque su día cuenta con pocas horas, las comprime, las esgrime y las disfruta por igual.

Ama su trabajo. No es capaz de empezar a funcionar sin un café con leche, echa de menos ver el mar e intenta hablar cada día con su padre. Con su madre también lo haría si ella le diera pie a alguna conversación.

Echa de menos ser parte diaria de su familia como su familia hace tiempo que forma parte de otras dos con un único y frágil nexo de unión. Ella.

Y aunque esta, su vida, no ha sido ni es del todo fácil la afronta como le viene. Da igual si algún mes malvive o sobrevive. Se conforma simplemente con eso, vivir y si encima es feliz, como lo es ahora, que le vengan días e historias.

—¿Dónde está la chica que no calla?

—Muerta de frío... me cuesta hasta hablar.

La abrazó con uno de sus brazos, el cual movía con entusiasmo para hacerla entrar calor mientras buscaban un taxi que los llevara al lugar de la cena, del que a pesar de ser céntrico y cercano a todo Zoe no había oído hablar en su vida. Era caro, eso se notaba; oscuro y con más camareros de los necesarios.

Madre mía, esto le va a costar un pico y yo voy a comer un mojón.

—Dime que no vienes a sitios de estos a menudo.

—Es la primera vez que vengo. Me lo han recomendado en el trabajo.

—La próxima vez evítalo si quieres. Yo soy feliz comiéndome un bocata de calamares en la Plaza Mayor.

—No vas vestida para comerte un bocata de calamares.

—No me he vestido para los calamares precisamente. Además, todo tiene su encanto si va acompañado de un buen vino.

—Todo tiene su encanto si va acompañado de ti.

Enarcó una ceja y lo miró de soslayo con vergüenza.

—No hagas eso, por favor —dijo Zoe.

—Me gusta la cara que pones cuando te avergüenzas. Eres vulnerable.

La mesa, un cuadrado perfecto de madera de caoba, amplia, vestida en tonos crema y con cubertería de lujo. *Sommelier* para el vino, *maitre* para las recomendaciones culinarias y camareros varios para los servicios. Demasiado lujo innecesario a sus ojos.

Dejó de mirar los precios de la carta tras hacer un cálculo mental de cuanto costaba una gamba de la docena que traía el plato... la respuesta tenía dos cifras.

—Álex, ya me has ganado. No tienes que impresionarme con el estómago.

—¿No te gusta el sitio?

—¡Claro que me gusta! Pero es excesivo y diría que incluso innecesario.

—Tranquila. Un día es un día y tan sólo es una cena.

...

La extraña comodidad que la acompañaba la llevó a dejar de lado los nervios y por muy raro que le pareciese pudo incluso hasta cenar. Su dieta estricta de las relaciones de pareja se tambaleaba irremediabilmente ante un hombre hasta el momento perfecto.

Compartieron caricias escondidas en el absurdo instinto del toqueteo descuidado, conversaciones infinitas entre minimalismo y elegancia.

Cuando se quisieron dar cuenta estaban rodeados de sus respectivos mejores amigos y un par de *Gin Tónicos*. Los dos mejores amigos por parte de él y Marta con la pequeña pandilla de sus

últimos años de salida por la de ella. Pandilla de fiestas y nimiedades, de risas y sinvergonzonería, sin aditivos ni alicientes. Sin mayor compromiso que el de salir a divertirse. Quizás lo más correcto fuera decir: los dos mejores amigos por parte de él, su mejor amiga por parte de ella y un montón de conocidos en días de fiesta.

Decidieron pasar la noche en casa de Álex, que estaba relativamente cerca de la suya. Comprendió el frío de su chaqueta en la noche anterior y el que fuera caminando.

Era un ático con bastante luz natural. Amplio y con un par de habitaciones que posiblemente no hubieran sido usadas por nadie.

Se preguntó si su hermano lo habría visitado alguna vez. O sus padres. O algún amigo de Barcelona...

Estaba todo tremendamente ordenado y limpio. Con lo que llegó a la conclusión que contaba con ayuda doméstica.

Miraba los libros que tenía ordenados en la estantería según tamaño mientras dejaba caer el peso de su cuerpo sobre una pierna, con una copa en la mano a la que ni siquiera le había dado dos sorbos.

Los Pilares de la Tierra, Kafka en la Orilla, Los Renglones Torcidos de Dios, Cuatro amigos, algunos con títulos larguísimos como *La sociedad literaria y el pastel de piel de patata de Guernsey...*

—Estás muy callada. ¿Te preocupa algo o me tengo que preocupar yo?

Se giró sobre su propio pie.

Lo tenía tan cerca que lo sentía respirar.

—Ni una cosa ni otra. Sólo que... quiero contarte algo y no sé cómo hacerlo.

—¿Importante? —dijo él.

—Realmente creo que para ti será una tontería, pero para mí es importante y me tiene más tiempo del necesario dándole vueltas en la cabeza.

—Entonces suéltalo sin más.

—¿Sabes qué pasa? Que si suelto las cosas sin más suelen carecer de sentido y posiblemente le des la importancia que no tiene...

—Ahora sí que me preocupas.

Le acarició la mejilla con dulzura.

—No tienes de qué preocuparte, de verdad. Voy a intentar empezar por el principio y hacerlo de tal manera que no pienses que estoy loca o que me ahogo en un vaso de agua ¿Recuerdas el día del Berlín?

—Claro, claro que lo recuerdo.

—Pues yo... Yo ya estaba parada allí cuando tú saliste. Es más, no te vi hasta que me hablaste. Vi a alguien que hacía mucho que no veía y me quedé un poco petrificada

—Lo sé.

—¿Qué sabes?

—Sé que estabas parada allí fuera y que no me habías visto porque yo salí al verte. La llamada me ayudó bastante.

Zoe se llevó una mano a la boca ante la sorpresa de sus palabras

—Créeme, no soy tan buen actor como para fingir que hablo con tanta naturalidad por teléfono. Pero sí, sabía que estabas ahí parada y que no era por mí. Igual que sé que hay días que vuelves de trabajar siendo de noche, que tienes una vespa de color crema *vintage*, que si aparcas cerca de tu puerta es porque te vas a marchar pronto y que no te quitas el casco hasta que estás entrando por el portal...

»Sé todo lo que he podido ir viendo este año porque la casualidad o la causalidad me ha llevado a ti una y otra vez sin yo poder hacer nada por evitarlo. Cosa que tampoco quería, la verdad y he pasado inadvertido para tus ojos, pues mi gran fallo siempre ha sido la timidez, la que me ha impedido decirte algo antes de aquellas palabras mientras hablaba por teléfono aun a sabiendas de que me podrías haber mandado al mismísimo carajo.

»Por suerte, no fue así.

Estaba absorta. No sabía si preocuparse por todo lo que sabía o si alegrarse de que alguien como él se hubiera fijado en alguien como ella.

—¡Madre mía! —suspiró.

—¿Te he asustado? No era mi intención...

—No, pero has conseguido que todas mi preocupaciones carezcan de sentido y sí, posiblemente acaban de nacer unas nuevas. Además, no sé cómo te fijaste en mí con las pintas que suelo llevar cada día —dijo para quitar hierro al asunto.

—Vas mejor de lo que posiblemente tú creas. La primera vez que te vi ibas casi tan guapa como hoy. Ibas con un señor de unos sesenta años y yo estaba subiendo maletas a este piso en mi mudanza.

—Mi padre.

—Podría ser tu padre, sí.

»Y ahora que sabes mi vergonzosa parte ¿me cuentas quién te dejó petrificada en las puertas del Berlín?

—¿Quieres saberlo?

—Quiero saberlo todo de ti.

Suspiró. —Ya no tiene tanto sentido, la verdad. Pero vi a Víctor. Mi flamante oficial a concurso que me dejara por teléfono. Casi un año sin verlo y el día que lo hago está feliz y de la mano de una embarazadísima chica.

»No me lo esperaba. No me esperaba volver a verlo y que encima fuera a ser padre —Se pasó el reverso la mano por la sien buscando comprensión—. Afortunadamente, él no me vio a mí.

—¿No te alegras por él?

—No quiero que sea feliz. Bueno, sí. Sí quiero que sea feliz, porque le deseo todo lo mejor en su vida. Lo que no quiero es yo verlo feliz. Realmente no quiero verlo de ninguna manera.

—Le guardas rencor.

—No. Para nada.

»En su momento intenté hablar con él, ser amigos. Pero no quiso y ya ha pasado demasiado tiempo como para hacerlo o darle importancia y pedir o dar explicaciones. Cada uno con su vida y si es alejados, pues mejor. Fue muy difícil dejar de querer a alguien a quien has amado con todas tus ganas.

—¿No guardas nada bueno?

—Sí. Precisamente es eso lo que guardo, todo lo bueno, los días que nos quisimos y también recuerdo el daño de una manera muy distinta a la que viví en su momento. Tan solo me quedo con el saber por qué sufrí y así no cometer los mismos errores que entonces. ¡Que los tuve y muchos! Pero esa historia ya es agua pasada y no merece la pena ni ser contada. No mereces que juzgue lo que quiera que sea esto que tenemos tú y yo por algo que viví en un momento pasado con la persona equivocada —dijo aferrándose a la cintura de Álex.

—No creo que fuera la persona equivocada. Era la persona con la que tenías que estar en ese momento y posiblemente el final que tuvisteis fuera el más correcto. Egoístamente para mí tuviste el final más correcto.

Le era inevitable recordarlo.

Cuando creía que lo había archivado en el armario del olvido y mientras la abrazada el hombre de su presente, recordaba al de su pasado. Recordaba su olor como si fuera una inhalación constante a sus sentidos, recordaba su risa, recordaba las horribles respuestas que le mandaba a sus emails, recordaba cómo lo llevaba de vuelta a casa en su coche por sus perjudicadas fiestas, recordaba como la llamaba «mi niña» y el cómo nunca le dijo que odiaba ese término. Lo recordó tanto que hasta volvió a echarlo algo de menos.

...

Buenos días, princesa.

*Me he ido un rato al gimnasio y estabas tan profundamente dormida que no he querido despertarte. En la cocina tienes el desayuno preparado
Vuelvo pronto y te beso.*

Álex

Tenía letra de chica. Con buena caligrafía y sobre todo muy legible. A decir verdad, tenía más letra de chica que ella misma. Es lo que tiene ser periodista, te acostumbras a escribir de cualquier manera y acabas descuidando no sólo tu físico, sino también tu letra.

Estaba bien entrada la mañana. Lo suficiente para avergonzarse de lo que había dormido. Era de ese tipo de personas que suelen extrañar su cama cuando duerme en un lugar nuevo, pero estaba derrotada. Había sido dos noches muy intensas teniendo que cumplir como pareja y como persona.

¿No querías volver a hacer deporte? Pues las abdominales las estás bordando.

Estaba desnuda y tenía frío.

De su casa no conocía absolutamente nada y odiaba aprovechar la oportunidad de ausencia para mirar en los cajones. En su lugar, buscó su teléfono y llamó a Marta.

—¡Buenos días, M! ¿Te he despertado?

—No, no. Ando limpiando la leonera que tengo por casa desde hace un rato, ¿y tú?

—En casa de Álex.

—Del buenorro... digamos de ¿tu novio?

—Sí, bueno, de lo que quiera que sea. En casa de él. En pelotas, muerta de frío y con mi gabardina puesta. No sé dónde coño tiene la calefacción y ni si la tiene.

—¿Y él?

—En el gimnasio. Me ha dejado una nota porque yo estaba vergonzosamente muy dormida.

—No sé si te has dado cuenta, pero hasta el momento no ha amanecido nunca a tu lado.

—Duerme menos que yo —Pasó las manos de sacudida por la gabardina—. ¡Joder!, parezco una pornochacha.

—Te habrás puesto las bragas al menos, ¿no?

—Sí, ropa interior llevo. Pero me empiezo a arrepentir de haberme puesto vestido. Doy mi

reino por unos vaqueros. No me voy a poner lo de anoche. Estar arreglada como para irme cuando él llegue como que no me parece.

—Mujer, cógele un pantalón de chándal y una camiseta de por ahí.

—No quiero mirar en sus armarios.

—¿Por qué? Él te ha mirado a ti mientras dormías. Estáis empatados.

—Yo lo miré a él ayer en mi casa mientras dormía y le hice fotos. Pierdo por goleada. En fin, ¿te veo después? Tengo cosas que contarte.

—¡Ay! ¡Que ya se lo has dicho!

—Te va a sorprender. Luego te cuento.

Entró en el baño para asearse y la imagen que le regaló el espejo era más de un personaje de Tim Burton que el reflejo de ella misma.

Madre mía Zoe, eres un bombón. ¡Qué cara!

Echó un vistazo sobre sus hombros para llegar a una única conclusión, o tenía ayuda doméstica o era un maniático de la limpieza.

Encima de una pequeña estantería había otro *post-it*, un pantalón de pijama, unos calcetines y un jersey azul marino.

Hola otra vez.

Ponte cómoda, no quiero que pases frío. Esta casa es un iglú hasta que te acostumbras.

No pudo evitar sonreír.

Tenía instrucciones por cada rincón de la casa. En la cafetera, en el microondas, en la tostadora.

Era un buen tipo. Se le notaba a leguas que lo era.

Guardó cada una de sus notas por si algún día necesitaba releerlas. Por si algún día volvía a necesitar sonreír con pequeños detalles absurdos como ese.

Estaba apoyada en la encimera con una taza de café jumbo en la mano, con las piernas cruzadas, con la ropa de él puesta donde cabía dos veces ella, con la luz entrando en la cocina de un apartamento mucho más bonito de lo que recordaba de la noche anterior cuando escuchó como la puerta se abría con delicadeza, posiblemente para no despertarla si seguía dormida.

Álex se asomó por la cocina con una enorme bolsa de deporte sobre uno de sus hombros.

Hoy era él quién olía a ducha recién recibida.

—Hola dormilona.

Le regaló una sonrisa llena de picardía.

—¡Qué vergüenza! Tenías que haberme despertado.

—¿Por qué? Si lo hubiera hecho ya te habrías ido. Y no quiero eso.

—Gracias por esto —dijo señalándose la ropa—. Te has librado de verme vestida de pornochacha cutre luciendo solo una gabardina.

—¡Mierda! ¡Se me escapó ese detalle!

Soltó la taza y se acercó a besarlo...

—Buenos días.

—Buenas tardes.

—Buenas... eso.

—Suelto la bolsa y soy todo tuyo, ¿vale?

Tumbados uno al lado del otro en su sofá gris de talla XXL, jugando a enredarse los dedos y a contarse los detalles minúsculos que aún no sabía el uno del otro, se maldecían porque el fin de semana estuviera muriendo y con él su tiempo juntos. Había que volver a la maldita realidad del día a día.

—Me da mucho coraje no saber si te voy a poder ver mañana —Toma la primera falange del dedo índice de Álex—. Ni pasado —Toma la del corazón—, ni el otro... —Toma la del anular—, ni el otro... —toma la del meñique—. Pero este... —Dijo cogiendo el pulgar— Te veré seguro y haré todo lo posible por verte todos estos —Sentenció al tiempo que entrelazó su mano completa.

—Me encantaría.

—Somos como adolescentes. Novios de fin de semana.

—¿Somos novios?

—Bueno... de momento, simplemente, somos.

—Si amanecemos juntos, mañana nos podemos ver.

—No me puedo ni quedar ni trasnochar. Hace dos días que no pongo un dedo en casa. Que es pequeña, sí, pero se ensucia.

—O sea, que no quieres que me quede contigo.

—Sí que quiero. ¡Claro que quiero! —Se pasó las manos por los ojos—. Vale, no sé cómo lo haré esta semana. ¿Te quieres venir a dormir a mi casa esta noche?

—Te puedo ayudar, si quieres.

—¡Ni hablar! Me lo tomaré como si hubiera sido un fin de semana de vacaciones. Por cierto, ¿te puedo pedir un favor? —No le dejó contestar—. No me llames princesa, por favor. Esas sólo están en los cuentos y por tinte general son sufridoras y desgraciadas.

Álex sonrió.

Pasaban tanto tiempo en su día a día a solas que eran capaces de estar en silencio sin que este ya fuera incómodo. Rozándose con la yema de los dedos, con los ojos cerrados, viendo pasar el tiempo lentamente. Momentos en los que los sentidos se agudizan, se huelen, se sienten, se escuchan, en ocasiones se ven, e incluso, se saborean.

¡Mierda! tengo que llamar a mi padre. A ver qué excusa le pongo. No sé cómo se las apaña que siempre me saca la información que no quiero darle. Tengo que subir a ver a Marta o bajará ella.

¡Mierda!, ¡mierda!, ¡mierda! Tengo toda la puta ropa por medio. Claro, ¡si no te hubieras probado anoche medio armario...!

Vas a tener una semana muy complicada, Zoe. ¿Lo sabes? Apenas vas a poder sacar tiempo para dormir y definitivamente lo que te faltaba en tu vida, es una relación para volverte del todo loca.

Como acto reflejo se enredó en él. Entre sus piernas, entre sus brazos, en la curva de su cuello, entre olores de champú cítrico y sofá poco usado. Entre su ropa, entre sus cosas, entre todo él... se durmió. Se durmió porque seguía derrotada y porque con ella el dicho de *sueño llama a sueño* se hacía realidad cada fin de semana.

En eso iba a tener que cambiar sus hábitos.

La infancia de ninguno de los dos fue del todo fácil. Ambos fueron de esos niños que

pasaban desapercibidos en la escuela, con su buen grupo de amigos pero sin liderar ninguna pandilla.

Él de pequeño vivía para el deporte, Zoe se refugiaba en la lectura. Le encantaban los libros de aventuras imaginarias que la hicieran viajar a un lugar mejor; a un mundo de ilusiones ficticias que hacer suyas.

Él contaba en su estantería con algunos de sus libros favoritos, los cuales a lo mejor ni se había leído, pero los que para ella cambiaban mucho esa historia. Verlos ahí, estáticos, impávidos y perfectos lo hacía ser alguien más que idóneo para formar parte del desorden que tenía por vida. La besó en el lóbulo de la oreja y le susurró en el oído:

—Te has vuelto a dormir.

Zoe respiró profundamente.

—Estoy pensando.

Álex sonrió.

—¿Y se puede saber en qué?

—En el apareamiento de la Chinchilla —se acurrucó bajo su brazo rodeándolo por la cintura.

Soltó una sonora carcajada.

—Qué pensamientos más desvariados tienes.

—Estoy muy a gusto.

...

Había pasado un mes y el todo que compone sus vidas diarias resumaba el aroma del otro por donde quiera que pisaban. Cepillos de dientes en sus respectivos baños, algo de ropa en sus casas, planos de obra y la fotografía en blanco y negro que ella le hizo la primera noche en su casa, carretes de fotos en la nevera y mascarilla para el pelo en la de Álex.

Treinta y tantos días haciendo por verse a diario ignorantes de que el destino ya les había planeado hace tiempo que esa intención fuera todo un hecho.

Una tarde de invierno mientras Álex preparaba exámenes, Zoe leía un libro entre manta y sofá.

Levantando levemente la cabeza para poder mirarlo y sin venir a cuento, cuando más metido estaba en sus historias de ingenieros dejó caer las palabras con todo su sentido.

—Oye, sabes que te quiero, ¿verdad?

—Si no supiera que nos queremos, ambos nos habríamos dado ya cuenta.

—¿Esa es tu manera de decirme que tú también?

—No, porque yo siempre te voy a querer un poco más de lo que tú me quieres a mí.

—Bien —asintió crédula Zoe—. Me parece correcto. ¿Sabes? Todo el tiempo que estuve con Víctor nunca nos dijimos que nos queríamos.

Digo yo que eso significaba algo.

Quiero que nos digamos «te quiero», aunque lo sepamos, aunque lo sintamos, aunque sea cursi, carca y no haga falta decirlo.

—Te quiero, Z y si hace falta te lo repetiré cada día de mi vida.

De repente, no le importaba hablar de su pasado.

Curioso cuanto menos, ya que durante todo este tiempo había sido un tema tabú en su vida, incluso para con Marta.

Tras la llamada de él donde sonaron las manidas palabras que componen el «Nena, necesito tiempo» y «No sé a dónde va esto», y cuando invadida por el miedo que da la derrota fue capaz de decir las palabras que él no tuvo valor de pronunciar, «Para que me dejes mañana, lo dejamos hoy», recibió la visita de Marta con la esperanza del desahogo.

—¡Suéltalo! ¡No te lo puedes tragar tu sola!

Tan sólo lloró. Fue la única vez que lo hizo por Víctor. Llorar por horas. Llorar hasta vaciarse. Llorar por todas esas cosas de él que no merecían la pena y que de repente formaban todo su mundo. Llorar hasta el punto de llorar por llorar.

Nunca dijo ni una sola mala palabra de él, nunca dio explicaciones más allá del «ya no estamos juntos». Nunca Marta la escuchó quejarse de cuánto lo echaba de menos aunque por dentro se deshiciera del dolor que le suponía no tenerlo.

Aprendió sola a odiarlo en silencio para poder olvidarlo y fue preciosamente el tiempo quien le enseñó a olvidar el odio, para por fin poder quedarse con lo bueno sin caer en duelo.

Nuevo mensaje:

A. Estoy en casa. Me he venido a comer aquí, sano y *light*. No tengo gimnasio cerca pero no me importaría hacer deporte. ¿Me ayudarías? Vente. Ya. ¿Aún no vienes? ¡Venga!

Ha recibido un nuevo mensaje de texto de:

Marta

¡Z! ¿Dónde comes hoy? ¿Comemos juntas? ¡Ah! No, que no puedes. Que prefieres un polvo de sobremesa. Mándale el mensaje a Álex o te tendrás que autosatisfacer. ¡Golfá!

—¡Mierda!

Reenviar mensaje.

En días en los que decides cambiar tu rumbo y escribir una nueva historia aparece el olvido, que tan solo te permite revivir líneas ya escritas.

—Creo que hemos entrado en bucle.

—Zoe... ¿me dejas hablar?

—¡No quiero que hables! ¡No quiero escucharte! ¡No quiero verte!

CAPÍTULO 5

Simplemente, somos

No sabrían decir en qué momento exacto lo suyo se convirtió en costumbre. El tocarse por costumbre, el buscarse las manos por costumbre, el llamarse a media mañana por costumbre, el hacer el amor por costumbre... el quererse por costumbre.

Llegaron al punto de evitar las pequeñas manías y pasaron tanto tiempo juntos que incluso fueron incapaces de darse cuenta de que ellos mismos eran los culpables de su desgaste. Que aunque se habían contado todo lo importante, con el tiempo habían dejado de lado las banalidades, las pequeñas cosas absurdas que hacen a las relaciones interesantes.

Era un desgaste sin intención y lo peor de todo es que era invisible a sus ojos.

En la tarde de un día cualquiera, uno de esos con fútbol y partido importante, Álex había quedado con unos amigos para verlo en el Berlín tal y como hacía algunas que otras veces aprovechando si Zoe tenía trabajo.

Lo acompañó a la puerta y cuando iba a marcharse a casa escuchó cómo alguien se acercaba para entrar en el local.

—O sea, ¿es verdad que estás con ella!

Zoe recibió una puñalada en el corazón al volver a escuchar esa voz. La actitud defensiva de Álex tampoco ayudó.

—Sí... ya lo sabías, ¿no?

Zoe se alejó. Apartó a Álex de un empujón con la mano en su pecho. Al girarse, apartó a Víctor de su espalda sosteniéndole la mirada con rabia contenida. Sin ser capaz de llorar, sin ser capaz de entender absolutamente nada.

Se alejó. Se alejó corriendo aunque le costara respirar. Sintiendo cómo le ardían las mejillas. Quién sabe si por la falta de costumbre o por el rubor causado por la situación.

Álex corrió tras ella.

—¡Zoe! Espera ¡Puedo explicártelo!

No tardó en alcanzarla.

—¡Por favor! —la sujetó por el brazo— ¡Escúchame!

—Déjame en paz, Álex, y suéltame el brazo.

—Zoe, por favor. No es...

—¿No es lo que parece? ¿Eso vas a decir? Vete a ver el fútbol con tus «amigos». Ya hablaremos. ¡Claro que hablaremos! Pero no ahora. Ahora no quiero verte.

Estaba enfadada. Estaba dolida. Se sentía engañada. Tenía un conflicto de sensaciones internas incapaz de dominar en ese instante.

—No es lo que parece. De verdad.

—Ya veré si me lo quiero creer.

...

Subió a ver a Marta sin saber bien qué le iba a decir, pero no estaba y casi que lo agradeció. No quería hablar con nadie, ni dar explicaciones de algo que ni ella misma comprendía. ¿Qué le iba a decir?

Conoce a Víctor ¡Lo conoce! No he hablado nunca contigo del daño que me hizo perderlo, de

todo lo que por dentro me provocaba el no tenerlo cerca y mi presente no solo lo conoce, sino que es su amigo. ¡Ah! Y con él sí que he hablado de todo ese dolor. ¡Ódiame como amiga, porque soy lo peor!

En casa, con la tele apagada, en silencio... sin nada. Solamente el ruido que entraba desde la calle y ella. Sentada en uno de los peldaños de escalera que dan acceso al abuhardillado de su cama, con la cara escondida tras las manos imitando a la inocencia del cuento.

No lloró. Ni sentía ira o rabia. Era un cúmulo de decepción e ingenuidad a partes iguales.

Se sentía engañada y aunque le diera mil vueltas no se lo podía creer. Estaba convencida de que era un buen tipo y deseaba que tuviera una excusa razonable. No quería dejarlo. No quería terminar con él. Seguramente, no podría recomponerse de otra ruptura y más contando con el mismo culpable de por medio.

Cuando escuchó el timbre su cuerpo era un manojo de nervios. Quería verlo y al mismo tiempo no quería tenerlo cerca. Quería escuchar todo lo que tenía que decir y gritarle que no quería saber nada más de él.

Miró por la mirilla. Era Marta.

—No te voy a preguntar si estás bien porque con mirarte me basta. ¿Qué ha pasado? Me ha llamado Álex para ver si estabas conmigo.

—¿Y por qué no me ha llamado a mí si quería saberlo?

—Porque está acojonado y porque no sabe por dónde le vas a salir. Son cosas que pasan cuando dos se enfadan.

—Vaya. ¿Te lo ha contado?

—No me ha contado nada, pero no hay que ser muy avisado para saber que habéis tenido algún tipo de problema.

Preparó un par de infusiones de frutas y le contó al detalle lo sucedido. Quizás para poner en orden en su cabeza todas las piezas de un rompecabezas que estaba siendo montado del revés.

Habló de Víctor como si continuara siendo una constante en su vida. Como si el dolor nunca se hubiera ido y su sino estuviera predestinado a sufrir por su culpa indiferentemente de cual fuera su situación sentimental.

Tenía total consciencia de que el cuerpo no siempre actúa de la misma manera y se maldice por su falta de valentía, por haber salido corriendo y no quedarse allí, mirándolo con indiferencia. Pero, ¿y Álex? Álex había sido su paño de lágrimas con un año de retraso.

Hoy sabe que cometió dos errores importantes: el primero, hablarle de una relación pasada a su pareja actual no debe ser sano. El contarle absolutamente todo porque no era de la ciudad y era prácticamente imposible que Víctor y él estuvieran relacionados yendo más allá de la teoría de los seis grados.

—Qué situación más extraña, Z. ¿Tienes pensado hacer algo?

—Escuchar lo que me tenga que decir. Es lo único que creo que debo hacer, ya no solo por él, sino por mí. Quiero pensar que sigue siendo la misma buena persona que conocí. Que no me ha podido estar engañando todo este tiempo

—Lo que no entiendo es por qué no te lo ha contado.

—Yo tampoco. Pero por favor, no vayas por ahí. No quiero enfadarme. Ahora mismo mis sentimientos son bipolares y no quiero estar condicionada a nada. Quiero que me diga, que me cuente, que me de explicaciones... Si quiere. Porque esa es otra. Lo mismo es él quien no quiere.

—Te va a sonar raro escuchar esto en esta situación. Pero desde que estás con él has cambiado y espero que no me malinterpretes ya que es positivo lo que te digo.

—No te entiendo.

—Hace un año estarías llorando por las esquinas. Maldiciendo tu desgracia.

—Por dentro estoy así, llorando en cada esquina. Pero lo mismo me pasa como a la historia y he llorado tanto por Víctor que para él ya no tengo más lágrimas. Además, creo que soy como el chiste del que se toca cualquier parte y le duele porque lo que tiene es roto el dedo. Yo nací con la aguja clavada en el culo y en cada pajar que me siente...

—Podría hacer un chiste fácil con este último comentario.

»Tranquila hoy no hay chistes. Pero como experta en relaciones desastre te diré que nada es tan malo, ni nada es tan bueno. Todo pasa por algo y tu «algo» está en que eres muy confiada y demasiado ñoña. Ser bueno no es nada malo, pero ser mala, en su justa medida, está mucho mejor y se llora menos. ¿Quieres que me quede?

—No, de verdad, estoy bien.

La acompañó a la puerta y le dio un abrazo de agradecimiento.

Era una privilegiada teniendo no solo a su mejor amiga sino también a un apoyo incondicional tan cerca. Bien es cierto que era recíproco y aunque en su misma situación posiblemente Zoe se hubiera comportado de una manera muy parecida, en ese preciso instante estaba totalmente agradecida de tenerla como amiga.

Al abrir la puerta vieron a Álex al fondo del pasillo, sentado en el suelo, abrazado a sus rodillas y con el móvil en las manos. Seguramente deliberando si llamarla o no.

Se despidió de Marta y esta le regaló una sonrisa tranquilizadora. Mientras Álex agradecía a Marta que se hubiera preocupado, Zoe entró dejando la puerta abierta, con pasividad y despotismo.

Se sentó en su peldaño de la meditación con una tranquilidad casi asombrosa. Estaba enfadada.

Ahora sí lo estaba.

Necesitaba respuestas y el no saber si las iba a tener, la descolocaba.

Álex tenía la sensación de ser un extraño. Como si de repente fuera la primera vez que entrara en su casa. Le avergonzaba preguntar si podía o no pasar y el que le hubiera dejado la puerta abierta posiblemente fuera porque ella contaba con que entrase.

No preguntó y pasó.

Cerró tras de sí con suma delicadeza, dedicándole más tiempo del debido. Tal vez intentando medir las palabras que iba a decir y la forma en la que actuar para no provocar una tormenta mayor que la que ya tenían encima.

Se acercó.

Quiso besarla y lo intentó, pero ella lo despreció con un brusco movimiento de cara. Aun así logró besarla en la mejilla.

Adoptó la misma actitud que tenía antes de que viniera Marta. La misma cara escondida tras las mismas manos; la diferencia más notable es que ahora lo tenía sentado a dos metros de ella esperando a que fuera capaz de mirarlo a la cara. Necesitaba el tiempo exacto para no sufrir más de lo que inconscientemente ya lo estaba haciendo.

¿Qué le hubiera dicho a Víctor si hubiera tenido valor de responderle antes de que lo hiciera Álex?

Aunque divagaba por su cabeza, esta pregunta era la más irrelevante de todas. Víctor era su pasado y Álex su presente. Fuera lo que fuera lo que el destino les tuviera preparado más allá de la conversación que iban a mantener, no quería que sus problemas de antaño dominaran su presente.

Respiró profunda y sonoramente como preludeo de sus primeras palabras. Notó cómo se le aceleraba el corazón al tiempo que apartaba las manos de su cara para verlo impávido e inocente. Sentado en el suelo, con la espalda pegada en la pared, a su izquierda, entrelazando sus manos sobre las rodillas y mirando al suelo esperando su oportunidad.

Se restregó los ojos y como si acabara de amanecer la imagen que le era proyectada estaba formada por luces de colores brillantes. Necesitaba recuperar el enfoque de su visión hacia él.

—Antes de que digas nada y teniendo en cuenta que ahora mismo soy una coleccionista de sensaciones negativas y adversas, quiero pedirte disculpas por mi actitud cobarde. Lo mismo me tenía que haber quedado y solucionar esto allí. Pero creo que no era el sitio, ni el momento — Suspiró—. Dicho esto... —Se pasó la mano por la sien buscando la serenidad que había perdido a primeras horas de la tarde— quiero escuchar todo lo que me quieras contar.

—Lo siento, Zoe. Lo siento de verdad. No quería que lo pasaras mal y pensé que nunca os encontraríais. No sabía ni que vendría. Me dijeron una vez que si vas a hacer daño a alguien con algo que puedes evitar no contándolo porque en definitiva sea irrelevante, ¿para qué contarlo?

—Si esta es tu excusa, no lo estás arreglando.

—No es una excusa. Te soy sincero.

—¿Erais amigos cuando nos conocimos?

—Sí... bueno, ahora mismo no lo considero mi amigo, pero sí, lo conocía.

—¡No me lo puedo creer! ¿Me has estado engañando todo este tiempo? Todo era palabrería cuando te hablaba de él. ¡Joder, Álex! Gracias... Debo de ser la persona más idiota de este planeta —Realizaba aspavientos con las manos al tiempo que se levantaba en busca de un poco de agua. Tenía la garganta cerrada y el corazón a mil por hora.

Aunque le pareciera increíble, Álex la comprendía. Quería estrecharla entre sus brazos y decirle todo de la forma más coherente. Pero el dolor que emanaba su cara le provocaba soltar las palabras a borbotones. Desbordadas y sin sentido.

—No te he engañado nunca, Zoe

—No, simplemente me has ocultado la verdad. Verdades a medias lo llaman, ¿no?

—No sabía que eras la chica de la que hablaba Víctor. Solo recordaba que tenía un nombre inusual, pero nada más. La primera vez que hablaste de él, en mi apartamento, se me pasó por la cabeza la idea de que fueras «ella», pero lo borré de mi mente por surrealista. No podías ser ella. Yo no podía estar intentando enamorar a una chica de la que había escuchado pestes.

—Vaya, de lo que se entera una dos años después. Y yo mordéndome la lengua, siendo precavida y no hablando de él con nadie. ¡Seré gilipollas!

—¡Joder, Zoe! No creo que deba contarte determinadas cosas porque te pueden doler. ¡Ponte en mi lugar!

—¿Te has puesto tú en algún momento en el mío?

—Más de lo que te puedas imaginar.

Mira, Víctor... hablaba de ti mal. No de tu personalidad. No de la chica con la que estuvo. No de los sentimientos compartidos. Hablaba mal de ti, de tu dolor, de cómo sabía que te costaba superarlo, y yo no quiero contarte eso.

Quería llorar. Quería gritar. Quería pagar con él cada uno de los platos que llevaban años rotos.

—¿Desde cuándo sabes que yo soy ella?

—No hace mucho. Hará unos tres meses. Cuatro como mucho.

—¿No hace mucho? Llevamos un año juntos y ¿cuatro meses no es mucho?

—He querido contártelo mil veces, pero, ¿cómo quieres que te cuente algo así? ¿Soltándolo

tal cual?

—No. Sin duda es mucho mejor encontrármelo por sorpresa.

Se quedaron callados durante un par de minutos. Zoe daba vueltas sin rumbo fijo de un lado al otro del salón.

Se sentó frente a él.

—¿Qué vamos a hacer?

—Zoe, lo siento. Esto es también complicado para mí.

—¿Hay algo más que tenga que saber?

—No. De esta historia... —dudó antes de contestar— no.

—No quiero saber nada más de él. Nunca más.

»No te voy a pedir que dejes de verlo pero, si tienes la mínima sospecha de que vas a coincidir con él, yo no quiero estar.

—Su actitud no ha sido horrible y yo... yo no quiero perderte.

—Pues entonces, no me pierdas. Porque aunque ahora mismo te odio con todas mis ganas, te quiero con todas mis fuerzas.

Se deslizó a su lado, tenía los ojos brillosos. La veía preciosa. Como hacía mucho que no la veía.

—¿Haría mal si te beso?

Negó con la cabeza.

La sujetó por las mejillas con dulzura y la besó con total ternura al tiempo que sentía una lágrima deslizarse por su mano. Le secó los ojos y la besó en la frente.

—Siempre habrá cosas que no te pueda contar, Z. Pero quiero que confíes en mí.

—Ahora mismo es más fácil decirlo que llevarlo a cabo, A.

—Estaremos bien.

—Eso espero.

Estuvieron largo rato sin decirse nada. Acariciándose las manos sin apenas mirarse a los ojos. Tal y como hacen los proyectos de novios en sus primeras citas.

—A, quiero que volvamos a ser lo que éramos. Quiero sentarme en el sofá enredada en tus piernas y jugar con tu barba de tres días. Quiero que nos acariciemos sin venir a cuento. Quiero que volvamos a hacer las cosas porque surgen y no porque sea lo correcto.

—Yo también lo quiero. De un tiempo a esta parte todo ha sido muy raro.

—¿Te importa si no te quedas esta noche? Creo que necesito estar sola.

—Claro. No te preocupes. Pero ¿estamos bien?

—Nosotros siempre hemos sido una pareja a medias frases.

»Ahora mismo sólo estamos. Pero como tú dices, estaremos bien.

...

En su soledad le lloró. Lloró por todo lo que había querido llorar a lo largo del día y no había podido, por lo que lo quería y porque hasta preciso instante no había sido consciente de que él era el hombre de su vida.

Le importó poco lo hinchados que llevara los ojos a la mañana siguiente y las excusas que le tuviera que poner a su padre en la hora de la comida. Había olvidado que había quedado con él. Pero las lágrimas eran su vía de escape. La purificaban. La alejaban de la ira, del rencor y del daño.

Lo buscó en los huecos de la cama. Esos que normalmente llenaba su presencia y que ahora los rellena la de ella. Respirando cualquier resquicio insignificante de él que allí se encontrase. En unas sábanas revueltas por el uso monotemático donde en días previos habitaban los del placentero descanso mutuo. Las mismas que hacía algún tiempo que no eran revueltas por el mero acto del ser revueltas sin más.

Lo sintió cerca, lo quiso en silencio, en soledad y despierta. Y aunque fue ella quien le rogara esa soledad por necesidad personal, esa noche echó de menos tenerlo cerca.

Divagaba por su pasado. Por lo vivido y lo olvidado, ya que por mero antojo del destino la carpeta archivada bajo el nombre de «cerrado por derribo» contaba con todas y cada una de sus hojas desperdigadas por su mente.

Y en ese capítulo de su historia, en el lado masculino de su cama, intentando dormirse sin ganas se prometió que llamaría más a su madre aunque ella no lo hiciera, que cuidaría más de sus hermanos, que los llamaría y los llevaría al cine aunque fuera una vez al año. Ya era mucho más de lo que lo tenía ahora, también se iba a obligar a que Álex comenzara a formar parte de esa parcela de su vida descuidada y casi perdida. Si él era el hombre de su vida, también lo tenía que ser de cara a su familia.

No le había dolido el ver a Víctor, ni su pregunta en tono despectivo. Lo que realmente le dolió fue que Álex le ocultara esa información. Le había costado llegar a esa conclusión, pero ahora con los ánimos en frío y mucho más calmada supo que lo que sintió fue simple indiferencia.

«Lo opuesto al amor no es el olvido, sino la indiferencia», data uno de sus libros favoritos y sonrió al recordarlo. Por primera vez en lo que podía recordar de ese día, sonrió.

Desvió su atención del drama que había vivido en horas previas y en la madrugada de esa noche de primavera por fin se durmió acompañada de una sensación de paz.

-----Mensaje original-----

De: Zoe San Martín [mailto:z.sanmartin@presspack.es]

Enviado el: martes, 24 de mayo de 2011 09:03

Para: aalos@ciccp.es

Asunto: más de uno

Hola A,

“LO SIENTO” En todas sus variantes.

No sé muy bien por dónde empezar, así que creo que pidiendo perdón es una buena forma de hacerlo.

Hoy me avergüenzo un poco (bastante) de mi actitud de ayer y de venirme abajo como una cría pequeña a la primera de cambio. Confío en ti más que en mí, y tu posición no era del todo fácil.

Realmente lo que sí habría sido fácil era que me hubieras mandado a la mierda. Pero aguantaste mis desplantes como un campeón y

eso te hace más grande de lo que ya eres. No te merecías ni mereces que te trate así.

No me lo esperaba y cuando las cosas no se esperan, al menos yo, actúo por impulsos aunque no sea la mejor manera de actuar.

¿Te puedo pedir un favor? No me ocultes nada aunque me duela y me digas que habrá cosas que no me puedas contar por quién sabe qué. Haré todo lo posible por comprenderte y si no, tenme un poquito de paciencia.

Hoy he quedado para comer con mi padre. Sabes que hace mucho que no lo veo. Me encantaría que vinieras.

Sé que las reuniones familiares no son de tu agrado. Pero también sabes que en mi vida no hay nada típico. Así que la pregunta es fácil: ¿Te apetece venir? Dime que sí (sin obligación) pero dime sí (en serio, no te obligo). ¿Sí? (acabo de poner un pucherito que ha visto media oficina...).

Te quiero A.

Mucho.

Muchísimo.

Z.

-----Mensaje original-----

De: Álex Alós [mailto:aaalos@ciccp.es]

Enviado el: martes, 24 de mayo de 2011 09:31

Para: z.sanmartin@presspack.es

Asunto: RE: más de uno, más uno

Hola Z,

¿Por qué siempre me ganas? Yo soy solo A y tu Z. Cuatro letras ganan a una.

También me has ganado con tu correo. Gracias por eso.

Hace mucho tiempo que soy el derrotado de esta lucha (sabes que a veces me dejo ganar). La valiente de esta relación eres tú aunque te veas pequeña y desprotegida. ¡Mírame! Ayer me tenías sentado en el pasillo de tu casa incapaz de llamar a la puerta o de llamarte por teléfono. ¡Si eso no es ser cobarde!

No me pidas perdón porque no has hecho nada malo.

Hay cosas de mí que no sabes, que son irrelevantes y que irás descubriendo con el tiempo. Otras, quiero que las descubras poco a poco. También hay promesas de silencio que no puedo romper y que no te afectan, pero que espero que las conozcas algún día.

No me lo tengas en cuenta, por favor.

Seguro que tú también tienes alguna parcela oculta de tu vida que aún no conozco y que el tiempo, si quiere, me dejará conocer.

No sé si es el día más idóneo para conocer a tu padre (no sé si debo conocerlo). Siempre has tenido un nexo muy estrecho con él que no quiero invadir (me perdería en vuestras conversaciones). No quiero que te lo tomes a mal (no puedo negarme ante unos morritos oficineros... ¿A qué hora?). Me encantará estar.

Te quiero Z.

Más que mucho.

Muchísimo más.

A.

-----Mensaje original-----

De: Zoe San Martín [mailto:z.sanmartin@presspack.es]

Enviado el: martes, 24 de mayo de 2011 09:41

Para: aaalos@ciccp.es

Asunto: RE: RE: más de uno, más uno y RE al cuadrado

A,

Te adoro.

No sabes cuánto he echado de menos los correos ñoños, de paréntesis y de nosotros.

Casi tanto como te he echado de menos esta noche.

Nunca más.

Te quiero,

Te beso,

Y me voy, que tengo un pleno.

Z.

CAPÍTULO 6

Pareja a medias frases

En días raros nacen almas escépticas.

No recuerda dónde escuchó esa frase que ese día tan bien la definía como persona.

Había compartido un almuerzo maravilloso con los dos hombres de su vida. Y a pesar de ser la primera vez que presentaba a alguien como novio formal, la tranquilidad y la serenidad fueron su mejor compañía.

Tenía la tarde libre. Había pasado una semana horrible de trabajo a deshoras con nocturnidad y alevosía.

El día para quedar a comer con su padre casi siempre solía ser domingo. Les gustaba

compartir ese tiempo del perezoso fin de semana. Días donde no existían hermanos más allá de las preguntas que ella hacía sobre ellos. No existía esposa ni la vida en el extrarradio.

Los domingos, para Zoe, solían ser días felices. Los domingos ella era su única mujer.

Su padre es Domingo.

El vivir sin horarios laborales era una gozada cuando la responsabilidad de todo recaía sobre una misma, pero una auténtica locura cuando tienes pareja y una vida más allá de la oficina, las conferencias y las prisas de la prensa escrita.

En lo exceptivo de esa tarde perdida en sus pensamientos, de comida, postre y sobremesa, visitó a Marta por necesidad, por agradecimiento y complicidad.

—Gracias por lo de ayer. Es grande tenerte en esta vida.

—¡Anda, pava! No me seas melodramática. No me puedo creer que por fin te hayas atrevido a presentárselo a don D. ¡Y que lo hayas hecho precisamente hoy!

—¿Qué tiene de raro hoy?

—Pues si tienes en cuenta tu día de ayer y que hoy no es domingo... Has quedado con Domingo un martes.

—Posiblemente hoy fuera el día perfecto para eso, es un martes con un fin de semana escondido...

—Dijo la filósofa.

—Quedé con mi padre hoy porque hacía mucho que no nos veíamos. Estoy perdiendo las buenas costumbres.

»El que se lo haya presentado hoy ha sido por uno de mis impulsos de ahora o nunca y mira, ha salido bien. Le mandé un mail a Álex esta mañana, se lo propuse y aceptó.

—¡No te creo! ¿Le has pedido que conozca a tu padre por email? ¿Tenías miedo a que te dijera que no si se lo decías por teléfono?

—¡Qué va! Le mandé un correo pidiéndole perdón por mi actitud de ayer y aproveché la circunstancia.

—Tú no serás tonta, ¿verdad? ¿Pedirle perdón? Ni que tú fueras la que le ha estado ocultando información. ¿Te ha pedido perdón él a ti por la parte que le toca?

—¿En su respuesta dices o ayer? Porque ayer nos dijimos muchas cosas.

—En su respuesta.

Dudó un instante antes de responder.

—No... no me ha pedido perdón. Pero tampoco creo que tuviera que hacerlo.

—Definitivamente, tú eres idiota.

—Baja la voz que nos va a escuchar.

—¿Está en tu casa?

—Tenía que preparar una ponencia para la universidad y yo he aprovechado para subir. Álex no es mal tío. Estoy convencida de eso.

—No estoy diciendo que lo sea. Lo que sí te digo es que eres muy confiada y al final te acaban haciendo daño.

—Las relaciones se basan en eso, ¿no? En la confianza.

—Frase de manual.

—No entiendo qué me pides que haga, Marta. ¿Que cuando baje le monte un pollo y le pregunte por qué no me ha pedido él perdón a mí en un mail? ¿Que lo deje porque conocía a Víctor antes que a mí? No lo voy a hacer.

—Zoe, nunca te voy a decir lo que tienes o no que hacer en este tipo de situaciones. Nunca. Yo también estoy convencida de que Álex es un buen tipo y que te quiere, pero ir un poco

precavida y con cuidado no está de más.

»No quiero que vuelvas a pasarlo mal por una relación extraña.

—¡Para qué narices me echaría novio con lo bien que se está sola!

—Para follar con excusa como todas.

—Dijo la voz de la experiencia.

—¡Ay, amiga! Yo puedo hacerlo todos los días de mi vida con el mismo hombre sin ser pareja oficial a concurso y tú siempre serás la enamorada del ¡cuánto se quieren! y yo, la golfa ligerita de cascos. ¡Follar con excusas!

—¡Mira que eres bruta! Hacerlo todos los días con el mismo, dice. ¡Con el mismo!

Rieron a carcajadas, entre olor y sabor a té de frutos rojos.

Por mucho que intentara ignorarlo, Marta tenía razón. No porque Álex no se hubiera disculpado con ella, sino porque tenía confianza ciega en él.

Estuvo con ella más de una hora, e intentaron dejar de lado el tema Álex para no corromper más la situación. Cambiaron sentimentalismos por estrés y trabajo a deshoras. Eso también era necesario.

La situación laboral tampoco acompañaba y el todo que compone sus vidas divaga en modo funambulista, sin previsiones y sin el control de saber en qué momento pueden tropezar y caer despeñadas al vacío.

Cuando regresó a casa encontró a Álex como cuando se preparan las pruebas de acceso a la universidad, rodeado de papeles y perdido entre sus propias letras.

Levantó la vista, la miró y con desesperación sentenció:

—Voy a hacer el ridículo.

—Estás embotado. Llevas mucho rato ahí —Se acercó y lo besó en la sien—. ¿Quieres que desaparezca más rato?

—Para nada. Seguro que me inspiras.

Lo dejó trabajar para sentarse en silencio en el peldaño de la meditación. El del secreto a voces. Esta vez, con un libro en las manos para fingir leer aun a sabiendas de que iba a tener que releer todo de nuevo más tarde. Su mente producía actividad por doquier y no iba a permitir concentración alguna.

Álex se sentó a su lado al verla sin la más mínima mueca de expresión en su cara.

—Hola. ¿Me tengo que preocupar?

—Hola. No, tranquilo.

—Dos días seguidos viéndote sentada en este mismo lugar. ¿Qué te pasa?

—Movidas en el trabajo —Casi una verdad.

—¿Quieres hablar?

—Contaba con ello, pero no quiero enfadarme, así que mejor no —Toda una verdad.

Estaba desconcertada. Los motivos para desconfiar de él eran tan sólidos como los que tenía para confiar y aunque estaba totalmente perdida, tenerlo cerca la reconfortaba.

Lo miró a los ojos acariciando su mejilla acompasadamente.

—Gracias por preocuparte.

—Te noto mal, Z. ¿Grave?

—Espero que no. Pero, tranquilo, seguro que se soluciona. Marta tampoco ayuda. Es muy retorcida y a mí me hace pensar —Otra verdad.

—En el trabajo...

—También hemos hablado de ti. Pero eso no me preocupa —Toda una mentira.

Enredó la mano en su cabello intentado mostrar una sonrisa tranquilizadora en su cara,

fingida y de Óscar. Estaba tan cómoda como incómoda.

Muy bien, Zoe. Le has mentido. Te acabas de convertir en lo que más odias. En una completa mentirosa. ¿Todo el mundo lo hace? Bienvenida al baile de máscaras. A ver quién es ahora el culpable de los dos.

—¿Sabes A? A veces me encantaría que mi casa fuera más grande, que tuviera bañera hidromasaje de esas que cuando la tienes nunca usas. Tener una cocina infinita, una terraza con vista a algún parque, una habitación solo para libros... En fin, hoy es uno de esos días.

—A mí me encanta tal y como está. Es pequeña y visual, como tú. Además, no necesitas una más grande. Es perfecta como está.

—Sería más romántico darse un baño de espuma a una ducha conjunta en un plato de noventa por noventa, porque es lo que quiero que hagamos ya que hoy ni yo ni tú vamos a cocinar. Hoy pago yo.

Le dio un beso en la mejilla lleno de cariño cuando no era capaz de recordar la última vez que lo hiciera sin premeditación alguna. Fue un acto reflejo e impulsivo de esos tan afines a ella que la hacían ser la persona que era.

Le había mentido. No le había gustado hacerlo. No se sentía mal por ello.

Decirle la verdad habría llevado a peores consecuencias.

Álex habría juzgado a Marta y nunca habría entendido que lo hacía por protegerla. Ni habría entendido su necesidad de contarle todo porque con ella siente la seguridad extraña que te da la amistad. Esa que te permite tolerar cosas que no tolerarías a tus parejas. Como infidelidades, en las que Marta era toda una experta.

Bien, déjalo pasar. Ya no puedes hacer otra cosa. Si vas a olvidar hazlo de verdad, no te lo quedes guardado para que vuelva a salir a la primera de cambio o acabarás metiendo la pata como lo hiciste en el pasado. Hoy sabes que Víctor no era para ti y que te equivocaste en más cosas de las que le reconociste. Pero eso era una batalla perdida por la que no merecía la pena luchar.

—¿Te he vuelto a perder?

—Sí —sonríó—. Pensaba el sitio dónde te iba a llevar.

¡Mierda! Otra vez. Esta mentirijilla no cuenta.

—¿Y dónde me vas a llevar?

—A comer un bocata de calamares a la Plaza Mayor. Sitio al que me tenías que haber llevado tú la noche del restaurante carísimo.

—Pues aunque no te lo creas nunca he comido un bocata de calamares.

—Bien. Lo amarás. Debes de ser consciente de ello. A partir de ahora en tu corazón no sólo voy a estar yo. Una gran porción se la llevará un grasiento bocata de calamares —Le pegó una palmadita en la pierna al tiempo que se levantaba decidiendo cambiar de asiento yéndose al sofá para leer un par de páginas del libro que tenía entre manos—. Tienes el tiempo justo para acabar tu trabajo, darme amor en la ducha e irnos. ¡Me encanta mi plan! —Sonrió victoriosa.

—¿Qué piensas dejar para después?

—Para después, querido ingenuo, queda todo.

Iba a poner todo su empeño en recuperar la pasión perdida. La chispa que hace tiempo ahí estaba y que se había esfumado en poco convirtiendo los momentos en actos mecánicos y en costumbre.

...

Era una chica insegura, de ideas marcadas en su cabeza a fuerza de «esto es así y no hay más vuelta de hoja» y de convicciones permanentes de las que cuando cierra puertas nunca más se abren.

Su inseguridad, su cabeza y sus convicciones le pedían tener sumo cuidado y algo de desconfianza.

Se ajustó el antifaz de la ignorancia y como dijera Platón, ignorancia, con el tiempo tan sólo es olvido.

Eligió olvidar.

Con los días todo era aparente normalidad y lo de olvidar le salió mal.

Estaba tumbada en el sofá del piso de Álex, jugando entre los dedos con su pelo y sin echar cuenta a la televisión mientras este hacía la cena, sobre la mesa su teléfono móvil anunció un mensaje.

Acertó a ver la foto de una chica rubia, bastante guapa a primera vista y de refilón. De nombre “H” seguido de un «Quiero verte». Conciso, directo, escueto, claro y bastante dañino, la verdad.

No le dijo nada. Siguió en el sofá, siguió jugando con su pelo, siguió sin echar cuenta de la televisión, siguió recordando lo que hacía tiempo creía olvidado...

Él leería su mensaje cuando cogiera el teléfono y si le preguntaba, ella contestaría que no se había dado cuenta. Esperaba no tener que hacerlo e ignorar quién es tal y como hasta ese preciso instante había hecho.

Fingir es tan complicado como decir te quiero. La primera vez cuesta una vida, luego sale de forma natural.

Aprendió a abstraer la mente con respecto a lo que no le gustaba. Aprendió a vivir sin las respuestas que no quería escuchar y por ello no hacía preguntas.

Intentaba ser (fingía ser) feliz.

Inventaba migrañas para la ocasión por apatía y por estar sola, sin arrumacos ni susurros al oído.

Para vivir a oscuras, en silencio y sola.

CAPÍTULO 7

A oscuras, en silencio y sola

El día en que cambió su vida salía de un pleno en el Ayuntamiento cuando habían pasado las dos de la tarde. Tenía la moto aparcada en un lateral de El Retiro, cerca de Alfonso XII.

Con la vista perdida entre el ir y venir de coches en hora punta y de transeúntes a paso ligero, disfrutó de la ciudad como hacía tiempo no lo hacía.

Adoraba Madrid, sus colas, sus calles, su gente para todo, su vida revolucionada y su falta de tiempo.

La ciudad estaba tan bonita que hasta la boina de contaminación que cubre la capital de un tiempo a esta parte parecía haberse disipado.

Caminaba por la acera con la cabeza perdida entre política, noticias, titulares y esa belleza anómala que acababa de redescubrir.

Entre la arboleda que la acompañaba calle abajo distinguió una silueta. Sin llegar verle la cara supo que era la de Álex.

«Quiero Verte».

Le vino el recuerdo a la mente de una forma muy vívida. Conciso, directo, escueto, claro, bastante dañino y ahora además, devastador.

Alcanzó a verlo bien entre matojos que apartó con sumo cuidado y sin hacer ruido con la intención de no ser descubierta. Aunque Álex no estaba cerca podía verlo abrazado a alguien que no era ella.

Mucho más guapa que en la foto que vio de refilón. Mucho más real. Mucho más seria. Abrazada al hombre de su vida. Arrancando los momentos que cierto día le pertenecieron y que ahora se desvanecían como el humo de un cigarrillo delante de sus narices.

H.

Zeta, cuatro letras. Hache, cinco.

Cinco ganan a cuatro, diría Álex.

Lo odiaba por eso. Por decirlo sin decir, por no verla allí impávida, inmóvil, derramando las lágrimas que evitó cierto día al elegir cerrar los ojos e ignorar lo que estaba ahí desde hace

quien sabe cuánto tiempo. Lo odiaba por abrazarla y se odiaba a sí misma por no haber tenido el valor de preguntarle quién era ella y por qué quería verlo.

Llegó a su casa sin ni siquiera saber cómo lo había hecho. Había cruzado Madrid entre paradas por semáforos y un continuo evitar de coches. Todo entre lágrimas y un caleidoscopio de colores en los ojos.

Soltó la bolsa de la cámara al lado de la puerta de entrada. Sacó el móvil. No quería llamarlo. No quería escucharlo.

Lo último que necesitaba era la excusa barata de un «puedo explicártelo» y otro «no es lo que parece». Excusas que una vez le funcionaron.

Nuevo mensaje:

La A abre el abecedario, la Z lo cierra. La H está en medio. Te he visto con ella. Y yo no quiero volver a verte.

Envuelta en drama tuvo la fuerza suficiente de mandar su trabajo a la oficina. Las fotos y la nota de prensa, junto a un email detallando que se encontraba mal y que no iba a poder acudir a trabajar en los próximos días.

Algo que nunca había hecho hasta ese momento. Causar baja por enfermedad y mentir a partes iguales.

Cayó derrotada tras la puerta de la calle, junto a la misma bolsa que minutos antes había soltado con desprecio. Lloró por incompreensión.

El que no le hubiera contado nada tenía que significar algo. Intentaba montar en su mente el rompecabezas de su vida para encontrar sentido a algo que quizás nunca lo tuvo.

Se conocieron en condiciones extrañas, empezaron una relación casi sin apenas darse cuenta y decidieron que el día a día era el mejor de sus amigos. Se acostumbraron el uno al otro como te acostumbras al olor de un nuevo perfume tras años con un aroma distinto.

Estaba invadida de pena y dolor por algo que no sólo no comprendía si no de lo que además era una absoluta ignorante.

El teléfono sonaba, pero no lo escuchaba.

Sentada en ese rincón que de repente se había convertido en un nuevo lugar de drama asociado a Álex.

Ya tenía dos. Su peldaño de dolor nivel uno y este, el del nivel experto.

No había comido, ni tenía hambre. En ese momento pensaba que nunca más volvería a probar bocado. Tenía el estómago cerrado. Quería vomitar. Lo haría siempre y cuando eso le provocara soltar todo lo desagradable que componía su vida.

Estaba rota, perdida y sola.

Se sentía desgraciada y maltratada por los años de un destino que había jugado con ella a su antojo, ofreciéndole tanto la miel como el oso.

Cuando su timbre comenzó a sonar insistentemente no sabía si habían pasado horas o minutos. No hizo absolutamente nada por abandonar ese paradigma de sensaciones adversas.

Escuchaba la voz de Marta con insistencia. La ignoraba.

—¡Ábreme, Zoe! ¡Sé que estás ahí! ¡Zoe! Te estoy escuchando ¡Recuerda que tengo llaves! ¡Voy a entrar!

Sintió el penetrar de la llave, el girar de la cerradura, el abrir de la puerta en su espalda...

—Muévete anda. Déjame entrar.

Se deslizó con cuidado a su derecha para que pudiera pasar y sentarse a su lado.

—Los has visto, ¿verdad?

Asintió.

—No le contestas al teléfono, con lo que me ha vuelto a llamar a mí. Está desesperado. En cuando pueda vendrá para acá. Al menos eso me ha dicho.

Había dejado de llorar y tenía la vista tan perdida como la mente.

—Zoe, dime algo.

—No sé que hace metiéndote en algo que está consumiéndose, Marta. ¡Da igual quién cojones sea! Indiferentemente de lo que sea lo que tengan, indiferentemente de todo...

—Tenías que haberle preguntado en su momento quién era. No es bueno sufrir dos veces por la misma causa.

—Ya...

—¡Con lo fácil que hubiera sido cogerle el móvil y mirar!

—No soy ni tan valiente ni tan cotilla. No me lo ha contado, se ven, se abrazan y lo mismo hasta se quieren. Con esto, creo que ya tengo suficiente.

—Tú lo has dicho, crees. Álex parece sincero y te quiere.

—¿Ahora lo defiendes? Soy una persona complicada y emocionalmente inestable, lo sé. Pero no todo está siendo fácil, Marta. No todo está siendo...

—No lo defiendo. Te lo digo por cómo lo he escuchado. Debes darle la oportunidad de defenderse. ¿O vas a dejarlo sin saber qué te tiene que decir? Lo mismo te estás equivocando.

—Estoy convencida de que esto es un final. Y si lo es, ¡claro que quiero saber por quién es! Así que tranquila, que lo escucharé.

Cogió el móvil en sus manos.

21 llamadas perdidas de Álex

9 llamadas perdidas de Marta

1 mensaje de texto de Álex

No lo leyó.

Dejó todo parpadeante en la pantalla...

—Me tengo que ir, Z. Tienes que levantarte de aquí y hacer algo por ti. Empezando por darte tú también una oportunidad y acabando por no pensar en las respuestas que vas a dar cuando aún no conoces las preguntas. Prométeme que te vas a levantar y que vas a pasar un poco de todo, al menos hasta que hables con él.

—No puedo prometerte nada.

—Tengo el móvil operativo, ¿vale? Dime lo que sea, cuando sea, y me escapo. Hay mucho lío, pero ya veré cómo lo hago.

Marta se había marchado hace rato, no tenía ganas de levantarse aunque se le hubiera dormido el lado derecho del trasero.

Recordó que tenía un mensaje entre llamadas perdidas.

Ha recibido un nuevo mensaje de texto de:

Álex

No sé qué has podido ver. Tengo que contarte muchas cosas y pedirte perdón por algunas otras, Z. Te quiero más que a mi vida. No lo olvides nunca.

Contarte algunas cosas... pedirte perdón por algunas otras... ¡Qué hijo de puta!

...

Álex apareció cuando no eran horas para nada. Ni para llegar ni para irse. El mundo se le cayó a los pies, lo miró a los ojos y sólo vio la imagen distorsionada de lo que antes era para ella. No había mentira en su mirada, ni calma. Lo único que lograba ver era vacío.

—Estoy cansada, Álex. Muchas veces en mi vida he llegado a convencerme de que nacemos marcados con un destino. El mío es sufrir por todo.

—Puedo explicártelo, de verdad.

—Estoy deseando escuchar esas «algunas cosas» junto a «algunas disculpas».

—Pero no hoy. Hoy no puedo hacerlo. Dame un día.

—Un día más para hablar con ella. ¿Para decirle qué?

—Confía en mí, por favor. Un día. Tan solo uno —Le intentaba sostener las manos, pero Zoe no se dejaba.

—Estoy cansada, Álex. Cansada de mirarte a los ojos y ver como quererte tanto me duele. De ver como esta historia, que cierto día creamos los dos, no es más que un espejismo de ilusiones que yo misma he ido construyendo en mi cabeza. Con una realidad distinta a la que nunca me he acostumbrado del todo...

—Zoe...

—Quiero mirarte a los ojos y no echarte de menos.

—No quiero que lo que tenemos se rompa y menos por esto. Sé que me entenderás.

—Ya está roto.

—Zoe... ¡Z!

—Creo que hemos entrado en bucle.

—Zoe, ¿Me dejas hablar?

—¡No quiero que hables! ¡No quiero escucharte! ¡No quiero verte! Quiero que te vayas, quiero que me dejes... quiero olvidarte.

—No estás siendo justa y lo sabes.

—Desaparece de mi vida. Desaparece para siempre.

—¿De verdad quieres que me vaya?

—Vete.

—Ante eso no puedo hacer nada...

Dejó las palabras suspendidas en el aire y se marchó. Se marchó con la cabeza gacha como cuando te dan la carta de un despido improcedente. Dando un sonoro golpe cargado de ira en la pared una vez cerrada la puerta que hizo retumbar todo el espacio.

Ante eso no puedo hacer nada... Qué bonita frase de despedida. Ya está. Se acabó. Puntos suspensivos dónde debería haber un punto y final.

¿Quería realmente que se marchara? Posiblemente sí. Aunque también quería que se quedara, gritarle, obligarlo a sentirse detractor, ignorante del daño que le estaba haciendo por engañarla y por ser el culpable de romper los insólitos y débiles cimientos que componen esa relación.

Tenía la intención de borrar las huellas que de él había por toda su casa. Arrojar con rabia y chillidos su foto en blanco y negro por la ventana como suelen hacer en las películas de Almodóvar. Escuchar canciones de Sabina, llorar como Chavela y sentirse la puta que maltratada por los hombres de su vida lleva el corazón remendado de tatuajes y las entrañas llenas de alcohol. Sufrir las quinientas noches de rigor que antes fueran de bodas en lunas de miel. Tirarle a la cara la ropa que llena el tendedero de camisetas de deporte y ropa interior. Sus slips junto a sus bragas. Lo que antes era perfecto ahora es estorbo. Quemar su lado de la cama. Ignorar su lado del

sofá. Romper sus planos en mil pedacitos. Hacerse una lobotomía para olvidar todo lo que un día puedan ser recuerdos.

Lo peor no lo tenía en casa. Lo peor vivía en ella. Esa tonta ilusa que lo amaba aunque no quisiera.

Se convenció de que había tomado la decisión correcta para así no vivir con el sufrimiento de afrontar en soledad lo que hasta ahora era en pareja y a su vez tenía la sensación de que todo había sido una broma pesada y que en pocos días todo iba a volver a una relativa normalidad.

La cabeza le iba a estallar. Revivía los últimos segundos una y otra vez a cámara lenta.

Álex entrando, ella en medio del salón con los ojos inyectados en dolor y con unas terribles ganas de arrojarle el primer objeto que tuviera cerca de las manos mientras él, indefenso, intentaba justificarse sin que tuviera ninguna opción para hacerlo.

Se había marchado. Lo supo cuando vio sus llaves sobre la mesa. La pieza de puzle que encaja con el llavero de ella puesto sin cuidado en una esquina de la mesa.

Sí. Se había marchado. Para siempre, ya no había vuelta atrás.

Se sentó en su sofá e intentó llorar, pero no le salía. Tenía un conflicto interno de sentimientos. Cosquillas en el estómago de nervios incontrolados, enfado por lo sucedido y la tranquilidad por tomar el camino que creía mejor. Todo, mezclado en su interior para formar un caos al que irremediamente no podía darle forma.

Cogió el móvil donde aún parpadeaban llamadas perdidas de Álex y le mandó un mensaje a Marta.

Nuevo Mensaje:

Ya está. Se ha acabado. Se ha ido y ha dejado sus llaves. Tranquila, no estoy mal. Pero seguro que lo estaré.

Fue instantáneo.

En el justo momento que le dio al botón de enviar, fue cuando ella se dio cuenta que todo había acabado.

Inmóvil con las llamadas de Álex parpadeando en un teléfono al que había dejado de echar cuenta, supo que volvía a estar sola. Daba igual quien fuera el culpable, daba igual que no quisiera volver a verlo y daba igual el daño que le producía toda la situación.

Estaba sola y lo asumía. Amanecería sola y lo soportaría. Dormiría sola y sería horrible.

Intentar dormir sola era un suplicio. Abrazada a la almohada para no buscar sus manos y olvidar que antes ahí descansaba un cuerpo. Que hace no mucho unos pies fríos le enviaban instancias de noches despiertas, enredos, desenredos, calor, y montones de besos. De susurros al oído, sonrisas y guiño de ojos.

Echar de menos las arrugas en el lado opuesto de la cama era la sensación más dolorosa que podía recordar.

Más que partirse el tendón de Aquiles.

Más que ver mensajes parpadeantes con una foto rubia y letras mudas.

Más que estar llorando en una cama de casi dos metros echando de menos a alguien que de repente no quiere cerca de su vida.

Se levantó de un resorte con la almohada en las manos. Descalza cogió las llaves y se fue a casa de Marta.

La llamó por teléfono para no despertar a los vecinos con el timbre. Cuando le contestó colgó y llamó a la puerta con los nudillos.

Marta abrió asustada

—¡Z! ¿Qué...?

No la dejó preguntar ni decir nada.

—No quiero estar sola. Al menos no esta noche. No quiero llorar e intentar dormir. Soy tan triste que traigo una almohada para creerme que estoy abrazada a su brazo. Así llevo toda la noche. Abrazada a una puta almohada que no tiene nada de él, ni de su brazo. ¿Puedo quedarme?

—Claro. No tienes que preguntarlo.

—Gracias.

—Vente a mi habitación anda. Necesitas hablar.

—Tu mañana trabajas. No quiero...

—¡Que le den por culo al trabajo! ¡Ya dormiré! Además, no voy a dejar que cometas otra vez los mismos errores. Tienes que soltar mierda.

—Eres una borde cuando te despiertas.

—Soy una borde cuando me despiertan. Pero a ti te lo perdono.

—Hoy ha pasado un terremoto por mi vida que lo ha destrozado todo.

—Es muy fácil dar consejos pero cuando tu vida se ve devastada por algo que arrasa todo lo que pillas a su paso y lo hace sin previo aviso, una vez todo ha pasado, te toca recoger los putos pedazos servibles y montar de nuevo tu casa. Lo que se fue, se fue y por lo que queda, se lucha. Aquí has quedado tú, por mucho que te joda y ahora te toca recomponer los cimientos de tu miserable vida.

—Cada vez hablas mejor y peor al mismo tiempo —Sonrió entre lágrimas—. No sé por qué lo echo de menos. Álex desordena mi vida.

—Imbécil, porque le quieres.

Saber que tenía a Marta cerca la tranquilizaba.

No hablaron demasiado. Zoe solo necesitaba alguien cerca y la dosis justa de comprensión, que no le pidiera justificarse y que a su vez no lo justificase a él. No le pidió consejos, pues bien sabe que no se los aplicaría, y Marta supo hablarle con sinceridad y cariño. No quería que sufriera más de lo que ya lo estaba haciendo.

Descansó como pudo entre el sabor a sal de las lágrimas que surcaban en sus mejillas y el cansancio que provoca tanta actividad mental.

Y cuanto todo parecía devastado, cuando nada podía hacer más inestable aquella situación, cuando su historia era un cúmulo de pedazos deformes esparcidos de cualquier forma por todos los rincones de su existencia ahora carente de sentido, la vida vuelve a sorprenderla.

Marta apareció aprisa por la puerta de la habitación en la que Zoe se encontraba. Se la encontró de rodillas en una esquina con los ojos inyectados en lágrimas, rojos de dolor. Eran las nueve y media de la mañana de un día gris, con el móvil en las manos tras haber hablado con un número oculto al que inicialmente dudó si contestar.

A Marta la llamó David unos minutos después.

Había escuchado el teléfono de Zoe. La había escuchado responder con voz queda y preocupada: «Sí, sí, ¿ha pasado algo?». Si dijo algo más no lo logró escuchar o entender.

Tras hablar con David corrió a la habitación. La abrazó y la acunó como a un crío pequeño.

—Levántate y vamos a vestirte, tenemos que irnos. No va a ser grave, ya lo verás.

—¿Qué narices hice mal en otra vida?

Marta no dijo nada...

A Zoe le martilleaba la voz de aquel hombre en la cabeza. Serena e incluso posiblemente preparada para la ocasión. «¿Es usted familiar de Alejandro Alós?».

En el taxi que las llevaba para el hospital de La Paz llamó a su padre. Aunque era psicólogo en el área infantil se enteraría de lo sucedido antes que ella e incluso haría todo lo que fuera posible por agilizar cualquier trámite.

Era un buen hombre. La tranquilizó con esa voz de padre que todo lo puede, se verían en la unidad de cuidados intensivos.

Hasta ese momento solo sabía que Álex había sufrido un fuerte golpe en la cabeza, que había sido trabajando, y que había una máquina de obra de por medio. Poco más pudo entender o escuchar.

Los nervios de David tampoco ayudaron a Marta. Entre las dos han medio montado una historia en su cabeza que seguro nada tenga que ver con la realidad. En definitiva, en esa situación lo mejor era no pensar... y aun sin ser creyente, rogó en silencio que estuviera bien.

—¿Lo sabrá ella? —musitó Zoe entre dientes.

—No. No lo sabe —contestó Marta seria y sincera.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque tú eres su «aviso en caso de emergencia», porque David estaba con él, porque me ha llamado medio muerto del miedo y porque estoy convencida de que no ha hablado con nadie más.

Desvió su atención a lo que era un secreto a voces y aun estando sumida en un profundo dolor le preguntó:

—¿Tienes algo con David?

—Tengo algo con David. Pero por tu cara sé que no es momento de hablar de eso —Le dio una palmadita en el muslo—. Ya habrá tiempo.

David es de los mejores amigos de Álex. Uno de los chicos que conoció la misma noche en la que ella le presentara a Marta.

Que hubo química entre ellos fue algo evidente a cara de todos y aunque se habían visto muchas veces ninguno supo que habían llegado a más.

Zoe se cubrió los ojos con una mano y comenzó a llorar como un recién nacido. A llorar como hacía años que no lo hacía. Quedándose sin respiración.

Marta intentaba consolarla sin éxito.

—¡Ey! Venga, cálmate. Estará bien. Seguro.

—Le dije que se fuera para siempre, Marta. Que no quería volverlo a ver en mi vida. Que desapareciera para siempre.

—No me lo puedo creer, Z. De verdad, no te creo. ¿Piensas que lo ha hecho a conciencia?

—No. ¡No, joder, no! Pienso que... —se quedó sin aire en el pecho solo de pensarlo— que puede ser que realmente no lo vuelva a ver —lo dijo serena, controlando sus palabras, con la voz rota y clavando sus ojos castaños llenos de dolor en la mirada de Marta—. Y evidentemente no quiero eso.

Llegaron a la zona de urgencias de la unidad de cuidados intensivos y preguntaron en el mostrador por Álex. Le indicaron cómo llegar a una sala de espera donde estaba David, de pie y solo. Tenía en las manos las pocas pertenencias que Álex llevaba encima.

Un chaleco reflectante, la cartera, el móvil, algunas monedas sueltas, las llaves, el reloj... Tomar todos esos objetos en sus manos era mucho más doloroso de lo que previamente pudiera imaginar.

Les contó con lujo de detalles todo lo sucedido.

—Íbamos caminando por la planta de la Central Térmica donde habíamos ido por un

problema con un colector de la sala control necesario para la ejecución de la puesta en marcha. No hacía mucho que habíamos llegado.

»Desde que nos montamos en el coche Álex andaba bastante distraído, como disperso, ausente en sus pensamientos. No le quise preguntar nada —Zoe sintió una puñalada en el pecho—. No vio la carretilla elevadora que iba directa a él cargada de material, al igual que no lo vieron a él. Yo iba por delante y no me di cuenta hasta que lo escuché gritar. Se quedó aprisionado entre la máquina, su carga y la pared. Se le ha partido casco de la presión. Se ha librado por tablas, chicas. ¡Por tablas! —David no pudo contener las lágrimas ni reprimir un grito—. ¡Joder!

—Dime que está bien, David —suplicó Zoe.

—Estaba consciente cuando hemos venido. Tiene heridas y un fuerte golpe en la cabeza y algún hueso roto, eso seguro.

—¿No me engañas?

Mientras le hacía la pregunta, un asistente de ambulancia y un médico se acercaron a ellos. El asistente le indicó a David que el médico necesitaba hacerle algunas preguntas y se dirigió a ellas dos.

—¿Quién es Zoe?

—Soy yo —dijo intentando aplacar sus nervios.

—He hablado con usted por teléfono. Además, Alejandro la ha estado nombrando todo el camino.

—¿Cómo está?

—Está en quirófano. Tiene rota la clavícula y una conmoción cerebral. Ha sufrido un golpe muy fuerte. Pero se pondrá bien

—¿Y por qué está en quirófano?

—Por la clavícula, la tiene rota por dos sitios. Les recomiendo que se sienten y descansen, es una operación larga.

Odiaba los hospitales aunque sonara a tópico.

Su padre se acercó a verla y, de nuevo, la tranquilizó, ya que pudo verlo antes de entrar en quirófano y lo vio bien, dentro de la gravedad. Le advirtió de su aturdimiento por el golpe y que cuando lo viera no lo debía atosigar a preguntas.

Por un momento, fue más médico que padre, más padre que médico y tan médico como padre.

Sentadas en la sala de espera analizó las cosas de Álex. El chaleco reflectante que nunca le había visto puesto, salvo una vez que pincharon la rueda de su coche yendo a Barcelona. Lo recordó agachado en medio de la nada, con un calor abrasador maldiciendo los tornillos de su viejo *Volkswagen Golf*. Guardó las monedas en la cartera y sonrió al verse en una foto carnet al lado de su DNI. Ella también lo llevaba en su cartera.

Agradeció al dios que se había creado mentalmente para sus ruegos y preguntas que no le hubieran dado su ropa sin antes poder verlo. No quería ver su sangre si la había, no quería ver la ropa rota si lo estaba, no quería ver el daño impreso en unas cuantas prendas de marca. El reloj tenía roto el cristal y el acero estaba lleno de marcas de la pared, o de la máquina, o de la carga, o de todas ellas. Las llaves sin llavero. Solas y aisladas en una arandela. Le dolía imaginar que veinticuatro horas antes ahí también habrían estado las llaves de su casa todas juntas, en un llavero. El mismo que ahora descansa en su mesa de salón. El que hace juego con el que ella lleva en su bolso. Dos piezas de puzle separadas por obligación.

Zoe le pidió a Marta que sujetara todas esas cosas un momento. Era consciente de que entre esa maraña de objetos tenía una bomba de relojería que la podría sacar de cualquier duda.

Le dio todo menos el teléfono.

—Tengo que salir un segundo.

—¿Qué vas a hacer?

Le regaló una sonrisa tranquilizadora.

—No te preocupes, M. Nada malo.

—¿Y por qué no lo haces aquí conmigo?

—Porque no puedo.

De repente tuvo la necesidad de volverse pequeña. Volver a vivir en los días en los que su mayor problema era perder el bolígrafo en la escuela, cuando era millonaria con un montón de caramelos en el bolsillo y presumiendo de dientes caídos. Días en los que si tenía dolor, sabía que se solucionaría con un beso de su madre, un «mañana será otro día» y un siempre efectivo «sana, sana culito de rana».

Sintió una fuerte punzada en el estómago y notó que volvía a quedarse sin aire por los nervios. Salió a uno de los pasillos donde no había demasiada gente, desbloqueó el teléfono y entró en la agenda.

Era la única persona que se encontraba en la letra H. Con su imagen en miniatura, su pelo rubio, sus ojos claros y su amplia sonrisa perfecta. Más guapa de lo que pudo apreciar tras los setos, más guapa de lo que pudo ver de refilón.

Solamente sonaron dos tonos

—¡Hola guapo!

Tenía una voz dulce y risueña. Aun así, seguía siendo bastante dañino. Respiró hondo y le contestó

—No soy Álex.

Hubo un silencio incómodo de esos que duran un nanosegundo y parece algo eterno.

Su voz se tornó seria e incluso algo distante.

—Al final te lo ha contado...

—No me ha contado nada. No sé quién eres y no sé si quiero saberlo —Las palabras salían deprisa y tropezadas. Sabía que si paraba posiblemente no pudiera volver a empezar—. Está en la UCI del Hospital de La Paz, ha tenido un accidente en el trabajo y si te estoy llamando —hizo una breve pausa. Podía sentir su respiración agitada tras la línea telefónica. El corazón se le había subido a la garganta, le sudaban las manos y le temblaba todo—. es porque estoy haciendo lo que me hubiera gustado que hicieran conmigo si yo estuviera en tu situación

—Madre mía. ¿Está bien? ¡Dime que está bien!

—Está en quirófano. Se ha roto la clavícula por dos partes y tiene una conmoción cerebral. Aun así, dicen que se pondrá bien. Pero no lo he podido ver.

H. comenzó a llorar.

—Salgo para allá. ¿Vas a estar ahí?

—Me puedo marchar cuando vengas, si quieres, aunque preferiría no moverme de aquí, la verdad. Pero entiendo que quieras...

—No, no. De verdad, quiero que te quedes.

—Bien.

—Gracias, Zoe.

—Por nada.

No podía pronunciar su, ¿qué? ¿Su letra? Lo mismo no podía hacerlo por aquello de ser una letra muda y precisamente crea ese efecto en ella.

Si complicado fue llamar a H tanto o igual lo fue llamar a los padres de Álex. Son bastante mayores y esto podía ser un revés bastante complicado para ellos. Así que le quitó hierro al asunto al menos hasta que Álex saliera del quirófano y poder ver el estado real de la situación.

Cuando se sentó al lado de Marta esta la miraba con los ojos muy abiertos a la espera de una explicación.

—¿Qué? ¡Venga dime! ¿Dudas resueltas? Has tardado un montón.

—No he mirado nada. Sabes que no soy así. La he llamado y viene para acá. Evidentemente también he llamado a sus padres

...

El médico le dio permiso para pasar a verlo siempre y cuando no lo hiciera hablar. Necesitaba descansar. Mucho. Álex salió de quirófano con un aparatoso vendaje en la cabeza parecido a los que le ponen a los futbolistas cuando se hacen una pequeña brecha, con el tronco inmovilizado y aún medio adormilado por la anestesia.

Ojalá y solo tenga eso... una pequeña brecha.

Se acercó y con muchísimo cuidado lo besó en la frente, acariciándole casi con la punta de los dedos levemente el pelo y apenas con un hilo de voz le dijo: —No te puedo dejar solo.

Pudo entrever una sonrisa tranquilizadora en la cara de Álex. Tenía el ojo inflamado consciente que todo eso al día siguiente todo eso sería morado.

—Nos tenemos que acostumbrar, A. Nos tenemos que acostumbrar —Lo repitió dos veces.

Una por él. Otra por ella.

Y en silencio, sujetando su mano izquierda libre de daños, se quedó a su lado los escasos cinco minutos que le permitió el médico.

CAPÍTULO 8

La H está en medio

En el área donde se encontraba Álex había cinco habitaciones exactamente iguales. Todas ocupadas por pacientes solitarios, sin familiares en la sala de espera.

Curiosamente todos se amotinaban en la de urgencias. Más cómoda, más concurrida y un lugar con más vida donde posiblemente hubiera alguna que otra cara conocida con la que charlar y compartir tragedia y dolor.

En ese momento agradecía el silencio que le regalaba el no tener desconocidos sufriendo a su alrededor sin recibir preguntas tipo: «¿Por qué estás tú aquí?».

Cuando volvió donde estaba Marta, vio aparecer a H, muy elegante y nerviosa. Le dio un vuelco el corazón. Tenía delante el centro de su abecedario. El centro de sus problemas.

—Está ahí —le indicó a Marta con la cabeza, a sabiendas de que H no la estaba mirando. No tomó asiento y la esperó de pie.

Por un instante no supo si extenderle la mano, darle dos besos o simplemente no hacer nada. Fue repentino y no puedo evitarlo: H se abrazó a ella entre lágrimas. Sin duda, un acto humilde y macabro a partes iguales.

—¡Hola! ¿Lo has podido ver? ¿Está bien?

El cuerpo de Zoe se tensó por completo. No lograba entender nada y Marta la miraba de reojo con cara sorprendida.

—Acabo de salir de la habitación. Está consciente, algo ido por la anestesia, pero consciente

—Perdona... perdona... Siempre he sido un poco impulsiva. No quiero que te sientas incómoda. Soy Cristina —dijo al tiempo que le daba dos sonoros besos en la mejilla—. Eres mucho más guapa en persona.

No lograba entender nada. Cristina no tiene ninguna H.

Intentaba mirarla a los ojos pero no podía. Una fuerza sobrehumana tiraba de su cabeza para mirar a los dedos de sus manos... a la punta de sus pies... a cualquier punto irrelevante debajo de su cuello.

Como en un acto de valor, buscó comprensión sin éxito en los ojos de Marta. Pero H, ahora Cristina, seguía ahí y seguía haciendo preguntas. La veía como un holograma translúcido que pudiera desaparecer de un momento a otro. La misma imagen distorsionada y precedera que vio en Álex el día anterior cuando apareció en su casa.

—¿Sabéis cuándo se puede entrar a verlo?

Zoe respondió con bastante desánimo. Estaba intentando coger agua a puñados tal y como se advirtió a sí misma hace algún tiempo y lo que en su momento fue sensación ahora era toda una realidad. La vida se le escurría entre sus dedos gota a gota, formando charcos a sus pies en los que no poder chapotear, porque pisarlos, salpica.

—En una hora empiezan las visitas, de una a dos de la tarde y luego de cuatro a siete y media.

—¿Te puedo invitar a un café?

¿Un café? Jodes mi existencia ¿y quieres invitarme a un café? ¿Ahora cómo coño debo actuar...? ¿Qué está bien y qué está mal? ¡Joder, Álex! ¿Por qué me haces esto?

No sabía muy bien qué hacer. David aún seguía hablando con los médicos temas derivados en caso de accidente laboral, de conmoción cerebral y demás historias de hospitales. Debía estar mareado. Revivir una y otra vez la misma situación no debía ser trago fácil. A su vez, no quería dejar a Marta sola. Era ella quien tenía que estar con él, sufrir por él e incluso llorar por él.

Suficiente dolor había causado ya esa chica como para bajar a tomar un café con ella.

Bien es cierto que necesitaba saber más de toda esa situación. Comprender. Ahondar en la situación y sacar sus propias conclusiones. Las que, aunque no fueran las correctas, sí que eran necesarias para seguir adelante indiferentemente de cuál fuera el camino.

—Por favor Zoe, insisto. Un café.

Zoe miró a Marta:

—¿Te importa?

—Vete tranquila. Déjame el móvil de Álex por si llaman y llévate el tuyo por si tengo que llamarte yo.

—Gracias.

Le parecía casi imposible imaginarse en esa situación. Sus pensamientos viajaban a mil por hora y analizaba cada detalle de su vida envuelta en un incómodo silencio de camino a la cafetería.

Pasillo, ascensor, pasillo, gente, más gente, pasillo, cafetería.

Cristina también parecía perdida entre sus propias ideas.

No quería venirse abajo delante de ella. Quería ser fuerte o simplemente parecerlo.

Se sentaron al fondo de la cafetería llena de gente. El sonido del murmullo era ensordecedor. En otra ocasión hubiera sido incluso molesto, pero en ese momento lo agradecía como un algo que lograba que se alejara de sus propios pensamientos.

Necesitaba no estar ausente y escucharla. Ya que estaba ahí, en esa situación en la que nunca hubiera deseado estar, le daría la oportunidad de excusarse y se daría a sí misma la oportunidad de réplica.

Con dos cafés con sabor a hospital por delante Cristina le ofreció una sonrisa tranquilizadora mientras Zoe era incapaz de mirarla a los ojos. Quizás por miedo a que se descubriera que tras su nerviosismo se encontraba analizando cada detalle de la chica que estaba

sentada delante de ella.

No solía escrutar a la gente. Para Zoe era mucho más importante la persona. Con ella, H, Cristina, tenía la necesidad de ver todo. De sacar atisbos de cordura detrás de un corte de pelo ideal y ropa de marca.

Tenía las manos bonitas, delgadas y con la manicura francesa aseguraría que recién hecha. Llevaba una fina alianza de oro blanco en el dedo anular de su mano izquierda y otra con un fino diamante en el mismo dedo. Dos anillos que parecen uno solo.

Cristina estaba casada. No había duda de eso.

Zoe no iba a hacer ninguna pregunta. Ese café no había sido elegido por ella, por lo que no le tocaba romper el hielo. No tenía ganas de hablar de cosas irrelevantes, ni fingir ser amiga de alguien a quien no conoce. Se sentía incómoda, extraña y fuera de lugar.

Hundía la vista en la frase célebre que se encontraba escrita en el sobre del azúcar: «No hay nostalgia peor que añorar lo que nunca ha sucedido. (Anónimo)».

Ambas sabían por qué estaban ahí y Cristina no tardó en aflojar el nudo de silencio.

—Es mi hermano.

Tres palabras, once letras, millones de dudas.

Zoe se llevó la mano a la boca en actitud de sorpresa. Álex tenía un hermano en Barcelona. Un hermano que volaba en ese preciso instante a Madrid para estar a su lado.

No tenía hermanas.

—Álex, es mi hermano.

Cristina: La perfecta chica rubia de ojos verdes que partió su mundo en mil pedazos tenía una H en su nombre.

—Es complicado de explicar, pero si me das diez minutos te contaré todo lo que quieras saber.

Zoe restregaba sus ojos con los dedos buscando un resquicio de cordura. Volvió a mirar el sobre de azúcar y pensó: «No hay nostalgia peor que añorar lo que nunca ha sucedido. (Anónimo)».

¡Su puta madre! Alguien se debe de estar burlando de mí.

Buscó la sensatez en su interior y con una leve sonrisa acertó a decir:

—Soy toda oídos.

Cristina se acomodó en la silla. Los nervios aparecieron en ella como cuando expones un trabajo en la facultad del que depende tu aprobado.

Comenzó su exposición en tono delicado e incluso sensato.

—Busqué a Álex antes de que tú aparecieras en su vida. Quizás unos meses antes, no te sé decir con seguridad. Él no sabía de mi existencia y yo tampoco supe de la suya. Tenía recuerdos de niña con un bebé, pero durante toda mi infancia, juventud, adolescencia y posterior vida adulta, no tuve conocimiento de ser adoptada.

La imagen de ese bebé nacía de unos sueños que llegaban a mí de forma muy vívida, sobre todo cuando me quedé embarazada. Ahí empezó a ser todo muy real. No tengo recuerdos de mis padres biológicos. Mis padres adoptivos... mis padres, son mayores. Mucho. Así que una tarde investigué en los papeles del despacho de mi padre y encontré los de un centro de acogida. Al ser mayor de edad no fue muy complicado sacar datos y la verdad es que me fue bastante fácil dar con él. Llamé a sus padres, me inventé una historia de trabajo, me dijeron que vivía en Madrid y me dieron su móvil.

Zoe no salía de su asombro. No era capaz de musitar una palabra. Todo el argumento le parecía sincero.

—Mi marido me ayudó mucho. En menos de un mes teníamos todo. La verdad es que necesitaba de su apoyo para poder llevar toda esta historia para delante. Y mira, salió bien.

La miró a los ojos por primera vez desde que estaban juntas. Sus ojos verdes eran muy parecidos a los de Álex, vivos, con intensidad y un brillo especial. Unos ojos que estaban a punto de romper a llorar de un momento a otro.

—Sé que me estás diciendo la verdad. No me preguntes por qué, pero lo sé. Sé que no me mientes. En cambio, permíteme que no entienda el porqué de tanto secreto. El porqué de que yo no sepa nada de esto. Es una historia conmovedora e incluso tierna. Digna de regocijo y satisfacción.

—Álex ha querido contártelo muchas veces. Más de las que puedas imaginar y siempre hemos estado nosotros para impedirselo. No quiero perderlo, ¿sabes? Es un hermano increíble, un tío maravilloso. Mi hijo lo adora...

—¿Y si yo me llevo a enterar lo habrías perdido? No lo entiendo, Cristina —Su tono tornó a serio, bajo y directo—. ¿Qué tengo que ver yo con todo esto?

—Porque yo te conozco desde antes de que mi hermano llegara a mi vida. Mucho antes.

Zoe palideció sin entender absolutamente nada. Era una cenicienta de ojos castaños con un café en vaso de plástico.

—Mi marido... —Dudó un instante—. Bueno, estoy casada con Víctor.

Todas las soluciones del crucigrama, esas que suelen estar en la última página rellenaron los huecos de ruegos, dudas y preguntas.

El día que conoció a Álex, cuando vio a Víctor con la chica embarazada. ¡Era ella! Habían estado los tres juntos en el Berlín. La aguja del pajar clavada en su culo y la cagada de la paloma. Todo junto delante de sus narices y a sabiendas de cómo hubiera cambiado la historia si se llega a dar cuenta.

Se cubría la cara con ambas manos apoyando los codos sobre la mesa. Su cuerpo la había abandonado convirtiéndose en un ser etéreo, sin forma y volátil. Estaba allí sentada y sentía que su peso era inferior al de una pluma, que flotaba en un universo ingravido donde nada está en su sitio y cuya seña de identidad es el perfecto desorden.

Se recordaba diciéndole a Marta: «Álex desordena mi vida».

—Por favor, Zoe, dime algo.

—Acabo de recibir un jarro de agua fría con cubitos de hielo de las dimensiones de Manhattan. Demasiada información en tan poco tiempo. Si pudiera, me haría diminuta y desaparecería para siempre —Su voz sonaba débil, triste y perdida—. Agradezco conocerte, Cristina y el que estés aquí. Pero no puedo entender por qué tiene que haber un perdedor en esta historia y más sabiendo y teniendo en cuenta que el que pierda siempre será Álex.

—Yo no quiero que nadie lo pase mal. No es mi intención.

—Claro y por eso me entero hoy. El día que podíamos estar llorando una tragedia mayor. Cuando lo he odiado por todo esto y más, cuando yo me he imaginado cosas que no me tenía que imaginar...

—No es fácil para nadie.

—Mira H... Cristina. He cometido muchos errores en mi vida. Los seguiré cometiendo, ¡vaya!, pero que se me juzgue por una relación de pasada, no es justo. Todos merecemos ser felices e imagino que Víctor y tú lo sois. Créeme que me alegro. Me encantaría haber podido seguir manteniendo su amistad pero fue él quien eligió no ser mi amigo. No tengo la culpa de haber conocido a Álex, ni de haberme enamorado de él. No tengo culpa de que sea tu hermano ni

de que sea su cuñado y, sobre todo, no tengo culpa de quererlo o de querer seguir queriéndole.

—Él te quiere y eso no lo vamos a cambiar ni nosotros ni nadie.

La miró a los ojos con sinceridad y clemencia.

—El problema es que ya ha cambiado, Cristina.

—Explicáte, por favor.

—Todo ha cambiado porque ayer os vi, porque lo dejamos, porque él quería hablar contigo y yo no le di opción y porque hoy casi se mata en un accidente del que cada segundo que pasa me siento más culpable —Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. No hizo nada por ocultarlas ni sintió vergüenza alguna por algo que de repente era necesario. Lloraba de dolor e ira contenida en la misma medida. Se pasó el reverso de la mano para limpiarse—. Mira, nos quedan días aquí y va a empezar el horario de visitas. No creo que sea sano para ninguna dejar todos nuestros argumentos al descubierto un mismo día.

Le dolía la cabeza, las palabras de Cristina le daba sutiles golpecitos en cada rincón de su sien como si de una tortura japonesa se tratase, que al principio es soportable pero al rato el dolor es tan intenso que sientes la necesidad de arrancarte los ojos y vivir a oscuras, en silencio y sola. Tal y como simuló la noche que la vio en forma de mensaje de texto.

Cruel ironía del destino que hoy le regala migrañas por la misma persona por quien las fingió.

Los consejos de su padre respecto a cómo tratar a Álex la hacían perder la cabeza de vuelta a la planta de la UCI. Iba a ser un shock el que las viera a las dos juntas. Tenía que restarle importancia a todo, aunque doliera.

—Te tengo que pedir un favor, Cristina.

—Dime.

—Déjame entrar sola a ver a Álex primero. No creo que sea bueno para él que nos vea juntas y que sepa que hemos hablado. Déjame contárselo y quitarle hierro al asunto, ya lo debe de estar pasando bastante mal...

—Me parece bien. Oye Zoe, de verdad que lo siento. Nunca pensé que esto pudiera ser tan difícil.

Sonrió tímidamente.

—Se solucionará. Con tiempo todo se soluciona.

Marta acariciaba la cara de David con cariño cuando llegaron a la sala de espera. Mirándose a los ojos y hablándose bajito en un ambiente bastante indeseado.

Se alegró por él.

Marta podría ser una cabeza loca de apariencia distante y altanera, pero era la mejor persona que te podías cruzar en tu camino en las distancias cortas.

Zoe presentó a Cristina. David ya la conocía, tal y como conocía a Víctor. Pero cuando empiezas una relación, no hablas de los hermanos de tus amigos precisamente y mucho menos de sus parejas. Por lo que Marta seguía ignorante de quién era.

Sentada en uno de los bancos azules al lado de Marta, con los codos apoyados en las rodillas, Zoe hundía la cara en sus manos.

—¡Eh! ¿Todo bien? —replicó Marta.

Asintió sin convicción al tiempo que la enfermera se acercó para anunciar el horario de visitas.

Pidió que no le atosigaran mucho y que entraran como mucho de dos en dos.

—¿Os importa si entro sola un momento? Tengo que...

Marta la interrumpió:
—Zoe, no tienes que dar explicaciones. Eres tú quien tiene que estar con él. Nadie más —
Cristina asintió a las palabras de Marta aprobando su buena intención.
—Sólo quiero diez minutos para mí, con él.

CAPÍTULO 9

El problema es que ya ha cambiado

Abrió con sutileza la puerta de la habitación por si lo encontraba dormido al tiempo que asomaba la cabeza.

Estaba rodeado de máquinas apagadas, ya que por suerte no las necesitaba.

No era una habitación grande y solo había una cama en el centro de la estancia. No tenía aseo como las habitaciones de planta, ya que los familiares no se podían quedar. Lo que sí que había era un sillón de visitas estándar en vinilo de color azul oscuro. Las paredes tan blancas, las máquinas apagadas y las imágenes del hospital en forma de planos hacían del entorno algo carente de vida.

El calor era pegajoso y desagradable por culpa de la calefacción en temperatura constante.

Lo encontró con la vista clavada en el techo. La inflamación del lado derecho de su cara iba ganando en intensidad de colores degradados.

Dio tres suaves golpecitos en el quicio de la puerta anunciando su presencia y casi en un susurro le preguntó:

—¿Puedo pasar?

La voz de Álex sonaba temblorosa y rota. Había pasado muchas horas intubado y eso le había destrozado la garganta.

—Claro. ¿Qué me ha pasado, Z?

Se acercó a su lado, tomó su mano izquierda y se la llevó a los labios regalándole un beso en los nudillos. El nudo que tenía en el estómago apenas la dejaba hablar.

—Has tenido un accidente. Pero te vas a poner bien, no pienses mucho en eso ahora. ¿Cómo te sientes?

—Me duele un poco la cabeza y no sé qué me acaba de poner la enfermera —Tenía dos bolsas colocadas por intravenosa.

—Una de estas bolsas son calmantes para el dolor. Poco a poco te irás encontrando mejor. Ya te contará el médico cuando venga a verte. Te han operado esta mañana y vas a estar de baja por lo menos tres meses.

—¿Aquí?

—Esperemos que no. No debes hablar mucho tampoco, A. Tienes que recuperarte... Estás en la Unidad de Cuidados Intensivos, te tendrán por aquí un par de días como mucho si todo continúa bien. Te has dado un golpe muy fuerte en la cabeza y aunque no corres ningún riesgo aparente, tienen que tenerte controlado. Así que tienes que estar tranquilo y no pensar mucho.

Instintivamente Álex soltó su mano de la de Zoe y se la llevó a la cabeza. Ella alcanzó su mano para restarle importancia al golpe, al vendaje... a todo. No quería que la viera deshacerse y sin soltarle, giró la cabeza. Comenzó a llorar con todo el amor del mundo. Con todo el dolor del mundo.

—Z no llores, por favor.

Cuando el dolor se multiplica, los sentimientos fluyen a borbotones. Cada poro de su piel exhumaba momentos olvidados que ahora formaban parte no solo de su día sino que habían estado ahí desde siempre. Historias enterradas que salen a la luz sin que pudiera ocultarlas tras su ya conocido cartel de cerrado por derribo.

Álex le soltó su mano y le acarició la mejilla. Zoe poso la suya sobre la de él, mientras las lágrimas humedecían sus dedos guardando ese momento en el archivo de cosas que nunca quieres olvidar.

—A, tengo que decirte algo y no sé muy bien por dónde empezar. Tampoco quiero que le des demasiada importancia. Ahora lo más importante eres tú.

—Si me dices eso llorando es difícil no darle importancia.

—No tienes por qué hacerlo. Tampoco quiero entretenerme mucho, fuera hay gente que quiere verte. Casi matas a David del susto... casi me matas a mí.

Sonrió tímidamente. Volvían a tener la mano entrelazada sobre la cama.

—¿Te parece si declaramos esta habitación trinchera? No vamos a hablar de nada hasta que estés bien. Yo no me voy a separar de tu lado. Mario viene de Barcelona para estar aquí contigo. A tus padres les hemos dicho que no tenías nada importante, para no preocuparles. En definitiva, esperamos que sea así.

—Gracias, Z. Siento todo esto

Zoe hizo un gesto despreocupado con la cabeza insinuando que no tenía que sentir nada.

—Fuera también está Marta y...

Clavó la mirada en la puerta haciendo todo lo posible por no romper a llorar de nuevo. Respiró profundamente aplacando los nervios para tomar carrerilla y soltar todo en una misma bocanada de aire.

—Fuera también está tu hermana. La llamé desde tu teléfono esta mañana... Nos hemos tomado un café juntas y hemos hablado de muchas cosas. Realmente, creo que hemos hablado de todo —Lo besó en la frente—. Pero no tienes que pensar en nada de eso ahora. Ya habrá tiempo, ¿vale? Voy a salir a avisarles para que entren también. No nos deja la enfermera entrar a todos juntos. Mi padre está convenciéndola así que lo mismo vuelvo en un minuto.

Tenía una sonrisa tranquilizadora en la cara que, aunque fingida, hacía muy bien su trabajo.

—Lo siento, Zoe. De verdad yo quería...

Le puso la mano en la boca con cuidado de no hacerle daño. Le sonrió y casi con un susurro espetó:

—¡Trinchera!

...

Miró a H con su sonrisa tranquilizadora y fingida aún dibujada en los labios.

—Vía libre —acertó a decir—. Tú también mereces tus minutos con él.

Cristina la abrazó de nuevo.

—Gracias —le musitó al oído.

Marta miraba absorta a Zoe sentada en ese cada vez más ridículo e incómodo banco azul, con David a lo lejos solucionando temas de trabajo por teléfono.

Se sentó a su lado, apoyó la cabeza en su hombro y se enfrentó a la realidad afrontando la

situación sin rodeos.

—Es su hermana —dijo casi en un susurro—. Cristina es su hermana.

—De ahí la H, claro...

Estaba cansada. No sabía de dónde estaba sacando las fuerzas para no desmoronarse cuando lo que realmente quería era hacerse una bola, abrazarse a sus rodillas y llorar como si no hubiera un mañana. Sufrir sola. Chillarle a sus adentros y que el mundo sea ajeno a su enfado interno. Gritar a sus fantasmas en silencio, tanto que hasta le duelan los oídos. Gritar hasta caer rendida perdiendo el equilibrio. Porque la estabilidad de su vida hacía veinticuatro horas que, en un parque de Madrid, cargada de ignorancia, había sido perdida.

—Tengo que contarte tantas cosas que no sé ni por dónde empezar. Te mandaría un mail gustosa esta noche cuando estuviera sola y aburrida en este confortable espacio, pero escribir a dos dedos en el teléfono no me apetece nada.

»Está casada y tiene un hijo. El motivo por el que no sabía nada ni debía saberlo, es porque... su marido es Víctor

—¡Que hijo de puta!

—¡Marta!

—¡Digo Víctor!

—Ya. Ya sé que dices Víctor. ¡Él no tiene culpa, joder! Nadie la tiene —Se restregaba la cara con la palma de la mano absolutamente derrotada. Había vivido tres vidas en dos días—. Entra a verlo, también deberías volver a trabajar y David tendría que descansar. Además, Mario debe de estar al llegar.

—Deja de ser una madre controladora. Yo ya he hablado con el trabajo, no se va a caer la edición sin nosotras. Así que tranquila.

—Yo no sé cuándo volveré. He llamado a un fotógrafo amigo para que me cubra estos días.

—Privilegios de ser autónoma.

—Preferiría no tener estos privilegios, la verdad. ¿Quieres ver a Álex? —Le dio un golpecito con el codo al tiempo que se levantaba—. Mi padre ha logrado que nos dejen entrar.

—¿Estás bien, Zoe?

—No. Pero lo estaré...

...

Su padre, además de conseguir que pudieran entrar los cuatro en el horario de visitas, también consiguió que Zoe pudiera pasar la noche con él ya que realmente estaba en estado preventivo más que en estado de gravedad y sabía a ciencia cierta que no iba a marcharse a dormir a casa por mucho que allí no pudiera hacer absolutamente nada.

Mario llegó de Barcelona a primera hora de la tarde. Le afectó muchísimo ver a su hermano con la cara tan irreconocible, con el aparatoso vendaje y viviendo en la inopia de no saber qué narices le había pasado.

Zoe lo convenció para que se fuera a descansar a casa de Álex, agradeciendo al destino no haberle devuelto sus llaves tal y como él hizo con ella, para así evitar dar a conocer datos de sus vidas que en ese momento no tenían el más mínimo sentido.

Lo mismo siempre estuvo carente de ese sentido, la verdad.

Ella pasaría la noche con él y Mario le haría relevo en la mañana. Eso era lo único

importante a esas horas de la tarde.

...

—Os parecéis.

—¿Cómo?

—H y tú. Os parecéis. Tenéis el mismo brillo en los ojos.

—Si no llego a conocer a mi sobrino, te prometo que...—hizo una breve pausa llevándose la mano izquierda a la cabeza— posiblemente no estuviéramos aquí.

—Álex, te estás saltando la trinchera.

—Has empezado tú. Toda mi familia está en Barcelona y en esta habitación ahora mismo. He vivido treinta años sin ella...

—¡Joder, Álex! —En el silencio de la habitación su voz sonó demasiado alta—. ¡Trinchera! No quiero hablar de esto aquí contigo. No en una habitación de hospital. No cuando te miro a la cara y apenas te reconozco

—¿Tan mal estoy?

—Créeme —Le acarició la mano con ternura—. Hasta con la peor de tus resacas serías Mister Universo al lado de lo que eres hoy. Intenta dormir, anda. No debes de hablar y mucho menos pensar tanto.

Mientras Álex dormía, Zoe repasaba con la vista la ropa que la enfermera había dejado en la mesita de la habitación perfectamente doblada. La camiseta llena de sangre, los vaqueros sucios con un apreciable agujero en la rodilla. No le había visto las piernas, pero estaba convencida de que allí también había restos de su accidente.

Lo observaba respirar acompasadamente casi pudiendo jurar que no había variado su postura desde que lo vio en la mañana. Subiendo y bajando. Inflándose y desinflándose. Debía de tener los huesos entumidos.

¿Te podrás acostumbrar a esto? ¿A ver sus cosas y no verlo a él? ¿A entrar en casa y que no te espere nadie o que nadie llegue sin que lo esperes?, ¿eh? ¿Te podrás acostumbrar? A no ver su sonrisa cada mañana. A no discutir por cualquier gilipollez que se te pase por la cabeza. A no cogerle las manos mientras duerme porque así te sientes a salvo ¿Te podrás acostumbrar? ¿A guardar en bolsas la ropa del tendedero y devolvérsela? Todo lo que ayer no querías a tu lado, lo que repudiaste y expulsaste de tu vida entre gritos y palabrería de manual. ¿Te acostumbrarás, Zoe, a la vida en singular?

No tenía respuesta a ninguno de sus pensamientos, no quería mirar más allá de la línea que se había marcado como el ahora. Estaba violando sus propias normas. La trinchera a partir de ese instante también debía ser levantada en sus propios pensamientos.

En el silencio de su noche triste y mientras él dormía, le sujetó la mano, para una vez más, sentirse a salvo.

Eran las siete de la mañana cuando la despertó la enfermera.

—Señorita, tiene que salir antes de que pase la visita del médico. No queremos tener problemas, ¿verdad?

Zoe asintió con vergüenza.

—Gracias por dejarme pasar aquí la noche.

—Su chico está bien. No veo por qué tiene que pasar la noche fuera, con lo incómodos que son esos asientos. Los que hacen los hospitales se ve que no han dormido ni una sola noche en uno. Además, apreciamos mucho a su padre... se lo merece.

—Más allá de lo aprecien a mi padre, gracias, de verdad.

Se despidió de Álex con un beso en la comisura de los labios. Beso que se le clavaba en el pecho como puñales de culpabilidad. Él en cambio le regaló una sonrisa sincera. Zoe hizo una mueca de sonrisa fingida intentando ocultar el conflicto de sensaciones que habitaba en su interior al tiempo que se despedía en silencio con la mano.

Esperó a Mario en la sala de espera, como siempre, vacía.

Llegó cuando no eran ni las siete y media de la mañana. Se tomaron un café, ejerció de cuñada y respondió a todas y cada una de sus preguntas. De Cristina no hubo preguntas, por lo tanto no hubo respuestas. No sabe si hubiera sido capaz de contarle la verdad, o si la hubiera maquillado ¡Vete tú a saber! Ya eso no importaba.

Entrar en su casa le fue más complicado de lo que hubiera podido imaginar. Miró el reloj con la intención de prolongar esa agonía. Faltaban dos minutos para las nueve de la mañana. Subió a casa de Marta.

Su horario laboral comienza a las diez y media de la mañana, por lo que la encontró medio maquillada y a punto de desayunar.

—¡Hola! ¿Estás bien?

Asintió con un mueca tranquilizadora.

—¿Me invitas a un té o tienes prisa?

—No voy para la redacción, así que puedo salir incluso un poco más tarde. Anda, pasa — Le dio un abrazo y un beso en la mejilla cargado de ternura e irremediamente, Zoe comenzó a llorar—. ¡Ey! No llores. Está bien, ¿verdad? ¿Sigue bien?

—Sí, él sí. Yo tengo los nervios montando fiesta. Vivo en una montaña rusa.

Sentadas en el salón de estilo sueco de Marta, Zoe hundía la mirada en el líquido rojo que contenía la taza, la cual sujetaba con ambas manos. Un té de frutas de delicioso aroma que le devolviera el calor corporal que hacía veinticuatro horas había perdido en esa misma casa.

—Es tan difícil poner en orden las ideas, Marta. Tan difícil actuar de la manera correcta. No sé ni por dónde empezar.

»He establecido la habitación del hospital como trinchera para no hablar de ciertas cosas allí. Y anoche, Álex, me deja caer que si no hubiera conocido a su sobrino la historia habría sido muy distinta, que su familia estaba en Barcelona y en esa habitación.

—¡El cabrón lo hace bien hasta con un golpe en la cabeza!

—¡Marta! No, por favor. Sin sarcasmos. Hoy no.

—Perdón... perdón...

Dejó la taza en la mesita baja para apoyar los codos en sus rodillas, hundir las manos en su pelo y sujetarse la cabeza que había comenzado a pesarle una tonelada.

—La historia no cambia porque esté en una habitación de hospital.

—¡No te creo!

—Cuando tomo una decisión intento que sea la para mantenerla. Sabes que si cierro puertas es para no volver abrirlas.

—Creo que te estás precipitando. Le quieres más que a ti. Mucho más que de lo que te quieres a ti.

—¿Y? Que lo quiera no hace que todo lo que ha pasado no haya sucedido.

—¿Por qué deshacerte de lo que amas, Z?

—Porque nuestra relación está enferma, Marta. Somos una pareja intoxicada por... —se detuvo a pensar y medir sus palabras— por tanto, el que sigamos juntos no es sano para ninguno de los dos.

—No te entiendo, de verdad. No entiendo cómo dejas escapar esto de tu vida. ¿Sabes que él se piensa que estáis bien? Le vas a dar un mazazo cuando habléis.

—No quiero hacerle daño y no es tonto. Te repito que he levantado una trinchera y que le he prometido no moverme de su lado. ¡Mira! Ya estoy incumpliendo promesas. No estoy a su lado.

—Estoy alucinando. Tus historias de amor las conviertes en café descafeinado.

—No me jodas, Marta,

—¡Esa boca! ¡Te pareces a mí, joder!

—¿Qué narices es eso del café?

—Te apetece muchísimo tomarte uno por la noche pero lo amariconas quitándole la cafeína porque si no lo que te quita es el sueño

—Álex ha llegado hasta donde nadie se atrevió a llegar en mi vida.

—Zoe, yo no te puedo decir déjalo o sigue con él. Yo puedo apoyarte en la decisión que tomes, pero tienes que mirar por ti. No por Álex, ni por su hermana, ni por Víctor, ni por su sobrino. Ellos tienen su propia vida ya para vivirla.

—Es muy fácil decirlo y muy complicado realizarlo.

—No es malo exigirte a ti misma. Pero no te va a servir de nada si no le exiges algo a los demás, Z. Es ley de vida —Suavizó el tono—. No me gusta dar consejos, lo sabes, pero tienes que tener algo claro, el tiempo no duerme nunca y sigue corriendo. El reloj no se para y la gente se aburre de esperar.

»Nadie debe esperar una respuesta, sea cual sea el medio por donde se espere que llegue. A veces la respuesta se necesita y se necesita ya.

—De verdad, Marta, que no es fácil. Amar no es perdonar absolutamente todo por mucho que yo lo quiera.

—Nadie dijo que fuera fácil. Ni que no se pudiera seguir conviviendo con los errores.

—Ya...

Se acercó a su lado.

—Mira Z, ahora me tengo que marchar. Deberías bajar, darte una ducha, descansar e intentar no pensar mucho. Ya verás que pasará cuando tenga que pasar.

—Una forma muy sutil de decir que apesto, chica de los deportes.

—Eres un asco andante, en todos los sentidos.

Sin fingir logró sonreír por primera vez en algo más de un día.

—Lo sé.

Tenía toda la casa patas arriba, casi tanto como lo estaba su vida. Recordarse en la mañana del día anterior revolviendo entre la ropa para coger algo que ponerse y salir corriendo al hospital, con los ojos llenos de lágrimas y mucho miedo.

¿Que el tiempo no se para? Mi reloj se paró ayer. Ha pasado una apisonadora por mi vida y no ha podido pasar un solo día.

Lo buscó en cada hueco de su casa, como un adicto en busca de su dosis diaria. Releyendo las notas de la nevera, guardando su ropa con cuidado y cariño, mirando su foto en blanco y negro con añoranza, dejando con cuidado sus pertenencias traídas del hospital...

Acarició las llaves de su casa porque así sentía que lo podía tocar.

Guardó el cargador del móvil en el bolso, para así en la noche poder ponerlo a cargar.

Subió al abuhardillado a por algo de ropa con la intención de darse una ducha y de que el agua se llevara por el desagüe esa sensación de malestar que con ella ahora vivía.

Nunca antes imaginó que una cama vacía pudiera esconder tantas cosas.

Miedo.

Miedo a la soledad, a empezar de nuevo, a olvidar, sola. Miedo a mirar el reloj y arrepentirse.

Recuerdos.

Recuerdos que van más allá de la pasión, el amor, el sexo y las noches en vela. Recuerdos de gripes, los malestares, los bienestares, los inviernos, vivir un sábado bajo el edredón porque en ningún sitio se está mejor que en casa.

Su casa era él y él ya no vivía en casa.

Cogió unos vaqueros, una camiseta, una sudadera y las All Star. También ropa limpia para él, además de otra camiseta y un pantalón de pijama. Odiaba verlo con la ropa del hospital, lo hacía parecer un enfermo terminal. El neceser, la maquinilla de afeitar... Tenía suerte de no haberse llevado nada de su casa.

Nunca antes había valorado el convivir enredada entre sus cosas. Las de ella con las de él, sin orden establecido.

Se anotó que debía comprar un cepillo de dientes. La noche anterior, cuando Álex se fue, estuvo a punto de tirarlo a la basura.

El fin de una historia reflejado en una papelera roja en forma de cepillo de dientes.

No lo hizo. Pero en ese instante, se prometió así su particular forma de duelo.

Estuvieran o no, volvieran o no, fueran o no, su cepillo de dientes seguiría descansando en su mismo vaso, su rojo de él con su verde de ella, rozándose entre cerdas y mangos.

Ni el agua ni la ducha ayudaron. Solo se sentía más limpia, pero no purificada. Estaba derrotada en el amplio sentido de la palabra. Ella también era una de las perdedoras en esta historia a la que el destino además, le había reservado el dolor en todas sus variantes posibles.

De pie, en el salón de su pequeño hogar, miró a su alrededor y todo lo que vio no era más que absolutamente nada e irónicamente, la nada, asfixia.

Colocó el despertador a las once y media de la mañana. Quería estar allí para el horario de visitas y así no romper su promesa con abandono.

Cogió del sofá la «Almohada Álex» que arrojara sin cuidado la mañana anterior, subió de nuevo a su abuhardillado a intentar dormir en su lado de la cama, como lo hizo la noche que todo estaba bien y que nada cambió, para respirarlo, inspirarlo, sentirlo y recordarlo, aunque solo fuera por un pequeño espacio de tiempo.

CAPÍTULO 10

La nada, asfixia

Amanecer a las once y media de la mañana cuando hace tan sólo una hora que te has tumbado en la cama es una mentira casi tan grande como decir que has descansado.

Tenía los ojos hinchados de tanto llorar, de no descansar, de mal dormir en el hospital y de pensar. Porque el pensar cansa y da ojeras. Muchas.

Se echó un poco de crema hidratante con maquillaje y algo de rímel para solucionar esa cara que llevaba. Se tomó un café con toda su cafeína, de aroma en taza y sabor a hogar.

Preparó un termo para Mario, quién pagaría lo que fuera necesario por no tener que volver a tomar el del hospital, recogió la cocina, puso el lavaplatos en lavado económico y antes de partir de nuevo a su lado, abrió el portátil y revisó los emails. Cinco de compañeros de trabajo más cotillas que preocupados y uno de Marta.

-----Mensaje original-----

De: Marta Sainz [mailto:m.sainz@presspack.es]

Enviado el: jueves, 06 de octubre de 2011 10:42

Para: z.sanmartin@presspack.es

Asunto: Y la asturiana Maritornes curó a Sancho, que no menos lo había menester que su amo.

Z,

Me has dejado preocupada, de verdad.

¿Cerrar puertas para nunca más abrirlas? No sólo creo que exageras sino que además te estás equivocando.

La decisión no es mía y sabes que te apoyo y apoyaré en todo. Pero es mi deber decirte que creo que te equivocas.

Te quiero mucho. Lo sabes, ¿verdad?

No permitas que nadie te quite lo que quieres y por lo que has luchado tanto.

Bastante cruel es ya la vida como para nosotras complicarla un poco más.

Piénsatelo... mucho y si puedes, un poco más.

Bss.

La chica de los deportes.

Solamente contestaría a Marta. Ya se enfrentaría a sus compañeros en la oficina cuando tocase usando el siempre recurrente «no he mirado el correo y no he tenido mucho tiempo de nada».

Releyó el mensaje un par de veces y controlando por primera vez en cuarenta y ocho horas todas y cada una de sus emociones, pulsó la tecla responder.

-----Mensaje original-----

De: Zoe San Martín

[mailto:z.sanmartin@presspack.es]

Enviado el: jueves, 06 de octubre de 2011 11:50

Para: m.sainz@presspack.es

Asunto: RE: Sin Asunto. En el amplio sentido de la palabra.

Querida M,

Créeme cuando te digo que nada más que hago pensar en mí y en él.

Pero ¡ponte en mi lugar un minuto! (el tiempo en que leas este resumen).

Más de dos años juntos.

Cumplimos un año y me entero de que conoce a Víctor y me cuenta la verdad a medias. ¿Recuerdas ese día? Pues habría sido el perfecto para contármelo todo... pero eligió no contar nada.

Año dos: la rubia, sus mensajes, sus abrazos y mis pensamientos desvariados.

Lo dejamos (lo dejo) y casi se mata en un accidente del que YO irremediamente me siento muy culpable.

La rubia es su hermana, Víctor su cuñado y yo gilipollas.

¿Sabes lo peor de todo? Que no puedo hacer nada por remediar ninguna de estas tres cosas.

Mi historia con Álex era perfecta hasta que simplemente dejó de serlo.

Cierro puertas para no abrirlas porque no sé hacerlo de otra manera. Quizás me equivoque, quizás me arrepienta.

Sólo espero que el frío traiga consigo la suerte... porque ahora mismo, estoy tan marrón como el otoño.

Gracias, siempre gracias.

Yo también te quiero

Z.

PD: Confesiones de una perfecta maridramas (no me las tengas en cuenta)

...

Mario es mayor que Álex un par de años. Bajito para ser hombre, algo destartalado, con el pelo demasiado corto, de grandes ojos negro intenso y con una cara tan simpática que te acaba ganando.

Son el antítesis en lo físico pero muy hermanos en carácter.

Estaba enganchado a su tablet cuando Zoe llegó. Emails, trabajo a distancia, o juegos *on-line*, todo era perfecto si con eso el tiempo pasaba de cualquier forma menos lento.

La enfermera les avisó del horario de visitas y a su vez les informó de cómo había transcurrido la mañana. Había tenido un poco de fiebre, seguramente por la operación pero no era preocupante pues solo habían sido unas décimas. Le habían quitado el vendaje de la cabeza y en su lugar tenía un apósito cuadrado de seis por seis centímetros aproximadamente.

Estaban en la habitación con la calefacción aun en modo sofocante y constante.

Mario no hablaba demasiado, y Zoe intentaba hacer el papel protagonista de su vida de la mejor manera posible.

A su lado, restándole importancia a todo, porque nada valía tanto la pena como estar allí.

—Tu padre se está comportando de diez. Es un gran hombre.

—Lo es —Le sonrió.

—¿Me han cortado el pelo?

—Madre mía. ¡Eres peor que yo! ¿De verdad te preocupa eso?

Sonrió divertido.

—Si, me preocupa.

—Tus greñas estás intactas. Así que no tienes de qué preocuparte.

—¿Y cómo me ves?

—Si te tuviera que comparar con alguien... —Dudó un instante— Estás como si hubieras protagonizado *Rocky IV*, te hubieras peleado con Iván Drago, hubieras sido derrotado en el decimoquinto asalto a falta de dieciocho segundos para el final y que además, Mike Tyson, quien casualmente pasaba por allí, aprovechara la ocasión para darte un bocado en la cabeza...

Mario soltó una sonora carcajada.

Álex sonrió divertido.

—Eres una friki.

—Lo sé.

—Además, Rocky no perdió. Le ganó a Ivan Drago.

—Solo he cambiado un poco el argumento para poder ponerte como protagonista. Además, tienes un acento raro, pero no suena a ruso exactamente.

—Me suben a planta esta tarde. Me lo ha dicho la enfermera.

—¿Y la fiebre?

—¡No tengo fiebre! Es la maldita calefacción.

—¡Qué buena noticia! —intervino Mario—. Hermanito, voy a invitar a comer a tu chica, ¿te parece bien?

Tu chica... ¿Soy tu chica, Álex?

—Me parece lo correcto. Casi tanto como que te vuelvas a casa. Yo estoy bien y aquí no haces más que preocupar a mamá.

—¿Y qué vas a hacer cuando te den el alta? Te podías venir a Barcelona una temporada.

—Me puedo ir a mi casa también. Sigo teniendo un brazo y medio en buen estado.

—Se va a venir conmigo —interrumpió Zoe.

—¿Y el trabajo?

Créeme que el trabajo es el menor de mis problemas ahora mismo. Te acabo de pedir que te vengas a mi casa y no quiero que estemos juntos. Encima, quiero cuidarte y que estés bien. ¡No me preguntes por qué! Porque no lo sé. ¡Maldita trinchera! Te voy a hacer daño, Álex. Mucho.

—Quiero que te vengas a mi casa, por el trabajo no te preocupes. Es lo de menos.

—Aún estamos en el hospital. Me cambian a planta, no me dan el alta. Ya veremos qué hago, o hacemos. Pero tú, Mario, vuélvete a Barcelona. Agradezco muchísimo que hayas venido y como ves, por suerte, tan sólo ha sido un susto. Quedarte sería una tontería o provocar que mamá venga, que me vea con la cara de Rocky contra Iván Drago y que se quede a vivir aquí tres años porque no me ve sano.

Sentenció haciendo una mueca graciosa.

Cuando el tiempo pasa deprisa o ha sido bueno o no has estado demasiado entretenido como para disfrutarlo. En la habitación del hospital nada más que hacía preguntarse, intentar responderse y analizar cada instante de su historia a medias con Álex.

A la única conclusión sensata a la que llegó fue que esa «historia a medias» era una mezcla de ambos conceptos.

No quería una historia a medias, no quería frases sin acabar a las que ya el tiempo las pondría en su lugar.

Marta tenía razón. El reloj no se para y allí, en ese preciso instante, se arrepentía de no haberse enfrentado a Álex, a la mitad translúcida de sus problemas, al reloj, al tiempo e incluso a ella misma.

Intentaría por todos los medios hacerle el menor daño posible, porque aunque su relación estaba herida de muerte, a él no quería perderlo de su vida. Siendo egoísta y mirando por ella, no podía perderlo.

Iba a comer con Mario y precisamente eso no entraba en sus planes para ese día. ¿De qué iban a hablar? ¿De Álex y ella? Contarle lo de Cristina era una absoluta locura, y además no era de su competencia.

Seguía disfrazada con el traje de actriz de culebrón barato para continuar ejerciendo el papel fingido de una historia real llena de surrealismo.

Lo llevó a comer a una cervecería cercana al hospital donde las tapas eran casi raciones y el *Typicall Spanish* rezumaba por todas las paredes.

—Me dejo aconsejar, ¿eh? No sé nada de estos garitos de Madrid.

—No te creas que yo conozco mucho. Salimos poco últimamente pero este es de nuestros favoritos, aunque la decoración deje bastante que desear.

—¿Qué cerveza tomas?

Sonrió.

—Prefiero un Ribera del Duero. No me gusta la cerveza.

—No te gusta la cerveza y me traes a una cervecería... Eres una tía muy rara.

—Lo soy. En el amplio sentido de la palabra —dijo con una sonrisa socarrona—. Pero espera a probar las tapas y lo entenderás todo.

Una pinta para Mario y una copa de Ribera para ella mientras miraban la carta de tapas.

Estaba hambrienta. En el último día solo había ingerido café y té. Con lo que al ver la carta se le hizo la boca agua.

—Estoy por darle un *okey* cuando se acerque la camarera y que traiga todo lo de la carta. ¡Madre mía que hambre! No sé por qué decidirme.

—¿Te puedo hacer una pregunta complicada, Zoe?

—Depende de lo complicada que sea. Ahora mismo no tengo conectividad entre neurona A y neurona B. Ambas andan ocupadas, relamiéndose y viendo flotar chipirones... puntillitas...

carrilleras... solomillo a la pimienta...

—En serio, por favor.

Se reacomodó en la silla y se reajustó la ropa.

—Dispara.

—La chica rubia de ayer en el hospital es su hermana, ¿verdad?

Palideció.

Clavó la vista en el servilletero como si ahí estuviera escrita la respuesta correcta que dar a semejante sentencia.

No me puede estar pasando esto... no me puede estar pasando. Pensamiento desviado que se asoma por mi miserable cabeza, pensamiento que se torna en realidad. ¡Joder!

—Vale. Tu cara lo dice todo. No hace falta que contestes.

—Mario, creo...

Intentaba medir sus palabras para no resultar borde o desesperada, algo que en parte era toda una realidad. Estaba desesperada, porque ni ella misma tenía respuestas a las preguntas que llevaba días haciéndose, porque no sabía si quería profundizar en ese tema y porque el llegar a conclusiones inconexas y perjudiciales para ella la convierten en un ser borde por naturaleza.

Meterse en el fango es algo que siempre acaba salpicando mierda.

Recordó su confesión de sentimientos bipolares, de amor, odio y bordes desiguales que a la mínima saltan como un resorte.

—...Creo que no soy yo la que tiene que contestar a esta pregunta. Por respeto a Álex, creo que tenías que haberle preguntado a él directamente.

—Discúlpame, Zoe. No quiero que te sientas incómoda. No lo pretendía, de verdad.

»Sé de su existencia y creo que Álex desconoce esto.

»Mis padres intentaron adoptar a los dos y no pudo ser. Es más, incluso creo que mis padres piensan que yo he olvidado esto.

»Fui yo quien hace un tiempo le dio su teléfono. Esta chica llamó a mi casa con una excusa horrible.

Se pasó el contorno de la mano por la frente en repetidas ocasiones.

—Déjalo Mario, de verdad. Háblalo con Álex, no conmigo —No quería decirle que no sabía mucho de ella y que hasta hace unas horas para ella también había sido una completa desconocida, además de ser el centro de todos sus problemas actuales. No quería decirle que la odiaba en silencio desde el momento en el que supo que era madre y que tenía toda la pinta de ser buena en ese papel. Tampoco quería decirle que por ella lo había dejado con su hermano y sobre todo, no quería decirle que maldijo su existencia al saber con quién estaba casada, porque su pasado la sigue convirtiendo en inestable y todo lo que para ella antes era perfecto olvido, sin quererlo, se había convertido en un perfecto presente imperfecto.

—Lo siento.

—Para tu hermano, y esto te prometo que me lo dijo tal cual ayer, su familia está en Barcelona. Bueno y aquí ahora. Quédate con eso. Sois su mayor orgullo.

Mario sonrió inocentemente.

—Pero de verdad. No puedo contestarte a nada de ese tema. Respeto a Álex y posiblemente no le gustaría saber que estamos hablando de esto sin él.

—Sí, tienes razón. No tenía que haberte preguntado.

—Además, dijiste que ibas a tener un momento bizarro, algo atípico en un catalán —le guiñó el ojo divertida—. ¿No me ibas a invitar a comer? Muero de hambre.

—Los catalanes somos más caritativos de lo que puedas imaginar.

—No tengo queja de ninguno de los que conozco, la verdad.

Le vino bien salir a comer con Mario. Era un buen tipo y sin duda alguna, también fue un alivio estar con alguien que no fuera consciente de los delirios mentales que recorren su cabeza. Pudo reír sarcásticamente sin más pretensiones que echar un buen rato entre cuñado, vino y revuelto de la casa.

Lo acompañó a la estación de Atocha para que sacara el billete de AVE para esa misma noche. Sabía que Álex se enfadaría con él si se quedaba más días allí, pues bien es cierto que estaba mejor de lo que ellos mismos podían esperar.

Contento por haber estado a su lado, por haberlo visto y por saber que se quedaba en buenas manos por mucho que Zoe lo dudara.

...

Mario se marchó en el último tren de la tarde.

Instalados en la tercera planta del hospital, la nueva habitación era mucho más amplia. Dos camas, baño, televisor, menos máquinas, mucho más ruido y el mismo calor insoportable.

Le llevó a Álex un *eReader* con una buena remesa de libros. Sabía que agradecería tener algo en lo que invertir el tiempo y que le fuera 100% funcional con una sola mano. Aunque ya manejaba bastante bien su Smartphone. Era todo un experto mandando mensajes con dos dedos.

Zoe leía el último trabajo de Murakami mientras Álex intentaba ponerse al día con las noticias nacionales e internacionales.

El sillón de la nueva habitación era bastante confortable, reclinable y con una parte extensible convertible en reposapiés.

Con el cabello recogido de cualquier manera, sus vaqueros, su sudadera oscura con gorro y las *All Stars*, era más la imagen de una estudiante que la de ella misma.

Amaba su informalidad en días informales.

Toda su atención estaba puesta en la lectura, pues tenía una gran capacidad de abstracción.

—No tenías que quedarte, Z. Tenías que haberte ido a casa y descansar. Llevas unos días muy intensos.

No le contestó.

—¿Zoe!

—No contesto a chorradas —dijo sin apartar la vista del libro.

—¿Sigue levantada nuestra trinchera?

—Sí. Lo está —Colocó con cuidado el marcapáginas en su punto de lectura consciente de que ya no iba a poder seguir leyendo—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por eso mismo. Me gustaría preguntarte algunas cosas y saber otras tantas.

—Podemos quitar la trinchera cuando quieras, dado que no hay riesgo de que explote tu cabeza, pero siempre con una condición.

—Sorpréndeme.

—Que me prometas que te vas a venir a casa conmigo cuando te den el alta durante tu convalecencia.

Álex quitó el volumen de la televisión, soltó el mando al lado de su pierna y la miró a los ojos.

—No sé por qué tengo la sensación de que no me va a gustar nada de lo que voy a escuchar.

Sonrió de forma tranquilizadora aun a sabiendas de que tenía razón.

—Sólo intento protegerme.

—¿De qué?

—La trinchera sigue levantada, Álex. Promesa y se baja. Además, por si no lo sabes te diré que las promesas se hacen para cumplirlas. Eres consciente de eso, ¿verdad?

Resopló.

—¡Joder! No entiendo nada. Confío en ti, Z y en lo que quiera que sea lo que te traes entre manos. Prometido. Me iré contigo cuando me den el alta.

—Enhorabuena caballero, su trinchera ha sido destruida con éxito —Deslizó sus manos por el cabello soltándose delicadamente la maltrecha coleta, quedando la gomilla en una de sus muñecas—. Adelante, soy toda oídos. Pregunta.

—Quiero que me seas sincera, ¿vale?

—Es curioso que tú me pidas eso.

Hizo un gesto como si le hubieran dado un golpe en la boca del estómago.

—Por favor.

—Siempre... —pensó mejor su respuesta— intento serlo.

—¿Por qué llamaste a Cristina?

—Creí que debía saberlo. Me puse en su lugar.

—No sabías quién era.

Imitó su gesto de golpe en el estómago.

—Sabía que era importante para ti. Así que creo que contaba con la suficiente información.

—Z, te lo he querido decir muchas veces... —Su voz sonaba sincera.

—Ya. Pero no lo has hecho.

—No sabía cómo hacerlo.

Quería gritarle. Se acercó a la cama apoyando los codos en ella y recostando en las manos su cabeza, lo miraba a los ojos con sinceridad y rabia contenida. Entre susurros le gritaba: —¡Por el principio, Álex! Has tenido muchas oportunidades. Eres un tío listo. ¿Pensabas que esto no iba a explotar nunca?

—¡Estás aquí! Has estado todo el tiempo. Has cuidado de mí.

—No utilices la presión psicológica conmigo. No va a funcionar.

Relajó su tono de voz.

—Te estoy siendo sincero.

—Estoy aquí porque es donde tengo que estar y cuido de ti porque es lo que tengo que hacer.

—¿Y lo quieres hacer?

—Esa no es la pregunta correcta, Álex.

—¿Y nosotros?

—Nosotros es tiempo pasado.

CAPÍTULO 11

Nosotros es tiempo pasado

-----Mensaje original-----

De: Zoe San Martín

[mailto:z.sanmartin@presspack.es]

Enviado el: viernes, 07 de octubre de 2011 03:11

Para: m.sainz@presspack.es

Asunto: Rara, como la canción

M.

Esta tarde ha sido cuanto menos rara.

Quitamos la trinchera porque Álex necesitaba respuestas. No hemos hablado mucho, la verdad.

Intentó entrar en el camino pantanoso y a mí mantener una conversación de tal índole en el hospital no me parecía lo mejor.

Preguntó por nosotros y le dije que éramos tiempo pasado. Dejó de hablarme y se durmió.

Estoy mal y no puedo dormir.

Por eso te mando este correo, para que lo veas mañana, cuando siga mal pero finja estar bien.

Lof Ü

Z.

En los hospitales amanece muy temprano.

Es como si alguien activara el botón de encendido y de repente todo fuera ruido y personas deambulando de un lado a otro. Tal y como sucede en las fábricas de construcción masiva donde encienden máquinas y automáticamente empieza la producción en cadena como si nunca antes hubieran dejado de hacerlo.

Estaba en su sillón en posición fetal y aunque tenía los ojos cerrados no había pegado ojo prácticamente en toda la noche.

Cuando se escuchaba hablar a las enfermeras en un tono nada delicado fue cuando Álex se dirigió a ella.

—Tenías que haberte tumbado en la cama. Debes de estar entumecida de tanto sillón.

No abrió los ojos ni cambió de postura. Dejó caer sus palabras con desazón y pesadumbre.

—Esa cama es para un paciente, no para mí.

—Ya te dijo tu padre que no había problemas porque durmieras en ella.

A diferencia de las enfermeras, a ella le costaba arrancar y comenzar a funcionar.

—No estoy en un hotel y es un detalle que me hables.

—Tenías razón, Z.

Se reincorporó abriendo mucho los ojos. Necesitaba luz como si eso la recargara por dentro. Lo miró a los ojos.

—¿Razón en qué?

—Aunque ahora mismo no tenga ni pizca de ganas de irme contigo cuando me den el alta, este no es un buen sitio para hablar de todo lo que tenemos que hablar.

Apoyó los codos sobre la cama hundiendo los dedos en los ojos. Álex dio tres suaves golpecitos en su frente como si estuviera llamando a una puerta y con voz queda le dijo:

—No la uses tanto. Piensas demasiado.

Con inevitable desdén volvió a mirarlo. Tomó una amplia bocanada de aire.

—Me voy a marchar a casa, Álex. Necesito un rato para mí, para estar tranquila y aunque no lo creas para no pensar. Necesito ver a Marta antes de que se vaya a trabajar, escupirle un montón de palabras sin sentido sabiendo que no va a tener en cuenta si suelto alguna burrada o locura transitoria. Esto puede parecer fácil desde fuera, pero no lo es. Al menos para mí, no lo es. Además, tu hermana viene a verte en un rato y aunque me parece una buena chica no me apetece nada verla. No quiero sentirme mal ni por eso ni por nada en estos momentos. Estoy cansada, física y mentalmente.

Sonrió.

—Respira.

—No te entiendo, A. ¿Has levantado ahora tú la trinchera?

—No. Sólo espero que evitemos ciertos temas de momento. Ya habrá tiempo.

Cuando llegó a la parada de taxis con la intención de estar en casa lo antes posible la sensación de tener un completo desorden por vida a la que no iba a ser capaz de dar forma la obligó a dejar a un lado todas las prisas y buscar la sensatez en caminar.

Tenía un largo camino por delante, pero le vendría bien mirar escaparates, abstraer su

cabeza de accidentes, abecedarios y suerte a la inversa, para perder la vista y perderse en esa ciudad tan grande y tan pequeña al mismo tiempo que empezaba a cobrar vida bajo sus pies.

Adoraba Madrid. Le gustaba vivir allí.

Solía recorrer sus calles con entusiasmo porque en ellas indiferentemente de la hora que fuera siempre había vida. Le gustaba ver los atascos desde la perspectiva del transeúnte. Recorrer la Gran Vía, ver las carteleras de cine, teatros y musicales, ofertas culturales disponibles casi veinticuatro horas al día los trescientos sesenta y cinco días del año, sentirse pequeña al encontrarse con Alaska por la calle Libreros porque su generación era de «La bola de cristal», el luminoso de *Schweppes* que va más allá de la peli de Álex de la Iglesia, la carencia del Tío Pepe en la Puerta del Sol, los mil y un restaurantes de comida basura, las putas, los taxis y la música en cada esquina, en cada metro, en cada vida...

Caminó casi una hora y aun así, tan sólo habían pasado diez minutos de las ocho de la mañana.

Con tantas idas y venidas neuronales, mirando a un punto indeterminado de la calle peatonal que daba a su hogar, por primera vez, se sintió perdida en un laberinto madrileño con centro neurálgico en la puerta de casa.

Subió los escalones de dos en dos hasta llegar a casa de Marta y una vez en su puerta llamó con los nudillos.

Marta abrió con un ojo maquillado y otro sin maquillar .

—¡Z! Te iba a llamar ahora.

—¡Hola, M de Mapache!

—¡Hola, Z de Zorra! ¿Pasas?

—¿Estás sola? Porque me estoy volviendo loca.

Asintió.

—Tienes mala cara ¿Cuánto hace que no comes bien? ¿Qué cenaste anoche?

—No cené. Pero a medio día comí copiosamente en la cervecería con Mario.

—¿Y antes de anoche?

—¡Deja de preguntarme por comida! No tengo hipo. Me repito mucho, lo sé, pero esto no es fácil y no he pegado ojo en toda la noche.

—Leí tu correo. Si te sirve de consuelo, no entiendo por qué no te habla, la verdad.

—Para poner en orden sus ideas. Ya me habla y vuelve a comportarse como si tal cosa. Me estoy volviendo loca, Marta. Pero loca de verdad, de las de manicomio.

—¿Por qué no te pones el mundo por montera y pasas de todo, Zoe?

—Pues... Joder Marta, cada día que pasa me doy más cuenta de que yo estaba bien con Álex cuando no lo conocía y que cuanto más nos conocemos más problemas tenemos. Hay movidas que nos repercuten como pareja, gente que no tenía que estar y demasiados secretos.

—¿Sabes que te pasa, Z? Eres una acojonada.

—Gracias.

—En serio. Te da miedo todo. ¿Por qué erais perfectos antes y no ahora? Porque antes erais Álex y Zoe, solamente. Tú mirabas por él y él miraba por ti. Y de un tiempo a esta parte sois Álex, Zoe y el mundo. Le das demasiada importancia al mundo, ¿sabes? Te estás olvidando de Álex y lo más importante, te estás olvidando de ti.

»Toma tus decisiones, asúmelas y lucha por ellas. Pero no permitas que nadie decida por ti o te arrepentirás todos los días de tu vida.

—¿Y tú? ¿Qué cenaste anoche? Parece que te has tragado a Punset —Sonríó—. Puede que tengas razón.

—Sabes que la tengo. Cené sándwich. ¿Tendrá que ver? Reconócelo, soy buena.

Se tomó un café con Marta que no fue capaz de aplacar su incipiente sueño y una vez que estuvo en su casa se tumbó en el sofá y se durmió.

Se durmió vestida, relajada, sin pensar en nada y dándose por primera vez en muchos meses una tregua que viviría con ella hasta el día en que Álex entrara por la puerta de su casa a pasar la convalecencia. Era lo único seguro que tenía para aferrarse: convalecencia y tregua.

Él se quedaría con ella por promesa y ella no le daría motivos de desvarío hasta esa fecha.

...

Para Zoe, el tiempo es caprichoso, antojadizo, despiadado e incluso predecible.

Atrás quedaba la semana y pico más larga de sus vidas, de hospitales y de perfecta armonía de pareja en oferta con el cartel colgado de: fingido y por tiempo limitado.

Llegaron a casa con una bolsa de equipaje de mano, una relación unida con pegamento del barato y la piel de invierno.

Sentimientos escondidos al fondo de la nevera que, imperecederos, descansan a merced del deseo que tenga ese tiempo caprichoso, antojadizo, despiadado e incluso predecible.

Para Álex, en cambio, se antojaba doloroso, molesto, antibiótico y lento. Muy lento. Además, a todo lo anterior habría que añadir la incomodidad de volver a estar en su casa y a la espera de un momento que no sabe cuándo llegará.

Había perdido peso, ambos lo habían perdido en realidad, pero él notaba el cambio en su cuerpo. La precariedad en la movilidad, el abatimiento personal y el aplomo hospitalario que convertían en pesada la vida en general.

En ese apartamento de dimensiones minimalistas, el alejarse y abstraerse iba a resultar complicado. Una sola habitación, un solo sofá, un baño, una cocina, una mesa, cuatro sillas, un televisor, un DVD, muchos cuadros, muchos libros, un altavoz con forma de donut, un *iPod Touch* lleno de canciones, un armario empotrado bajo las escaleras, un sillón a media planta y algo que en su invitación no tuvo en cuenta: una sola cama que compartir aunque no quisiera, porque irse al sofá seguro que no iba a ser una buena idea.

—Bienvenido, de nuevo —dijo al tiempo que abría la puerta cargada con todas las cosas que habían acumulado en una semana y media—. No te tengo que decir donde está nada... ¿Estás en tu casa! ¿Sofá o cama?

Quiso responderle un «no es mi casa», pero no lo hizo. A diferencia de Zoe, Álex evitaba pensar demasiado las cosas. Sabía lo que quería y cómo lo quería, y el resto... el resto no importaba. El tiempo y la vida le han demostrado que la soledad no es estar solo.

—¿Eso es una proposición indecente?

Miró al suelo con vergüenza. Álex estaba más serio de lo normal o mejor dicho, su expresión risueña había desaparecido tras obtener el alta médica.

—Sabes que no.

—Prefiero sofá, la verdad. Estoy harto de tanta cama.

Colocó un puf a modo de reposapiés para que no tuviera que estar tumbado y poder ver la televisión más cómodo.

—Voy a recoger esto, ¿vale? ¿Necesitas algo?

—Estar bien.

—Álex, por favor. Me está costando mucho hacer esto bien.

—Lo siento, de verdad. Un vaso de agua bien grande estaría bien.

—¿Estás bien?

Se llevó la mano a la herida que aún tenía en la frente.

—Me duele un poco la cabeza —El morado de su ojo estaba tornando en una ojera amarilla como las que te deja una noche con mucha fiesta.

Lo miró y le sonrió con dulzura:

—Será que la estás usando demasiado.

Sentados en lados opuestos del sofá y separados por una línea invisible que lo partía en dos, Zoe lo miraba de soslayo sin que este se diera cuenta de nada. Escrutaba sus facciones, ahora mucho más marcadas, sus ojos de repente tristes, su barba de varios días, su cabello loco y greñado superviviente en esa guerra, su cada vez más pequeña herida de la cabeza. Llevaba el hombro inmovilizado con una especie de corsé colocado alrededor de su pecho y en ese sofá siberiano donde antes vivieran enredados, su cabeza bombeaba la vida que habían tenido, las historias de un pasado en común que intentaba apartar de su lado, pues sabía que en unas horas, Siberia llegaría su cama y que él dormiría a su lado.

Poner en orden las ideas y no parecer una oveja descarriada era una tarea bastante complicada. Lo curioso es que estaba realizando ese papel mejor de lo que jamás hubiera planeado. David llegó con Marta para echar una mano aunque finalmente no hiciera falta. No sabían si Álex podría subir solo las escaleras que llevan a la cama o iba a necesitar ayuda externa. Pero éste, también se manejaba bien en esa situación. Contaba con un brazo útil, un golpe en la pierna que dejaba tras de sí una leve y cada vez menos apreciable cojera, el resto de un cuerpo medianamente sano y unas ganas increíbles de que todo volviera a ser relativamente normal.

Tras despedirse de los chicos, asearse, ponerse un pijama invernal y antilibido, Zoe subió a Siberia y se acostó a su lado.

Se acurrucó en la esquina, con la cabeza apoyada sobre la mano que descansaba debajo de la almohada, inmóvil y totalmente estática. Por si se movía, no rozarse ni tocarse, pues irremediablemente, eso dañaba.

Entre susurros y sin verse las caras, se desearon un mutuo «buenas noches», un «descansa» y un «hasta mañana».

Zoe no podía dormir. Quería darse la vuelta y cambiar de postura, acurrucarse a su lado y que eso no fuera nada malo. No podía hacerlo.

El peso de la conciencia era demasiado elevado como para encima mover su cuerpo a un lado.

En el silencio de la noche las voces suenan limpias y los susurros son delicados

—Z, ¿estás dormida?

—Sí.

—Sabes que no te vas a dormir de ese lado... nunca te duermes así.

—Estoy dormida. Duérmete tú también.

—No hasta que te des la vuelta.

—Cuando te duermas me daré la vuelta.

—Ya estoy dormido.

Sonrió.

—Muy bien, si es lo que quieres... —Se giró. En su esquina estuvo treinta segundos viendo como Álex también sonreía con los ojos cerrados, suspiró e instintivamente se relajó un poco y buscó sus manos—. Esto no significa nada, ¿vale? Solo es costumbre... no me lo tengas en cuenta.

No le contestó nada y así por fin se durmió.

Zoe se despertó a la media hora. Abrió los ojos como un resorte y sin soltar su mano volvió a mirarlo a los ojos. Lo veía respirar acompasadamente. Tenía la cara inclinada hacia ella, tan cerca que sentía el calor que desprendía su piel.

Aquello no se parecía en nada a Siberia.

Que no acabe esta noche, que no llegue mañana.

Lo besó con suavidad en los labios, despacio para no ser descubierta y con un hilo de voz tan bajito que más que un susurro parecían ser sus propios pensamientos se dijo:

—Hago esto porque lo necesito y porque tú no lo vas a saber nunca.

Amaneció enredada en él como antaño. Recostada al lado de su pecho, escondida entre su cuello y el hombro bueno. Tenía su boca tan cerca que notaba su cálida respiración en la cara.

Intentó separarse de él con cuidado para no despertarlo, aprovechó su sueño y su propio descuido para besarle la punta de la nariz con delicadeza:

—Es el último, me lo prometo.

Dijo al tiempo que levantaba una de las piernas.

Se sentó en el borde de la cama, hundió los dedos en sus ojos, controló su cabello con las manos y comenzó a organizar su día mentalmente. A su espalda escuchó:

—¡Buenos días!

Se giró, le sonrió y le contestó:

—¡Hola! ¿Has dormido bien?

—Sin duda alguna he dormido mejor que en toda esta última semana y media.

—Me alegra escuchar eso. ¿Te ves capaz de quedarte solo por la mañana? Quiero, bueno, tengo que ir a trabajar.

—¡Claro! Aunque me gustaría que me ayudaras a quitarme esta barba de marinero que llevo cuando volvieras.

—Vendré a medio día a comer contigo y así te ayudo con la ducha, ¿vale? Sigue durmiendo y no seas bruto.

Realmente no tenía por qué ir a trabajar, ya que no se había cogido vacaciones en todo lo que iba de año y apenas quedaban dos meses para que acabara. En el momento en que todo se tranquilizara se las cogería, se pondría en encefalograma plano, cargaría la maleta de la ropa justa y las cámaras necesarias para fotografiar todo digital, analógica, instantánea e incluso lomográficamente.

Viajes y lugares con encanto autóctono y rural.

Bien es cierto que le encantaba Madrid, que nunca en su vida se plantearía cambiar de lugar donde vivir, pero necesitaba respirar, necesitaba el silencio y la tranquilidad que te da lo desconocido, ya fuera sola o acompañada.

Necesitaba volver a ser lo que era, lo que fue o lo que creyó que ser.

Su auténtica realidad era la necesidad de huir y no tenerlo cerca. Correr lejos y tener la mente ocupada en cualquier historia que no la hiciera recaer en la agonía del equívoco.

Se había convertido en una dependiente de sus sentimientos cuando la realidad de la vida lo que le dicta es que a veces amar no es suficiente.

Le vendría bien tener la vista perdida detrás del objetivo y buscar el lado bueno de alguien que no tenga nada que ver con ella y eso, sin duda, se lo regalaba el trabajo. Le regalaba el volver a la única vida donde todo era relativamente normal.

CAPÍTULO 12

Fingido y por tiempo limitado

La mañana había pasado volando. Tras haber comido con Álex, haberlo ayudado a quitarse el corsé de neopreno y placas que inmovilizaban su hombro, a afeitarse y a vestirse, estaba sentada delante de su ordenador cuando la bandeja de entrada de su correo electrónico anunció un correo entrante.

-----Mensaje original-----

De: Álex Alós [mailto: aalos@ciccp.es]

Enviado el: lunes, 17 de octubre de 2011 17:04

Para: z.sanmartin@presspack.es

Asunto: Dar las gracias, a veces, es complicado

Z,

Gracias por volver a ser tú.

Gracias y lo siento por sufrir tanto por mi culpa.

Gracias por cuidar de mí.

Gracias por cogerme la mano aunque sea un acto de costumbre.

Gracias por tu beso en la nariz de esta mañana.

Gracias por afeitarme con tanto cuidado... me encanta cuando lo haces.

Gracias por todo lo que se me olvida darte las gracias.

Gracias.

Tu padre en el hospital me dijo que a veces te descompones en mil piezas, como un puzle y que hay que darte tiempo para que recompongas tus pedazos y te ordenes. Voy a hacer todo lo posible por recuperarte.

Apíadate de un pobre convaleciente que lleva más de media hora escribiendo esto con un solo dedo.

Y gracias sobre todo por el beso de esta madrugada y que nunca sabré que me diste.

A.

¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

No le contestó.

No podía ni debía sincerarse en un email por mucho que se le diera mucho mejor escribir que controlar las palabras en su boca.

Sin duda, había llegado el día que no quería que llegara, el de sentarse y hablar.

¿Por qué no se puede vivir como si algunas cosas nunca hubieran sucedido, ignorantes del qué sucederá mañana sin sentir dolor si te detienes en el ayer? ¿Y por qué un daño superior no resta importancia al ya vivido?

El ser humano es egoísta. Los dramas personales siempre ganan a los ajenos por mucho que el ajeno sea el de a quien ames por encima de todas las cosas.

Tenía que agilizar el trabajo y marcharse a casa. No podía soportar prolongar la agonía un día más.

Sentirlo cerca, dormir a su lado, robarle besos descuidados es la más dulce de las agonías. ¿Cómo algo llamado dolor puede ser hermoso?

Antes de salir llamó a Marta. Estaba a la espera de una rueda de prensa, sabía que tenía unos minutos como para poder entretenerla.

—M, ¿puedes avisar a David? Lo mismo tiene que recoger a Álex en mi casa.

—¿Qué narices vas a hacer, Zoe?

—Hablar, Marta. Solamente hablar.

—¿Y por qué hoy? No hace ni veinticuatro horas que está en tu casa.

—Porque anoche dormimos como siempre, porque me ha mandado un email y porque lo besé. Dos veces. Sin que él lo supiera. Pero sí lo supo. ¡Soy idiota!

—Lo eres, y masoquista también eres. Y subnormal.

—Gracias, ¿y algo más?

—¡Joder, Z! ¡Os queréis!

—Amar no es perdonar. Y yo necesito que nos perdonemos mutuamente, empezando por mí misma. Debo asumir errores y él también.

—Se te ha metido en la cabeza quitártelo de en medio.

»Una vez en una entrevista alguien me dijo: «Solo se ama lo que te quita el sueño» y eso es una gran verdad, Z. Los sueños siempre tienen que estar por encima del miedo a perder.

—Esto no es una lección de vida solo para mí, ¿eh? Duele. Mucho. Duele tenerlo cerca, duele tenerlo lejos y me duele demasiado la culpa. No puedo crearle más falsas esperanzas. Si es el hombre de mi vida estará ahí para mí.

—Me da tanta pena... De verdad. Pero en parte y aunque me joda reconocerlo, tienes razón.

Tenéis que curar vuestras heridas, sea cual sea el camino que toméis.

—Recuérdame que el mundo no acaba en Álex, ¿vale?

—El mundo empieza en ti, Z.

—Gracias. No quiero seguir hablando de esto aquí, ¿te importa? Me he salido al pasillo y estoy a punto de romper a llorar como una gilipollas.

—Tranquila, luego voy a verte. No adelantes acontecimientos.

—Los acontecimientos, amiga, vienen con retraso.

Hablar con Marta conseguía que sus nervios se aplacasen y que al menos la intranquilidad fuera controlada, para así asimilar una situación de la que posiblemente ya conocía la respuesta

Empezó a recoger sus cosas para poder marcharse a casa a afrontar los problemas con cabeza por una vez en su vida, problemas que existían aunque no quisiera, problemas que a ojos del mundo pueden parecer una minucia, pero ¿quién es capaz de soportarlos si les toca en primera persona? Quizás unos pocos privilegiados que no conocen esa forma tan real y complicada de amar. Expertos consejeros e inútiles a la hora de aplicárselos.

Viajar por la memoria cuando esta aísla el dolor a un segundo plano y te pone en primera fila lo bello de las situaciones vividas consigue impedir que te enfrentes a la realidad con total conciencia. Tenía que ordenar su mente, cimentar sus ideas y ser consciente de toda y cada una de sus palabras. No quería hacerle daño, tampoco quería hacérselo a sí misma. Ya habían sufrido bastante.

Sin saber cómo se sorprendió mirando las fotos de su primer viaje largo juntos. Todas archivadas en su ordenador en la carpeta San Gimignano, en plena toscana italiana.

Las torres medievales, su verde tan verde, la gente tan cercana, sus rutas en un destartado coche de alquiler, sus risas por todo y por nada... Fotografías que la transportaban a un gran momento por el que no le importaría dar su diminuta fortuna si eso la hacía repetir.

El amarse, el besarse sin vergüenza en cada rincón de piedra, el pasear cogidos de la mano y el estar allí por el mero hecho de estar el uno con el otro, importando poco todo lo demás.

De ese viaje sacaron dos cosas claras: beber en Italia es muy caro pero por otro lado, les compensó, pues se enamoraron de la Toscana y en la Toscana.

Recordó cómo se quedaron con ganas de viajar al sur y ver la Luna de Sorrento de la que habla Tina Arena en su canción, empaparse con sus historias de sirenas y ver el Mediterráneo desde el lado opuesto.

Se obligó a apagar el ordenador. Si seguía viendo imágenes del pasado posiblemente no hiciera nada por solucionar el entuerto que tiene por vida.

...

Estuvo parada en la puerta de su casa más de cinco minutos. Con la llave en la mano mirando fijamente la cerradura sin saber si insertarla y hacerla girar o darse la vuelta e irse a tomar un poco el aire.

Se recordó en la noche que eligió marcharse con Álex tras encontrarla en aquel bar lleno de gente cuando no lo conocía de nada. Se fue con él por culpa de un mental «quien no arriesga no gana». El mismo que iba a volver a usar en aquel preciso instante.

Insertó la llave y entró. Soltó con cuidado la bolsa de trabajo al lado de la puerta como solía hacer habitualmente.

Álex estaba viendo algún programa de cómo se fabrican determinados objetos en cadena. Se acercó a él, se sentó en su lado opuesto del sofá y lo saludó con desánimo.

—¿Has tenido día duro? Tienes cara de cansada.

—No, la verdad es que ha sido más tranquilo de lo que esperaba.

—¿Has recibido mi email?

Asintió.

—Pero no me has contestado.

Negó con la cabeza al tiempo que se miraba la punta de los pies.

—¿Qué pasa, Z?

Se giró para poder mirarlo a los ojos, con seriedad y un pellizco aprisionando la boca de su estómago.

—Lo de anoche... —se detuvo un segundo para ordenar las palabras y no perderse en su propia sentencia— no fue un hola, Álex, fue un adiós. Me encantaría que nada de esto hubiera pasado, poder borrar los últimos meses y seguir nuestra vida en común donde la dejamos cuando yo era ignorante de todo. Pero no puedo hacerlo. Tenemos que seguir y ser conscientes de nuestros actos. Porque si continuamos como si nada hubiera pasado a la larga no nos haría más que daño, y lo sabes.

—¿Puedo opinar algo en todo esto? ¿O es que ya tienes planeado el futuro de los dos por anticipado?

—Solo me estoy sincerando contigo. No quiero seguir engañándonos.

—¡Estoy aquí, Zoe! ¡Estoy aquí contigo! ¿Acaso eso no significa nada?

—Significa lo mismo que el que yo no me haya separado de tu lado. Eres la persona más importante de mi vida y eso no lo puede cambiar nada ni nadie.

—No te entiendo. No estoy entendiendo absolutamente nada. ¿Me lo explicas, por favor?

—Álex, me siento mal. Tenerte cerca es muy difícil para mí ahora mismo.

»Durante mucho tiempo, más del que sabes e imaginas, me he sentido engañada, ultrajada... Vale, sí, a lo mejor ahora parece exagerado pero me sentí así y te alejé de mi vida por necesidad. No quería verte, no quería que existieras. Te dije que no quería volver a verte y ¡te lo dije de verdad!

»Encima, casi que se convierte en una realidad. Mi subconsciente te gritaba ¡Muérete! ¡Púdrete! Y has estado a punto de... no... Mira, lo siento —se pasó la mano por la sien—. Ya me quedo yo conmigo y asumo las consecuencias de mis errores. Ambos tenemos que hacerlo.

Álex elevó su tono de voz.

—Fue un maldito accidente, Zoe. Un puto despiste, ¿no lo ves?

—¿Y tú no ves que lo dejamos antes de que tuvieras tu maldito accidente? ¿Qué casi te matas y yo pensando que éramos dos las que sufríamos por eso? ¿Quieres abrir los ojos de una puñetera vez y ver que eres un cobarde que no ha tenido narices de enfrentarse a la verdad? Te ha importado muy poco lo que dejabas en el camino.

—¡Pero ahora ya sabes la verdad! Estás siendo muy egoísta.

—¿Y tú me llamas egoísta? ¿Me has contado tú esa verdad? Te di la oportunidad. Te rogué que me contaras si había algo más con el tema Víctor. Y no, no había más que contar. Fuiste consciente de ello, cada día, cada segundo. ¿Y sabes más? Me importa una mierda que Víctor sea tu cuñado, al igual que no me importa que tengas una hermana encantadora y un sobrino de casi dos años. Quiero que seas feliz. Que seas feliz tú y sin tener que elegir.

—Yo era feliz a tu lado.

—Era. Tiempo pasado. Ahora hasta necesitas que mi padre te diga cómo me comporto...

»Te has acostumbrado a mi vida Álex, y ya está. Pero necesitas a más personas para ser feliz, y yo no te puedo culpar por eso. Es más, no lo voy a hacer.

—¿Piensas que si no me importaras estaría aquí ahora y como estoy?

—¿Ves? Ya no fue un maldito accidente. Sigue siendo un puto despiste, pero por tener la cabeza, ¿en dónde?, ¿en cómo solucionar este entuerto?, ¿en cómo volver a ser tú y yo si ya ni recordamos cómo y cuándo lo fuimos?

—Se te está yendo de las manos, Z.

—A ti se te fue hace algo más de un año. Yo no he hecho las cosas bien. Asumo mi culpa. Pero tú tampoco lo has hecho bien.

—¿Qué cojones quieres que haga, Zoe? ¿Qué? No sé qué hago aquí de verdad... No sé ni cómo se me pasa por la cabeza pensar que podemos solucionar esto sin montar un drama.

—¿Que no sabes qué haces aquí? Huir de los problemas, Álex, sin duda. Llevas año y pico haciéndolo y eso a mí me está consumiendo por dentro.

Se puso de pie e intentó correr a recoger su bolsa olvidando el estado de su hombro y el de su pierna.

—Ten cuidado.

—¡Déjame en paz!

—Álex, yo no quiero que te vayas de mi vida.

—¿Entonces? ¿Qué cojones es lo que quieres? ¿Machacarme con que no te haya contado que tenga una hermana? No te lo conté porque sabía que te dolería. Porque te comportas como el perro del hortelano... un constante sí pero no. ¡Ya sé que no hice las cosas bien! ¡Ya lo sé! Te pedí perdón. ¿Me lo vas a hacer pagar toda la vida?

Intentaba no romper a llorar y ser elocuente con cada palabra.

—Álex... no hemos pagado ni una sola de nuestras deudas. Ni tú ni yo. De todas nos hemos librado por tablas. Sucedió el accidente y...

—¡Mírame! —gritó — ¿Por tablas? ¡Lo estoy pagando con creces!

—Es la segunda vez que me dices a la cara que yo soy la culpable de lo que te ha pasado. Se ve que tenía varios perros el hortelano. Primero no soy culpable y ahora lo soy por dos veces. A ti no sé, pero a mí esto me duele.

—No te duele, Zoe. No te duele. Lo mismo te dolió, pero ya no. Ya no te duele nada. Tú tomaste la decisión sobre esto hace mucho tiempo. Cerrar puertas para no abrirlas. ¡Lo llevo marcado! Yo no pinto aquí una mierda. Aquí solo mandas tú. Es tu decisión, ¿no? La correcta.

—Intento que sea nuestra decisión, de verdad.

—Se te nota.

—Tiro la toalla, Álex. Lo siento. Es verdad, me dolió. Cerré las puertas para no abrirlas, y aquel día, lo nuestro, se acabó. Es cierto. Jodidamente cierto.

Las heridas cuando se abren emanan mucha más sangre. Zoe estaba destrozada y no era más que por su propio narcisismo del dolor. Llevaba tanto tiempo viviendo en ella que se había convertido en parte esencial de su vida.

—¿Qué tal si soy yo ahora el que te digo que no quiero volver a verte?

Fue tras él.

—¿Dónde vas?

—Me voy, Zoe. Llamaré a David para que pase a recoger mis cosas. Si no te importa, tenlo todo preparado para cuando venga.

—No terminemos así. No sin mirarnos a la cara y con enfado, por favor.

—¿Sabes que pasa, Zoe? —La miró a los ojos con esa seriedad que asusta—. Que ahora

soy yo el que no quiere. Y contra eso ya no puedes hacer nada.

—Como le dijo el perro al hueso: Tú estás duro y yo tengo mucho tiempo.

—Es el momento idóneo para soltar una frase hecha. Ahí va la mía: Me niego a vivir discutiendo. Alex Alós. Me voy, Zoe. Esta vez de verdad.

Y se marchó, solo, sin avisar a nadie. Con una pequeña bolsa de deportes, su cartera, el móvil y las llaves de su casa. No se había llevado el cargador del teléfono, ni ropa...

Zoe se sentó en el sofá sintiendo todo el peso de su cuerpo, recostándose hacia delante y dejando caer la cabeza entre las manos. Recordar mentalmente cada palabra de la discusión era prácticamente imposible, solo era capaz de detenerse en sus «Ahora soy yo el que no quiero», «Me voy» y «Esta vez de verdad».

¿En qué escala se mide el dolor?

Tal y como dicta el dicho «Nunca amarás más que la última vez que lo hagas», y el sufrimiento, en su caso, no es menos.

No lloraba. No tenía fuerzas para hacerlo. Cansada, destrozada y desilusionada, elevó sus piernas, se abrazó a sus rodillas y pasó el resto de la tarde en modo autista, intentando pensar en algo sin forma definida con la vista clavada en una esquina de la mesa. Deshecha por dentro, rota de amor y siendo la derrotada de una historia por la que nadie había luchado. Ni siquiera ella. Nunca le gustaron las guerras, y mucho menos las que van en forma de pareja.

Siempre meditaba la forma de hacer el menor daño posible cuando sabía que este llegaría para quedarse, pero su caminar había sido tan quebradizo durante toda su existencia que no era capaz de diferenciar cuando se encontraba en la buena senda.

Marta apareció como siempre, sin avisar. Se sentó a su lado sin que Zoe hiciera el mínimo esfuerzo por cambiar de postura, mirarla, o contestar a sus palabras.

—¿No me vas a decir nada? ¿Vas a estar así toda la noche? Pues que sepas que no me pienso mover de aquí hasta que te dignes a hablar, explotar o lo que te dé la gana de hacer.

Cogió una revista de moda que llevaba consigo y se puso a hojearla con detenimiento. Zoe seguía sumida en un autismo constante pasada una hora.

—Veo que esto va para largo. No te voy a decir que no te muevas porque sé que no lo vas a hacer, así que vengo en dos minutos.

Salió con las llaves y volvió casi al instante con el pijama puesto, el neceser, el cargador del móvil, el bolso, una muda de ropa interior y ropa limpia para el día siguiente. Cuando vives en modo autista pierdes la noción del tiempo.

—Bien. Ahora sí. Quédate sin hablar todo el tiempo que quieras, he traído mis provisiones.

Pasaba de la media noche cuando llamó David, el teléfono de Zoe no había sonado desde que ella estaba allí. Se levantó del sofá y se dirigió a la cocina para que la conversación fuera algo más privada con indiferencia del estado de Zoe.

—¡Hola, amor! Está hecha polvo. No ha dicho ni una palabra desde que he llegado y quién sabe cuánto tiempo lleva así... ¡Ya! Pero ya sabes como es. ¿Y él? ¿Habéis hablado mucho rato? Bueno, tiempo, vida... No, no. No me voy a mover de aquí, claro... ¿Hablamos mañana? Sí, mucho, lo sabes. Yo también a ti... Descansa.

Al darse la vuelta, Zoe caminaba hacia ella. Tenía los ojos hinchados de aguantar el dolor.

—Eres cursi cuando te enamoras —le reprochó con voz seria.

—¿Verdad? No me soporto. ¿Ya has recuperado el habla?

—Me hago pipí.

—¡Vaya!

Se encogió de hombros.

—Es la verdad.

Como la vida, las relaciones de pareja son complejas. Cuando tras la ruptura llega el despido indeseado, la forma de amar sufre cambio brusco. Desprenderse de lo deseado es muy complicado y echar fuera lo indeseado lo es aun más. El amor se intensifica casi tanto como el sufrimiento, y la incertidumbre sobre el qué pasará no es más que la fase número uno de las etapas del dolor.

Marta llamó a la puerta del baño viendo que tardaba.

—¿Estás bien?

—Está abierto...

—¿Qué haces que no sales?

—Nada en particular. Pensar.

—¿En?

—Curiosamente en nada en particular. ¿Cómo está Álex?

—¿Cómo estás tú?

—¿Cómo está Álex? —suspiró—. Podemos tirarnos así toda la noche si quieres.

Marta se sentó en el suelo.

—Jodido. Ha estado un rato hablando con David, pero no le ha contado mucho. Dice que tú ya lo tenías todo decidido cuando has llegado hoy.

Elevó las piernas al WC.

—Si algo tenía claro o tengo claro es que no quiero perderlo. Solo le fui sincera y creo que por una vez tuve... la certeza de ser consecuente con cada cosa que le decía.

—Pero se ha ido.

—¡Claro que se ha ido! Posiblemente yo también lo hubiera hecho. Me siento fatal, Marta. Lo quiero mucho. No sé si estoy cometiendo el error de mi vida. Tengo la sensación de haber estado mucho tiempo andando con una piedra dentro del zapato que, aunque no hacía daño, era muy molesta a la hora de andar. He sacado la piedra...

—Y has tirado el par de zapatos.

—Eso es lo que no sé. ¿Los he tirado?

—No sé qué ha hablado David con él, Z, pero si alguna vez me entero, no creo que te lo deba contar.

—No te estaba preguntando eso. ¿Crees que estoy loca por haber querido que paguemos nuestros errores?

—Mi opinión importa poco, pero si te sirve de ayuda te diré que me parece una actitud valiente. Te arriesgas a perder lo que más quieres por hacer las cosas bien. Eso es admirable.

—Es más egoísta que admirable. Si hubiéramos seguido habríamos pagado los platos rotos en la siguiente bronca. La caída desde lo más alto duele mucho más. Y si ahora duele, no me quiero imaginar cómo sería entonces. Además, ¿por qué no lloro? Si me estoy deshaciendo por dentro, si lo echo tantísimo de menos y se acaba de ir, si me da miedo enfrentarme a doblar una de sus putas camisetas, si... -rompió a llorar—. Soy gilipollas.

—Por eso no llorabas. Porque solamente necesitabas dejarlas y aunque no lo creas, las lágrimas cuando están dentro, internas, son peores que las externas. Tenéis que daros tiempo, sin saber el uno del otro. Tenéis que echaros de menos.

—En eso le llevo ventaja. Habló con mi padre, Marta.

—¿Y? ¿Qué hay de malo en eso?

—Tal vez falta de costumbre. No quiero ser víctima de confesiones ni la persona por la que

reciban consejos sentimentales y menos de manos de mi padre.

—Hay que tener dos huevos para pedir consejo a un padre, ¿eh? Lo fácil es tirar de amigos.

—¿Me ayudas a guardar sus cosas y te cuento todo?

—No es que no te quiera ayudar. Creo que es algo que tienes que hacer tú sola y no ahora.

Ahora no estás en condiciones. Además, hay cosas que yo como amiga no debo saber ni ver, y esta es una de ella.

Se secó las lágrimas.

—Es verdad. Había olvidado que odias hacer maletas.

»Deberías dormir. Es tarde y mañana trabajas.

—¿Y tú?

—No tengo sueño. Pero me acostaré, mañana iré a trabajar y voy a cogermé esas vacaciones que no me he cogido este año. Me vendrán bien.

—Eres... ¿Crees que te vendrá bien encerrarte en casa, llorar por las esquinas, ver fotos del pasado y cantar *All By Myself* como Bridget Jones?

—A ella le vino bien. Aunque yo no fumo, apenas bebo y estoy más delgada.

—Claro...

—Estaré bien. Al menos con tiempo, y tranquila, no me voy a quedar en casa. Iré a llorar a la de mi vecina, porque... ¡joder! no quiero perderlo y ahora mismo está todo perdido.

»En fin, ¡vamos a dormir, anda!

Zoe entró en el lado opuesto de la cama. El lado que usaba Álex o el que ella nunca usaba. Le costaba dormir en lugares cambiados, pero no quería que Marta violara su espacio.

—Conozco tu lado de la cama...

—Ni se te ocurra decir nada, Marta. Esta noche, no digas nada.

—Masoquista.

Imitó su voz.

—¡Hola, amor! Tiempo, vida... ¡Enamorada!

—Vale, me callo.

En el silencio que invade el espacio, su vida y lo que sin duda era una noche más, cuando la ciudad dormía y el hombre al que amaba no se encontraba a su lado, con lágrimas, y voz contenida sentenció:

—Gracias... gracias de verdad.

Y fue Marta quien con aire tranquilizador, acariciara su espalda.

Jugar contra el destino es absurdo. Él siempre sabrá cuáles son tus cartas.

CAPÍTULO 13

No fue un hola

—¿Dígame?

—Hola... soy la chica que cierra puertas para no abrirlas.

—¿Desde dónde estás llamando?

—Desde una cabina. Ni recuerdo la última vez que usé una, pero no quería arriesgarme a que no me contestaras.

—Haber probado.

—Quería saber cómo estabas.

—También podías haberle preguntado a tu padre.

—No quiero meter a mi padre en esto. Te echo de menos.

—Una semana y me echas de menos. Qué bien.

—Hace mucho que te echo de menos. Mucho más que una semana... Muchísimo más. Me he cogido vacaciones...

—No entiendo esta llamada, ni nada, la verdad.

—Intento que pase el tiempo, que ponga las cosas en su sitio y conseguir que no te alejes de mi vida. Al menos no como te fuiste de mi casa.

—Estoy en Barcelona, Zoe.

—¿Hasta cuándo?

—¿Te importa?

—Sí.

—No lo sé. No sé si me volveré en un par de días, en una semana, en un mes...

—Bien.

—Lo siento.

—Aprovecharé y te dejaré las cosas en tu casa y le daré las llaves a David, si quieres.

—Te lo agradecería. Deja las llaves también dentro, le diré a David que vaya a cerrar. Él tiene un juego de llaves.

—Alex... Te... —suspiró—. Quiero que estés bien, ¿vale?

—Yo también.

Quiso decirle que lo quería. Que no se alejara de su lado. Que la enseñara a luchar en busca de esa felicidad que sabe que existe y a la que no sabe llegar sola. Que la enseñara a no ser una buscadora de abismos y sufrimientos.

Quiso decirle que lo quería y se quedó en intento.

Dos minutos después y dos euros menos, calle abajo, supo que no debía haberlo llamado.

Era un plan perfecto: lo llamaría, él se alegraría de escucharla y hablarían un poco de lo humano y lo divino para que, con el tiempo, todo volviera a ser lo que fue.

Lo había llamado, había sido distinto a lo planeado y aunque sabía que no debía haberlo hecho, se alegraba de haber podido escucharlo de nuevo.

Quería saber todo de él pero, ¿irse a Barcelona? Eso prefería no saberlo. Quería tener la incertidumbre de encontrárselo en la puerta del Berlín, saliendo del gimnasio o comprando en el supermercado. Quería que la casualidad los llevara a la coincidencia. Quería ser ignorante de que irremediamente él se estaba alejando cada vez más de su lado y que, lo mismo, hasta se estaba acostumbrando a no tenerla.

Estaba emprendiendo un camino a la comprensión personal, al intento de recuperación, alejarse del drama y hallar el centro que la llevara a la tranquilidad personal.

La tranquilidad personal la tenía a su lado.

Le había costado mucho llegar a esa conclusión y cuando lo vio alejarse, lo supo.

Lo supo la primera vez que se fue, la noche antes del accidente. Lo supo la segunda, cuando él malinterpretó sus palabras, las que por primera vez fueran sensatas, y las que consiguieron que de nuevo se apartara de su lado.

Lo sabe ahora que la distancia es su destino.

Con la vista gacha y entrando por el portal de su casa Marta llamó su atención.

—¡Z! ¿De dónde vienes?

Venía de la redacción más tarde y cargada que de costumbre.

—De seguir montando mi puzle de errores. Lo he llamado.

—¿Desde la calle? Ayúdame a subir esto y me cuentas.

Le cogió un par de bolsas.

—Lo he llamado desde una cabina. Está en Barcelona.

—Lo sé. Me lo dijo David y yo también me habría ido, Z.

—Ya lo sé, Marta. Me habría ido hasta yo. Pero... —soltó un bufido—. Estoy intentando hacer las cosas bien. ¡De verdad! Pero las empeoro con cada paso. Ya no sé qué hacer.

—No corras tanto. Voy a poner agua a hervir para unos té. Se me acaba de ocurrir algo.

—Miedo me das.

—Haz la maleta que te vienes a Málaga. Tengo que ir al partido de básquet, mi habitación es doble, está cerquita de la playa, tú estás de vacaciones y no tienes excusa. Yo te saco el billete junto con el mío para mañana. Además, te vendrá bien.

—¿Y David?

—David tiene trabajo, no viene a este viaje. Además, lo entendería. Es un tío sensato y me quiere.

Le apetecía ver el mar. Le vendría bien cambiar de aires aunque solo fuera por algo más de un día. Comer bien, el olor a sal en otoño y Marta.

—Ya sé qué te quiere, amor —volvió a imitar su voz.

—¡Eres insoportable!

- Lo sé.
—¿Te vendrás?
—Está bien, me iré contigo. Pero olvídate de que vaya al partido, por ahí no paso.

...

Desde la ventanilla del tren de alta velocidad podía ver la vida a toda prisa, como la suya. Marta a su lado, trabajando con el portátil, y ella con un libro en las piernas del cual no había pasado ni una página.

En Atocha estuvo a punto de decirle a Marta: «¿Y si me voy a Barcelona en vez de a Málaga?».

No habría sido capaz de hacerlo, y en el hipotético caso de haberlo hecho, no habría llegado a salir de la Estación de Sants. Se habría vuelto a Madrid en el primer Ave, porque en el fondo era una cobarde con una maleta repleta de miedo.

¿Pensaría Álex en ella? ¿Habría llorado en soledad como ella? Nunca lo había visto llorar. Él era la parte coherente de su dolor. Siempre lo había sido.

El vagón estaba lleno de gente entregada a la película que se proyectaba en las pequeñas pantallas, en cambio, ella no se podía concentrar en nada.

Se había convertido en una buscadora de dolor, tanto, que estaba dando pena y no quería eso.

Estaba dispuesta a escucharse a sí misma, a enfrentarse a su interior y al por qué de tanto daño indirecto. ¿Tan malo era todo? No y sí.

Había vivido una constante de drama como migas de pan que marcan un camino perdido.

—Deja de pensar, anda.

Sonrió.

—Estoy bien, M. Empiezo a estarlo al menos.

—Me alegra escuchar eso —hablaban en voz queda—. Lo echas de menos, ¿eh?

Zoe asintió intentando dibujar una sonrisa inocente.

—¿Por qué Álex? ¿Qué lo hace ser él?

—¿Por qué David? ¿Qué lo hace ser él?

—Teniendo en cuenta que estoy muy bien, te daría mil y un argumentos.

—Es curioso, teniendo en cuenta que estoy fatal te puedo dar mil dos.

—Argumenta. Eso te hará desahogarte.

—¿En un tren lleno de gente?

—¿Conoces a alguien aquí? Porque yo no. Así que me importa una mierda lo que quieran pensar, Z. Desahógate. Vomita palabras, alábalo, ódialo, amalo, destrúyelo. Tienes hora y media de viaje y, como esto lo podemos denominar tierra de nadie, cada palabra que digas se quedará en un punto perdido de Castilla La Mancha.

—¿Y qué quieres que te diga? ¿Que sigo acostándome abrazada a una almohada? ¿Que apenas duermo porque me falta su respiración cerca?

—Por ejemplo, y el por qué lo echas de menos, también estaría bien.

—Porque él es mí bien. Me hace bien. Soy mejor persona cuando está él. Echo de menos todo, lo busco en las arrugas de la cama, en las del sofá...

»Echo de menos hasta sus manías absurdas, como meter el café con el asa de la taza

perfectamente colocada a la derecha y cómo se cabrea si acaba de calentarse quedando a la izquierda. Siempre lo para antes de acabar si sabe que esto va a pasar. Es muy trocho a veces. Su manía de rascarse el costado derecho antes de levantarse de la cama y lo gilipollas que parecía cada vez que me llamaba «mi niña» —sonrió—. Echo de menos todo... es un amante increíble.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Ese dato es irrelevante!

—Ya, pero lo es, y siempre dispuesto.

—Pero, ¿qué cojones? He dicho que ese dato es irrelevante, y ahora multiplicado por dos.

Sonrió.

—Hemos tenido mala suerte. Yo empecé a darle demasiada importancia a cualquier cosa sin importar que la tuviera o no, y nos degradamos.

—No lo hagas un santo. Cada cual tiene su culpa.

—No lo hago un santo, Marta. Pero bien es cierto que yo me he hundido más que él y he montado en cólera sin dar explicaciones. Me aparté. Cuando Cristina apareció me aparté. Debí haberme enfrentado a eso.

—Cuando las cosas pasan, Z, nos encontramos con todas las soluciones en nuestras manos y, ¿sabes lo mejor? Que la solución que utilizaste en ese momento fue la correcta. Para ti al menos en ese momento lo era. Quédate con eso.

Agachó la cabeza.

—No sé qué decirte... Lo quiero. Es el hombre de mi vida y no quiero pensar que ya no está. Soy una yonki del dolor, Marta. Siempre he buscado el sufrimiento. Es una necesidad. He vivido así toda mi vida y Álex parece que ha agotado todas las ilusiones como para ni siquiera volver a intentarlo.

—Eso no lo sabes.

—Solamente sé que yo no quería que se fuera de casa. Te prometo que intenté ser coherente con cada una de las cosas que le dije, que ya no estaba enfadada con él, pero no habíamos pagado nuestros errores... Intenté ser sincera y lo aparté de mi lado. Solo espero tener otra oportunidad que me haga resarcirme.

—Tienes que ser paciente.

—Lo seré.

—Estás aguantando como una campeona, ¿eh?

—Me da mucha vergüenza llorar en público, lo sabes. Ya llegaré al hotel, que esto yo me lo guardo para luego.

—Lo mismo te estás acostumbrando a ser fuerte.

—No, pero voy a luchar, M. Primero por mí, luego por él, y más tarde por los dos. Nos merecemos ser felices.

»Yo quiero serlo a su lado, sólo me falta saber si él quiere serlo al mío.

—Pues ya me contarás cómo piensas hacerlo...

—No voy a dejar que el tiempo me obligue a olvidarlo.

—Tranquila... ya encontrarás esa felicidad que tanto ansías.

—¿Sabes? Si algún día vuelvo a ser plenamente feliz, bailaré bajo la lluvia. Solo alguien que es plenamente feliz puede hacerlo.

—Eso quiere decir que una vez lo has sido.

—Eso quiere decir que una vez lo fui y no supe verlo.

—Pues volverás a serlo.

—Eso no lo sé.

—Tiempo...

Asintió sonriendo irónicamente:
—Tiempo...

El hotel era espectacular y las vistas mucho más. Cerca de la playa de La Malagueta, donde el olor a sal lo invadía todo.

El cielo de Andalucía es muy distinto al de Madrid. El celeste es más intenso y aunque el ambiente sea frío, el sol incita a salir, a pasear y a disfrutar.

Habían comido algo rápido en la estación de tren, pues Marta llegaba directa para irse a trabajar. Si querían hacer algo de turismo juntas, tendrían que esperar a la mañana.

Le apetecía de sobremanera meterse en la enorme bañera junto con una copa de vino, recordar, llorar, cerrar los ojos y sumirse en el silencio que le ofrecía la soledad. Pero en aquella habitación no había copas, y el vino del minibar no le daría de sí tanto como quisiera.

Cogió su abrigo, un bloc de notas que llevaba en la maleta y se fue a dar una vuelta por la playa aprovechando su cercanía.

El viento que alborotaba su pelo era húmedo. A lo lejos podía divisar a un chico haciendo *footing*, a un señor mayor paseando con su perro y a un par de novios en la avenida comiéndose a besos. Por la arena de la playa solo estaba ella. Con las bailarinas en las manos y los pantalones remangados, caminando por la fría arena y observando con detenimiento la calma que ofrece el mediterráneo, más verde que azul, más gris que verde.

Mojó los pies en la orilla pero no aguantó mucho. El agua estaba helada.

Estaba rodeada de paz, pero en su interior habitaba un remolino de sentimientos perdidos a los que quería poner un rumbo fijo.

Soltó los zapatos con cuidado sobre la arena, se sentó mirando al mar, abrió el bloc de notas, buscó un bolígrafo en su bolso, se pasó el reverso de la mano por los ojos y buscando esa cordura que daba por perdida, comenzó a escribir su «abecedario inverso y personal».

Lloró tirando de recuerdos tal y como había sentenciado en el tren, sonrió gracias a otros, y en lo más profundo de su corazón sabía lo que quería.

Cuatro páginas después y con el sol prácticamente escondido, sentía que había logrado vaciarse.

Con el mar de testigo se prometió volver a ser ella. Recuperar la sonrisa que escondía entre tanta tristeza, y, sobre todo, se prometió que aprendería a ser ella por sí misma, en femenino y singular. Porque sabía lo que tenía hoy, y porque lo mismo eso era lo que iba a seguir teniendo mañana, indiferentemente de lo que fuera por lo que luchara.

La avenida en la que se encontraba el hotel estaba repleta de tiendas. Entró en un supermercado donde compró un par de botellas de vino y un sacacorchos. En otra tienda donde vendían menaje del hogar compró un par de copas y con la cabeza puesta en un caliente baño de espuma y vino puso rumbo al hotel con una sonrisa, tranquila y serena.

Llenó la bañera, abrió una de las botellas y se sirvió una copa. Buscó en los canales de televisión algo de música.

Encontró un canal extranjero un concierto de blues en directo. No tenía ni idea de quienes eran, pero sonaban bien.

Preparó el pijama, acercó una banqueta pequeña que había en el baño a la bañera y en ella colocó el móvil y la copa de vino. Cuando la bañera formaba una gruesa capa de espuma y humo se sumió con cuidado en su interior.

Pasados diez minutos de recuerdos y carencias, escuchó la puerta de la habitación y la voz de Marta anunciando su presencia.

—¡Hola! ¿Estás visible?
—¡Estoy en la bañera, pero pasa!
Abrió la puerta y una brisa fría invadió el baño expulsando todo el vaho al exterior.
—Welcome to hell. ¿Y este vino? ¿Te estás planteando ganar eurovisión?
—Sabes que lo mío siempre ha sido cantar mal. ¿Qué tal el partido?
—Han perdido, para variar. ¿Y tu tarde?
—Genial, muy productiva. He paseado por la playa, he comprado vino y copas... Me ha venido bien esto, gracias.
—Me alegro. Me voy a servir una copa yo también entonces y de pijama nada. Tenemos que bajar a cenar.
—Ya. Pero pensaba que tardarías más.
—Si hubiéramos ganado... pero con la emisión digital en directo, escribiendo cada minuto del partido y lo malísimo que ha sido ha conseguido que pueda librarme de tener que quedarme a las entrevistas y demás.
—¿Así que esta es tu vida de viajes normalmente?
—No exactamente. Ahora tendría sexo apasionado con mi novio.
—Creo que no puedo ayudarte con eso.
—Bien, ahogaré mis penas en vino. No tardes, me muero de hambre.

Las sonrisas vuelven indiferentemente de que estemos en invierno.

—Hola, Z...
—¿Cómo estás? ¿Estás bien?
—Estoy mejor. Gracias .

CAPÍTULO 14
Primero por mí, luego por él y más tarde por los dos

Es difícil acostumbrarse a la soledad, pero desde que pasara esos dos días fuera de Madrid con Marta se prometió ser de nuevo ella en las distancias cortas y se permitió ignorar qué era eso que el destino le tenía planeado.

Era el undécimo día del mes de diciembre. Madrid ya había sido adornada con luces de navidad y villancicos por doquier. La gente empezaba a ser más amable de forma incomprensible y además de todo eso, era el cumpleaños de David.

Hacía algo más de dos semanas de la llamada que le hiciera a Álex y un mes desde que lo viera por última vez.

Cumplió lo prometido a duras penas. En una maleta suya le metió las cosas que tenía en su casa y se las llevó a su piso.

Fue muy duro despedirse de esas paredes que tanto saben, de su habitación donde dejó la maleta, de su sofá donde las tardes eran infinitas, de su baño donde normalmente había *post-it* cargados de amor, de su cocina con olor a café, de su mesa del salón donde dejó un sobre con las llaves y su chaqueta de piel marrón.

Dejarla allí fue como desprenderse de lo poco que le quedaba de él. La abrazó en silencio, la olió, la respiró, se guardó ese recuerdo y se marchó.

Este nuevo tiempo de soledad y costumbre le había permitido rescatar la identidad que creía perdida. De nuevo, podía bromear con Marta, sentada en el sofá con un *Gin Tónico* en la mano, tal y como hicieran antaño.

—Z, dime algo sucio.

—Tu pelo.

—Tú sí que sabes decir cosas que me llenan. —reían.

—Por eso cada día estás más gorda.

—Dime algo sobre mis ojos.

—Son como los reyes magos, el tercero es negro.

Marta soltó una sonora carcajada al tiempo que la abrazaba a ella.

—¿Sabes que te adoro?

—Es mutuo, amiga.

—Bienvenida de nuevo —le dijo al tiempo que alzaba la copa, el mismo en que sonaba la puerta.

David desde el salón hablaba con entusiasmo.

—¡Has venido!

—No me perdería tu cumpleaños por nada del mundo.

Allí estaba. Con la misma chaqueta de piel marrón que tantos secretos guarda. La del aroma impregnado, la de los recuerdos, la que le dejó sobre su mesa con muchas promesas perdidas.

Zoe miró a Marta.

—Tranquila, estoy bien.

—¿De verdad?

—Sí... no... sí.

Álex la miró de soslayo y le sonrió, caminando hacia donde ellas estaban. Le dio un beso en la mejilla a Marta y otro a ella.

Cerró los ojos y lo respiró para guardarse ese olor también por si tenía que recordarlo en algún momento. Para aferrarse a él, añorarlo, respirarlo y de nuevo guardarlo.

—¡Dame tu chaqueta, Álex! —intervino Marta.

—Gracias —se desprendió de la chaqueta y volvió a mirarla—. Hola, Z...

—¿Cómo estás? ¿Estás bien? —Ya no llevaba el aparatoso cabestrillo. Tenía inmovilizada la parte superior del brazo con algo apenas apreciable. Había olvidado lo guapo que era...

—Estoy mejor. Gracias. Tú estás más delgada.

—Aunque se acerque la Navidad, sabes que no me gustan los dulces. ¿Quieres una copa?

—Me voy hacia... —señaló a David—. Hablamos, ¿vale?

Asintió

Pasó el reverso de su mano por la cara, soltó la copa en la mesita de al lado del sofá tropezando con Marta al girarse.

—Perdona.

—¿Estás bien?

—Sí, voy al baño un momento.

—¡Z!

—¡Que estoy bien! Voy al baño. ¿Quieres venir?

—No si estás bien.

De repente le iba a explotar la cabeza. Toda la presión se le había acumulado ahí. Los recuerdos habían vuelto a una velocidad desmesurada.

Se refrescó la cara con cuidado de no quitarse el maquillaje de los ojos ya que no quería hacer notar que de repente sí que se encontraba mal.

Tenía los ojos vidriosos y no era culpa del alcohol.

Marta llamó a la puerta del baño.

—Sé que no plantas pinos fuera de tu casa, así que abre.

Abrió.

—Qué delicada eres.

Entró y cerró la puerta tras ella.

—¿Estás bien?

—Está aquí.

—¿Y?

—Que no lo esperaba, nada más.

—Lo invitó David. Pero no sabíamos si vendría. Ayer estaba aun en Barcelona.

—Tengo el corazón a mil. Pero bueno, vamos a salir, que no quiero que piense nada raro. Además, esto es una fiesta, ¿no?

Marta abrió los brazos ofreciéndole un abrazo.

—No, que lloro.

Si difícil fue encontrar la estabilidad, más difícil fue fingirla. Sentada en el sofá con Marta, reía por algo que ni sabía, miraba de reojo a Álex y casi juraría que él también la miraba.

Quería correr hacia él, gritarle que nada merece la pena si no está él a su lado, y, sobre todo, que nada tiene importancia cuando todo lo que importa es él. Quería decírselo y no podía. Sus piernas pesaban dos toneladas.

Tenerlo allí, con su chaqueta de piel marrón descansando sobre una cama en la habitación de al lado en el piso de Marta era una clara muestra de que sabía todo y más que nadie de los que en esa sala se encontraban.

Tenía que marcharse. Si se quedaba allí no iba a poder aguantar mucho más.

Se levantó de nuevo al baño mirando a Marta.

—Te prometo que ahora tengo pipí —mintió.

Volvió a humedecerse la cara con cuidado, se maldijo delante del espejo y salió al salón

antes de levantar sospechas.

—¿Estás bien?

—Sí, pero espero que comprendas que no me puedo quedar mucho tiempo. Me iré en breve porque no me fío de mí misma. Me acabaré la copa y me iré sin que me vea.

—¿Por qué no vas a hablar con él?

—¿Aquí? Ni loca. Hemos estado un minuto solos y ha salido corriendo. Este no es el sitio... creo que yo no soy su sitio.

—No seas tan dura contigo misma, anda.

—Mañana hablamos, ¿vale? Hay cosas que no te he contado y creo que ya podré contártelas. Pero hoy tienes que disfrutar de esto y de David. Se lo merece —sonrió—. Voy a aprovechar que está hablando por teléfono en tu terraza, ¿vale?

—¿Lo que me tienes que contar es malo? ¿Estás embarazada? ¿Me preocupó?

—No, no y no —volvió a sonreír—. Ya te contaré, tranquila.

—Que sepas que en un rato bajaré a ver cómo estás. David no tiene por qué molestarse, aquí hay mucha gente.

—No tienes por qué hacerlo. Estaré... medio bien.

La abrazó y contuvo las lágrimas que palpitaban en su lagrimal luchando por salir.

—Gracias por soportar a esta imbécil desquiciada. Te quiero.

—Y yo a ti, idiota.

Cogió las llaves y el móvil y se acercó a David.

—Lo siento, David. Me tengo que marchar —le dio un suave beso en la mejilla—. Disfruta, y felicidades de nuevo. Despídeme de Álex, por favor.

Se marchó corriendo, con la atenta mirada de Marta clavada en su nuca. Estaba a punto de desmoronarse, de venirse abajo y de perder toda esa coherencia que tanto le había costado recuperar.

Sus nuevos cimientos inquebrantables estaban siendo construidos llenos de grietas y goteras.

Quería que Álex la tocara, la besara, que fuera hacia ella y que le diera la oportunidad que posiblemente no merecía. Esa por la que se había prometido luchar aunque le flaquearan las fuerzas.

Abrió la puerta de su casa con los nervios en la boca del estómago. Fue ver la maleta que dejara en casa de Álex en la entrada y que el corazón se le saliera por la boca. Sentía el palpitar de la vena de la sien en su cabeza.

Respiró profundamente.

La agitó. Estaba vacía.

Sobre la mesa distinguió cuatro hojas de papel mal dobladas que reconoció al instante. Se acercó, las cogió entre sus manos y arrodillada en el suelo, entre lágrimas, comenzó a releer lo que hacía no mucho ella le escribió aquella tarde al lado del mar.

Abecedario inverso y personal

De la Z a la A

Hace ya un tiempo que abandoné a mi cuerpo.

Quizás fuera una de mis posesiones más importantes, pero no por ello era de las más preciadas.

Soy una de esas personas que acaba dejando que las cosas importantes desaparezcan de su vida simplemente por cobardía.

No sé si sabes que la cobardía te ahoga e intentar respirar de nuevo lleva a la agonía.

Acostumbrarme a vivir así acabó siendo fácil porque lo que deseaba estaba cerca. Quiero que sepas que en ocasiones ese tipo de sufrimiento para mí era divertido.

No entiendo cómo algo que hizo tanto daño llegó a ser reconfortante en su momento... Porque ahora, con el paso del tiempo, el primer dolor que sentí es mucho más intenso.

Porque antes, tú, estabas a mi lado y los dramas siempre han sido algo muy mío.

Cuando el deseo se aleja y te quedas contigo misma a solas, toca aplicarse aquello de «Aprender a vivir conmigo y sin ti».

Y posiblemente, yo no pueda acostumbrarme a vivir conmigo, y mucho menos sin ti. Porque mi deseo eres tú y si estás lejos... ¡No quiero pensar en eso ahora! Porque ya estás lejos y esto dista mucho de ser una forma sana de vida.

Hoy comprendo todo lo que hemos vivido juntos. Siendo nuestra historia como la del chico, la madera y los clavos.

Por cada mala acción se clava un clavo en la madera. Por cada buena se quita uno.

Tal y como pasa con el chico en la historia, yo llené mi madera de clavos y me encantaría quitarlos y remendar los errores de mi maldito pasado consciente de que cuando mire la tabla estarán los restos de heridas y daño causado.

Hace ya un tiempo que abandoné a mi cuerpo en un lugar recóndito cerca del tuyo. Con él se quedaron mis ganas, mi vida, mi cordura y mi sonrisa.

Pero mi cabeza es complicada y posiblemente yo lo sea incluso más que ella.

Carente de mis mejores sentidos cerré puertas para no abrirlas porque no sé hacerlo de otra manera.

Y yo así no quiero vivir.

Quiero echarte de menos y que de repente, aparezcas.

Te estoy echando de menos y no es solo que no aparezcas, sino que ya, directamente, no estás.

Te regalo mis bienes más preciados. Los que nunca valoré, los que amo y los que ansío tener de nuevo a mi lado. Yo tengo tu cepillo de dientes.

Créeme que es el mejor cambio que he hecho en mi vida.

Junto a este testimonio tienes las llaves de tu casa y las que abren la puerta de la mía y que fueron tan tuyas como lo fue este hogar ahora vacío y sin vida cuando tú eras mi hogar.

Solo espero que el frío traiga consigo la suerte, te devuelvan a mi vida y abras esta puerta que yo cerré para nunca abrirla.

Soy emocionalmente inestable. Mis pensamientos son bipolares. Y posiblemente, tenerte en mi vida hoy sea algo inalcanzable.

Respetaré tu decisión. Sea cual sea.

En este imaginario dominio de situaciones perdidas en un aletargado espacio-tiempo te pido: ¡abre la puerta de esta casa y quédate conmigo para siempre!

Entonces sabré que mi casa está contigo y nuestro hogar en un punto conexo entre tu cuerpo y el mío.

Te he querido mucho, A. Pero no es nada comparable con lo que te quiero ahora que no te tengo.

¡Qué verdad es eso de que no se sabe lo que se tiene hasta que se pierde!

No sé si tu felicidad está a mi lado, solo sé dónde está la mía y por una vez voy a ser valiente y si me lo permites, voy a luchar por ella aunque sea de esta cobarde manera.

Te quiero

Mucho.
Más que mucho.
Muchísimo más.
Z.

Abrazó esos cuatro papeles contra su pecho sin poder controlar las lágrimas. Entre sollozos, arrodillada en el suelo, lo había perdido... lo había perdido para siempre.

La intensidad del dolor no era comparable a nada. Le costaba respirar y el peso de su cuerpo había aumentado considerablemente.

Sentía vergüenza al pensar todo lo que él pudiera haber pensado al leer esas palabras. Era consecuente de que por mucho que ella lo amara no podía obligarlo a quererla.

Además, le había prometido aceptar su respuesta fuera la que fuera.

Ignorante, había dejado la puerta de la calle abierta. Marta no tendría ni necesidad de llamar. Unos pasos veloces se acercaron a ella. Sin decir nada se agachó a su lado, la abrazó desde su espalda, la acunó en silencio y le acarició el pelo.

Estuvieron así algunos minutos.

—Gracias por amarme así.

—¡Álex!

Se giró y lo vio sonreír. La besó en la frente y le puso un dedo índice sobre los labios.

—Déjame hablar, por favor.

Con su mano útil le secaba las lágrimas.

Zoe asintió respirando profundamente.

—Me fui a Barcelona para darte el tiempo que necesitaras. Ese que tu padre dice que necesitas para recomponerte. También me fui para contarles a mis padres la verdad de todo y poder empezar de cero sin mentiras por ninguna parte. Les ha costado mucho comprender que tengo otra familia, pero al final, no les ha quedado más remedio que aceptarlo.

»Mi familia eres tú, Z. Lo supe el primer día que me marché de aquí... Lo supe cuando casi me aplasta aquella máquina... Lo supe cuando analicé todas y cada una de las palabras de nuestra última conversación en este salón.

»Tenía que alejarme de tu lado. Eso se convirtió en una necesidad. Quería ver si te ordenabas, ignorante de que el desordenado era yo.

»Has vivido demasiadas decepciones en un corto espacio de tiempo, y todas han tenido que ver conmigo.

»El día que me llamaste por teléfono había discutido con mis padres por todo esto. Quiero que sepas que mi madre ha sido tu más fiel defensora. Mi padre en cambio y como siempre, apenas me ha dicho algo. Has tenido que pasarlo muy mal.

»No quiero alejarme de mi hermana, Z, y creo que podemos hacer que esto funcione a pesar de todo.

»Después de leer lo que me has escrito, me siento el tipo más afortunado de este absurdo planeta.

»Soy yo el cobarde. Soy yo el que tendría que haber luchado. Soy yo el que tenía que haber escrito eso. Soy yo...

Y por primera vez lo vio llorar como un crío pequeño desconsolado.

—¡Ey! —le secó las lágrimas y le dio un sutil beso en los labios—. Estás aquí, ¿verdad? ¿Estás de verdad? Pues el resto... el resto hace mucho que no importa.

—He guardado mi ropa de nuevo en el armario.

—No tenía que haber salido de ahí.
Lo abrazó con cuidado para no hacerle daño.
—Te he echado de menos, A. Mucho
—Más que mucho.
—Muchísimo más.

Y abrazados en silencio en el salón de su hogar, escuchó el tiritar de la lluvia en su ventana.

Zoe se puso en pie y lo ayudó a levantarse regalándole un beso rápido.
—¿Puedes llamar a Marta, por favor? —dijo al tiempo corría hacia la puerta.
—¿A dónde vas?
—Abajo.
—¡Está lloviendo!
—¡Por eso! Llámala. Voy bajando.

Estaba empapada. En medio de la calle, sola, con la cara churreteada por el maquillaje y una nueva y flamante sonrisa en la cara.

Álex, David y Marta aparecieron por la puerta resguardándose bajo el soportal de la lluvia.

Marta miró a Álex y en voz queda le susurró:
—Está loca.
Se ajustó el abrigo, corrió a su lado y ante la atenta mirada de los dos le gritó:
—Z. ¡Estás como una puta cabra!
—¡Lo sé!

Y juntas bailaron bajo la lluvia.

Fin.

AGRADECIMIENTOS

A mis padres, Antonio y Flores, y a mis hermanos, Flores y Toni, porque ellos son el centro de todo. Os quiero más de lo que nunca os llegaré a decir. Perdonadme por eso.

A mi cuñada Maite, por ser una más en esta familia y regalarnos unos ojos donde vernos vivos.

A los Cárdenas y los Sánchez. Mi familia.

A Noelia, gracias por descubrirme las novelas de Julie Buxbaum, por nuestras infinitas charlas sobre libros, por ser la mejor “Marta” que se pueda tener, por regalarnos a Leo. Por hacerme sentir parte de la familia Delgado Farelo.

A Patri del Sol, gracias por tu talento. Por regalarme la portada de este libro y hacer tuya mi ilusión.

A María Villalón, eres una contadora de buenas historias. Espero tener en mis manos algún día un libro tuyo. Gracias por cada corrección, por cada mail, por cada letra, por cada canción anticipada... Es un privilegio formar parte de tus historias.

A Mario Jefferson, nunca dejes de ser libre como una canción. Lo mejor está por venir...

A Berta Hernández, eres arte y talento. Gracias por compartir alegrías y tristezas. Por tu confianza y amistad. Lo próximo ¡una en pantalla grande!

A Mara Barros, recuerdo aquel eterno email tras tu lectura cuando esto era un “casi”. Gracias por eso y por lo que no hace falta decir. Gracias también por ser voz de grandes canciones y sobre todo, las gracias más sinceras a Pepe Barros por tener en él a tu mejor maestro.

A los que me soportan a diario, Macu, Pitxu, Rocío Estudillo, Luis Santa María, Domingo Gómez, María Rodríguez, Manolo... mi vida es más bonita con vosotros.

A Sonia Ballesteros, siempre serás Lady Stress. ¡Cuánto bueno hemos pasado, amiga!

A Pilar Diego, porque aunque este agradecimiento lo incluyo en su segunda edición, estabas en ellos desde el primer momento. Gracias y más, *Yang*.

A Migue, Inma y Jesús, por vuestro cariño y besos dedicados.

A Vero, Fer y Lucía, por estar a mi lado estando tan lejos.

A Jana y Dani, porque encontraros fue una bonita casualidad.

A mis chicos del Alvia coche 4. Gracias por hacerme reír de verdad.

Señorita Puri* por tus libros, tus risas y paciencia infinita.

A los que os levantáis cada mañana de domingo y os venís conmigo de travesía.

A todos los que alguna vez invirtieron su tiempo en leer los borradores de esta historia.

